Carlos Bernatek

Rencores de provincia



la lengua / novela

Adriana Hidalgo editora

Carlos Bernatek

Rencores de provincia



Adriana Hidalgo editora

Bajalibros.com
Bernatek, Carlos
Rencores de provincia. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2015
(la lengua / novela)
E-Book

ISBN 978-987-3793-26-4

1. Narrativa Argentina CDD A863

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik

Diseño de cubierta e interiores: Eduardo Stupía y Gabriela Di Giuseppe

Córdoba 836 P. 13 Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN 978-987-3793-26-4

Este libro obtuvo el Primer Premio del Concurso de Novela 2007 del Fondo Nacional de las Artes
Jurados: Angélica Gorodischer, Claudia Piñeiro y Pablo Ramos

A Cecilia Romana

Somos la mueca de lo que soñamos ser.
Enrique Santos Discépolo

...para él era la última tarde siendo él mismo.
Wystan Hugh Auden

1

Cinco de la mañana. Va a pasar algo que Poli ni se imagina. Pero no va a ocurrir de golpe. Las cosas suceden como algo impredecible. Las diferentes reacciones de Poli ante estos hechos van a ir marcando un itinerario, aunque él, ahora mismo, ni se lo imagine. La escena inicial es de suma quietud: la puerta como un cuchillo cortando la intemperie, marcando el límite. Y un segundo antes de abrirla, de meter la llave en la cerradura, entre las sombras de las ramas del fresno, un leve rumor animal. Pájaros o murciélagos, algo que vuela, controla u observa la panorámica detenido en lo alto, palomas zureando, o quizá agonizando, vaya a saberse.

Adentro se desvanece el aire turbio y esa precariedad de la intemperie. Otro mundo; ciertos objetos que guardan para sí la materia de la oscuridad general; formas turbias, bultos, escollos negros. Otros, tersos, captan y despliegan un juego curioso delineado con las mínimas luces dispersas, recorriendo superficies lisas o atravesándolas. La oscuridad nunca es total, ni en el medio del campo, en una noche sin luna. El rojo del destellador intermitente del teléfono que se refleja en el cuadrante del reloj, de ahí al florero de cristal, sobre la mesa, y así sucesivamente. Poli se abre paso por esos senderos de miope. El frío exterior un segundo antes, en el bronce del picaporte, ha quedado afuera. Aquí el clima es apenas cálido, como si el filo de la puerta marcara el límite entre abrigo y desprotección, hogar y abandono.

Alguien como Poli, sin premoniciones, nunca sabe qué le aguarda; apenas imagina, supone, teme, sobre todo teme: qué cosa le acecha o no.

La misma mano libre que precavida tomara el picaporte, tantea el aire interior en esa semiceguera, tratando de conducir el cuerpo en el espacio de la oscuridad, evitando obstáculos. Piensa en eso Poli, en evitar obstáculos, y sonríe pensando que es lo que hace también a diario, a plena luz. ¿No se trata de eso acaso?

La otra mano deposita el bolso en el piso; siente el alivio en los dedos liberados. Si Eugenia hubiera decidido cambiar los muebles de lugar –piensa– sería imposible avanzar.

Las cinco de la mañana: el frío afuera; adentro ese aire incierto.

No tiene sueño pese al cansancio del viaje, ha superado ese umbral como antes el otro de la entrada. La hora es lo que resulta incómodo:

demasiado tarde para acostarse, demasiado temprano para comenzar a hacer algo (tonta asociación de ideas: piensa, repite una frase hecha entre dientes: *demasiado joven para morir, demasiado viejo para el rock & roll*, y de pronto no le parece tan tonta la sentencia). Hacer algo, cualquier cosa que consuma el tiempo que falta para que todo el mundo despierte, salga del letargo. Pero no quiere despertar a nadie: la impaciencia lo obliga a andar por la casa en puntas de pie; porque si algo odiaría en ese instante sería tener que hablar, verse obligado a hablar, aunque no pasaran del saludo y las trivialidades. Y no porque debieran hablar de algo en particular; el simple hecho de hablar del tiempo o de cualquier cuestión pedestre o trascendental resultaría –cree– un incordio. Porque hay cierto placer tenebroso en esa intrusión, como volverse extraño andando un territorio reconocible, un espía. El tiempo, la cronología, se tornan inciertos, como si de pronto hubiese regresado a alguna de sus diferentes casas de la infancia: barrios suburbanos, calles desangeladas, cuartos. Pero esta casa le parece de algún modo nueva, otra; familiar como los rasgos de un pariente lejano, pero ciertamente distante de lo cotidiano que se siente al penetrar con indolencia en un espacio frecuente. Camina hasta la cocina esforzándose por amortiguar los sonidos ineludibles, mínimos. Si no presintiera el frío del piso, se sacaría los zapatos. Llena la pava de agua, la pone sobre el fuego y prepara el mate. Quince días lejos (piensa la palabra "hogar", mientras sacude la calabaza asentando la yerba; le suena arbitraria) han convertido de algún modo en ajeno ese lugar, como si permanencia, duración, ocupación territorial, fuesen instancias que conceden derechos ahora difusos. Los olores, hasta los olores habituales, esos que identifican cada casa como si embebieran paredes y muebles y cortinas y pisos, parecen distintos. ¿De qué materia están hechos los olores peculiares de una casa?, piensa, y se responde: básicamente de productos de limpieza, comidas, humedad, tabaco, flores, animales y plantas, y del distinto efecto de cada uno de ellos sobre la madera, los lienzos, los sillones, las camas, los libros, todo lo absorbente, todo lo poroso en sus distintos grados de permeabilidad.

Intenta descubrir los cambios en la semipenumbra, las modificaciones sutiles que han ocurrido en su ausencia; detalles imperceptibles para cualquiera que no sepa caminar a oscuras por un espacio acotado, porque surgen como obstáculos visuales (¡uno se acostumbra a cada tontería!, medita): un cuadrito en el pasillo, un adorno nuevo en la repisa, una curiosa botella de licor sobre la mesada de mármol. Eugenia suele emprender cada tanto, como una cruzada, ese tipo de innovaciones, breves pero persistentes, un intento de renovación plausible, bobo y sencillo, quizá ante la imposibilidad de realizar un cambio dramático. Reforma; no revolución. En

cualquier caso, cavila, allí *hay* un hogar, o un supuesto hogar –palabra lábil– que existe aun ajeno a su presencia; un hogar que no lo necesita ni parece derrumbarse si él no está allí cada mañana y cada noche. Piensa que sin embargo él *falta*, y la palabra le suena en su acepción vaga pero condenatoria; vaga pero sin dudas culpable, y tan poco específica como cualquier acusación.

Camina hasta el baño y patea algo plástico y escandaloso en el camino: un juguete de Juan abandonado en el piso. Se queda quieto, sorprendido por el ruido desapacible, aguardando una voz, una pregunta desde los cuartos oscuros. Nadie dice: ¿Sos *vos?* o ¿*Qué pasa?* o ¿*Estás bien?*, cualquier palabra que lo delate. El silencio sigue mandando en el tibio aire interior de los ambientes que ya han apagado aquel eco extemporáneo de la pateadura. Avanza tanteando con la punta del pie para esquivar el chiche –una ambulancia blanca–, se agacha hasta el piso y lo ubica, como podría hacerlo un ciego, contra el zócalo. Lo levanta y se mete en el baño cerrando la puerta a sus espaldas. Cuando corre el pasador y enciende la luz, como un prófugo, se siente a salvo. Se topa con el espejo, con su cara en un gesto absorto. La imagen le resulta rara, como si hiciera mucho tiempo que no se mira a sí mismo y de golpe descubriera en el cristal una foto fuera de foco aproximadamente conocida, como la casa. Foto de De Ene I, de prontuario: se ve cansado, envejecido de modo prematuro a los cincuenta años. Las ojeras profundas subrayan como surcos unos ojos turbios; debajo del mentón la breve curva de la papada cubierta por la barba encanecida de dos días que blanquea el contorno; el cutis pálido parece ajado, como si hubiese estado expuesto demasiado tiempo a la intemperie pero no en la cubierta de un yate o una playa apacible, sino desguarnecido en la crueldad del trabajo, nada cercano al placer. Calcula que sus canas se han duplicado de golpe, como si el cuerpo en su conjunto hubiese decidido mostrar de pronto las señas del envejecimiento. Hay maldad en esa imagen. ¿*Soy un mal tipo?*, se interroga, ¿*Soy coherente con eso que veo?* La vejez no perdona y saca lo peor de uno, lo que ya no se puede simular. Piensa que esa debe ser la imagen previa, la antesala de lo definitivo; que se halla a un paso de iniciar un deterioro físico serio y progresivo. Sin embargo, pese a la amenaza geriátrica (¿*Quién carajo va a querer cuidarlo cuando se cague encima?*), se siente fuerte, con cierta agilidad, sin ningún daño funcional ni mal irreparable conocido (aunque nunca se sabe –lucubra– uno puede llevar un bruto cáncer en algún sitio recóndito que aún no se ha manifestado –teme–). Pero hasta ahora no hay nada manifiesto que acelere la caída más allá de la imagen maltratada. También puede ser la hora, el cansancio, supone, tendiéndose una coartada. Vuelve a reflexionar sobre esos males misteriosos y ocultos que el cuerpo puede contener sin exteriorizar –

una metástasis, una catástrofe interna que permanece latente y una mañana cualquiera toma la decisión de asomarse, de mostrar las zarpas del pánico a morir y, más que a morir, a sufrir–, algo despiadado que tome posesión del cuerpo, algo que le puede ocurrir a cualquier tipo que la noche anterior se sintiera fuerte, saludable hasta la inmortalidad y hasta de buen humor. Piensa en los antiguos amigos que ya han muerto, o en los que están peor que él, como un consuelo absurdo. A pesar de esa sensación contradictoria del espejo y del miedo a lo oculto bajo la piel, conserva la energía de un tipo joven, aunque el argumento de esa figura reflejada le resulte deprimente y engañoso.

Acerca la nariz hasta el cristal helado; mira en lo profundo de sus ojos como si intentara descubrir esa misma cara treinta años atrás. Perdido, se siente, perdida la frescura de la piel, del pelo y aquel brillo de la mirada. Aunque quede seguramente alguna foto cruel o burlona en una caja, esas que atestiguan que uno no ha sido siempre así. Fotos con el pelo largo, el capricho de la moda de entonces, la ropita ridícula confundida con la frescura ingenua, cínica y esperanzada, una parodia risueña, lo que alguna vez se ha sido.

Abre la canilla y se lava la cara con energía, como intentando borrar al menos el cansancio. El agua fría lastima, pero prosigue con la higiene estoica. Se lava los dientes con desgano y advierte que las encías le sangran dibujando aristas rojizas. Vampiro, piensa, pero los vampiros no se reflejan en los espejos. Escupe la espuma rosada y se enjuaga la boca. Al apretar la dentadura con firmeza, cree que ahí al menos queda cierto decoro: son dientes armónicos, parejos y blancos, algo que no han destruido los años. La dentadura es la última residencia de la dignidad, sentencia.

Vuelve a la cocina; la pava está silbando; llena el termo, ceba el primer mate, que bebe con desagrado, y camina con los implementos hacia el living. Busca un cenicero, los cigarrillos y se sienta en el sofá con todo al alcance de la mano: un rey, el soberano del mate. Es un momento de pequeña delicia íntima, de goce primario, sutil; todo allí cerca, bajo control, como una justificación de esas teorías sencillistas sobre lo poco que hace falta para ser feliz. Le gusta estar solo allí, sin haber sido descubierto, en ese lugar aparentemente similar al que ha dejado quince días atrás. Pero sus razonamientos simplones se derrumban rápidamente ante lo fugaz, lo evanescente y absurdo de la pequeña felicidad obtenida. ¿Puede llamarse “felicidad” –un término tan grandilocuente– a una conquista tan imbécil, tan elemental?

Abre la ventana para ventilar cuando enciende el primer cigarrillo, entornando apenas el postigo de la persiana de madera como un preso: un destello de luz naranja se superpone con violencia a los objetos de la sala. La vuelve a cerrar, dejando apenas un resquicio

para que entre la claridad mínima que permita medir los pasos. Hay un resabio de olor a incienso en el ambiente, a sahumerio vulgar, de esos que se emplean para tapar otros olores y no logran sino una mezcla más desagradable aún. Porque debajo del aroma falsamente oriental a hippie arcaico, a feria artesanal, hay olor a tabaco rubio, a cigarrillo condensado. Duda un instante como se suele dudar ante las cosas archiconocidas, pero recuerda con certeza que Eugenia no fuma desde hace años. Supone una reunión de su mujer con amigas, quizá la noche anterior. Con seguridad Clarita, tan fina, tan fría, tan anorgásmica, tan preocupada por lo que nunca va a ocurrir ni en una segunda vida; Mechi, la osada, o mejor, la que presume de osada, contando su tercer divorcio y sus novísimas aventuras con mancebos que no le duran un mes, echando polvos como hormiguicida en el jardín, como si la acosara el climaterio y quisiera quedarse al

menos con un rico anecdotario para entonces; Carmen, siempre compungida, obnubilada por lo doméstico, los chicos, los problemas laborales del marido, la falta de plata, cierto callado rencor envidioso, una vida con anteojeras, acotada como su escasísimo coraje. Sonríe Poli, como si las viera convertido en fantasma: casi podría componer la escena y los argumentos de la charla, las risas, las quejas recurrentes, la previsibilidad, la velada competencia del discurso femenino. Y Eugenia, ¿qué cuenta Eugenia? Comienza a especular sobre su mujer: la angustia por la soledad, las obligaciones que la superan, las peleas con su madre, detalles de la crianza de Juan. ¿Qué más puede contarle Eugenia a sus amigas de siempre? La queja por su matrimonio de ocho años con un tipo que le lleva dieciocho, que trabaja permanentemente lejos, inhallable, viajando por pueblos remotos, durmiendo en pensiones y hoteles de cuarta; y ella ahí, anclada, sin el dinero suficiente como para, al menos, tolerar esa vida, esa ausencia que la hunde en un pozo incierto de melancolía, en la angustia de estar sola sin las ventajas de la soltería ni tampoco el beneficio de la bonanza económica. Imagina el lamento por el tiempo perdido, por las situaciones irresueltas, con un hijo casi huérfano de padre (¡*Pobre mujer!*, se conduele). A cierta edad –supone, especula– precisan construirse una historia, una argumentación, cierta o no, eso no importa; para atreverse a algo, digamos a romper una regla, echar un polvo o comprarse un vestido usando la plata de la comida, necesitan elaborar una ficción convincente. Una aventura siempre debe contemplar el amor, o el simulacro convincente del amor. Argumentación, discurso, palabra justificatoria para todo. Curioso, piensa Poli, un hombre cualquiera al lado de esas construcciones es un primate, apenas un homínido.

¿Eso sólo puede imaginar sobre su mujer, sobre la escena supuesta? ¿Esa cosa tan pobre le basta como explicación del universo femenino?

No es tan idiota. Mira el comedor vacío y cree ver las sombras de esas mujeres como la tarde anterior unas sombras larguísimas de árboles sobre la ruta: el sol cayendo en el horizonte y esos fantasmas de árboles dibujando su contorno en el paisaje. Más allá, la nada, un horizonte vacío. Como el futuro para ellas, para cualquiera, salvo, salvo una intromisión, la aparición de lo fortuito, del azar, de aquello que no pudo preverse y sin embargo estaba allí, tan cercano que ni era amenaza. Las cosas ocurren, concurren como si alguien las citara; la ingenuidad no nos permite verlas. La mirada de la simpleza reduce el paisaje. Si uno pudiera, se dice Poli, pero no puede. Uno apenas construye explicaciones obvias; todo es mucho más complejo que un discurso, pero inasequible.

Retorna a la obviedad pretendiendo un amplio criterio: Poli puede componer todo un repertorio quejumbroso de esas mujeres, incluyendo a Euge, hasta lo que Euge no le dice a él –cree–, repertorio en cierto modo atendible y probablemente hasta justo; demandas que él mismo tiene presentes cuando medita mientras conduce en la ruta, su propia queja por la inutilidad de un trabajo que apenas le permite sobrevivir, pero que sobrelleva sin grandes contratiempos. En algo hay que consumir el tiempo; eso es el trabajo, un modo de transcurrir más o menos tolerable. Muchas veces ha pensado en cambiar de vida, en buscar algo más sedentario, una oficina cercana a su casa, en el centro de la ciudad provinciana y apacible. Algo llevadero que no signifique un gran esfuerzo, ni solucione del todo la falta de dinero, pero que lo instale cada noche en su casa como un previsible padre de familia, un empleo público de poca responsabilidad como tanta gente. La suya no es una situación extrema –seamos sinceros, evalúa–: comen todos los días, pagan puntualmente los impuestos, pueden cenar afuera un par de veces al mes, no hacen grandes sacrificios, no tienen deudas; pero no pueden planificar un viaje a Europa, o reformar la casa, ni comprar un auto para Eugenia, ni tantas otras cosas que, supone, satisfacen la ambición pequeñoburguesa siempre postergada, para cumplir de ese modo con el deseo o la fantasía de la clase media en la que están enrolados y sumergidos. Él conoce perfectamente el tono del reclamo de Eugenia, la larga lista de carencias que –ella afirma– deberían saldar para solucionar todos los problemas y ser… ¿felices? (¡otra vez!); un llamativo, dudoso concepto de la felicidad. Lo han discutido mil veces en los últimos años. Esas charlas concluyen siempre en el silencio de él, como quien manifiesta de ese modo una impotencia y se resigna sin encontrar alternativas, ni una puta salida del laberinto; y en el tono airado y contenido de ella, siempre al borde del estallido abrupto, del insulto y la partida –niño en ristre, imagina él, división de bienes, rencor, mucho rencor–. El trabajo de cada quien, medita, es en definitiva lo que somos. Él es un tipo en una camionetita, en la

ruta, cagado de calor o de frío, yendo hacia algún lugar.

Pero desde que ha descubierto la televisión ecuménica –por cable primero, luego satelital– en el extenso territorio que habita siempre de paso, aun en pueblos perdidos, piensa que viajar en plan de turismo burgués, fuera de los permanentes trayectos laborales, es un sacrificio estéril y un gasto inútil. Uno bien puede observar en la tele los paisajes más exóticos o sofisticados, sitios a los que jamás accedería un turista; puede conocer aún más sobre la cultura y las ciudades del planeta, los hábitos de los tigres en Bengala o los lémures mientras se come una pizza en la cama; o recorrer museos y lugares típicos, todo sin armar una sola valija, ni ensuciarse con la arena de la playa, ni transpirar al sol, ni aguardar absurdas combinaciones de vuelos varado en aeropuertos ignotos. Viajar, para Poli, es un esfuerzo injustificado, una nueva trampa del neoliberalismo salvaje para *deseadores* necios de todo deseo, una inversión fútil, estúpida, supuestos placeres creados para el medio pelo pretencioso. ¿O acaso cuando suelta un pedo estruendoso, sentado en la cama mientras la imagen recorre las salas de la Tate Gallery, no es un hombre libre?

En cuanto al dinero que falta en la vida cotidiana: una casa mejor, un auto, ciertos gustos, no le resultan esenciales a Poli. La casa está bien, recién terminan de pagarla luego de una hipoteca interminable; Eugenia puede tomar taxis para sus exiguos recorridos, y lo demás es frivolidad, necesidad inventada. Su discurso, una argumentación sencilla –otra vez– y poco profunda, le cierra como suficiente justificación. Aunque sabe que es un motivo de discordia permanente con su mujer, terco, sostiene esas respuestas para sí como algo convincente. Ella, cuando se altera hasta la vehemencia, le responde que eso es el discurso propio de un mediocre, un conformista anacrónico con resabios del socialismo imbécil que ya ha fracasado en el mundo; ideas propias de un tipo sin ambición ni expectativas de futuro, y ella, que todavía es joven, espera algo más de la vida. Él, extrapolando los términos y devolviendo el agravio, responde –procurando dotar de base a su argumento– que ella busca disfrazar sus carencias íntimas, sus limitaciones personales, con aspiraciones vulgares. Y lo piensa en serio, cuestiona esa chatura de lo que juzga como banalidad en su mujer; repudia esos pensamientos y pretensiones de ella. En esas circunstancias, Poli le recita un pasaje de su biblia personal, *El largo adiós* de Chandler, cuando Marlowe –melancólico y cínico *always*– le dice al personaje de Linda Loring algo así como: *Adiós, señorita Loring. Ojalá encuentre lo que busca.* Y ella, irónica y sabia, responde: *Siempre encuentro lo que busco, Marlowe. Pero cuando lo encuentro ya ha dejado de gustarme.* O algo por el estilo. Un discurso evangélico, fácilmente clasificable de macho-moralista, que a Poli le encanta como una verdad revelada.

Nunca han logrado, hasta ahora, una fórmula de acuerdo al respecto. Las discusiones finalizan en el silencio tenso de quienes llegan a un punto de intransigencia sin retroceder y ocultan las armas. Poli avanza hasta ese límite, quema las naves de su argumento y se calla. Eugenia pone un gesto de disgusto, se levanta, da un portazo y se va. Paz armada. Después permanecen un par de días intercambiando el glosario mínimo a que obliga la convivencia, hasta que Poli vuelve a partir. Un conflicto espiralado que asciende hasta un clima prebélico, para volver a descender hasta el punto muerto de la cotidianeidad y la huida, como si esa paz consistiera en la ausencia de conflicto, pero en este caso, se lograra por la evanescencia de uno de los contendientes.

¿Cuánto hace que ocurre esto? ¿Años?

Pero desde hace un tiempo, según recuerda Poli, esta hipótesis de crisis matrimonial permanece obviada, como un tácito pacto piadoso de no agresión.

Antes, cuando afloraran las disputas iniciales, Poli se había preocupado al punto de intuir una cercana causal de divorcio, algo tan grave como insoluble que prefería evitar.

Entonces había imaginado otra vida posible: sólo, en otro lugar, con rutinas distintas como incógnitas, rodeado de otras personas, de otro clima, tal vez de otra mujer.

Pero la repetición, esa suerte de folletín paródico, ha ido minimizando la probabilidad de esa fantasía, alejando cualquier medida drástica, demostrando la solubilidad de los conflictos en el silencio como la sal de frutas en agua. Los dos se han instalado en posiciones irreductibles, al fin cómodas, con la resignación de negarse a avanzar en la resolución de la controversia.

Juan, de algún modo y sin saberlo, sella el pacto que impide la fractura. Juan, *pobre*, es la única y sacra coincidencia; sujeto a la devoción de ambos, pendientes de él y de sus necesidades, de procurarle una vida armónica, de satisfacer su menor demanda, principios básicos para el tándem Eugenia-Poli. Porque Juan, su presente, su devenir, importan más que ellos, muchísimo más; y están dispuestos a resignar lo que fuere para que al chico no le falte ni postergue nada que ellos juzguen valioso. Juan carga sin saberlo esta mochila de hormigón, con la exclusiva responsabilidad de desear lo que ellos concedan. Poli y Eugenia son conscientes de lo que ocurre, de su actitud de padres eternamente primerizos y sobreprotectores, que no pretenden modificar. El mundo exterior a la casa les resulta complejo, inextricable, agresivo, por eso quieren que Juan no se vea obligado a sus propias –las de ellos– concesiones y riesgos. En los tiempos que corren, esa postura aparece como funcional y adecuada,

aunque cierto psicologismo banal la condene por contraproducente. No les importan un carajo las opiniones pedagógicas sobre la crianza de los hijos; ese es su verdadero pacto matrimonial. Incluso la decisión compartida de no tener más hijos se construyó para dedicar toda la atención a Juan, como una religión pagana de tonalidad monoteísta que Juan nunca eligió.

Enciende el segundo cigarrillo y vuelve a llenar el mate mientras piensa en Juan, en aquello que le aguarda en la vida, en un mundo seguramente distinto y más descarnado, porque el de ellos, el de Poli y Eugenia, parece casi agotado o acaso ha perdido toda capacidad de sorpresa. Aún lejos de la decadencia personal, del fin de la vida productiva, ese sitio no puede depararles nada imprevisible. Poli ojea los titulares del diario, *¿Qué va a quedar de este mundo para Juan?*, y lee sobre múltiples caos y crisis de todo orden en titulares dramáticos de dosis cotidiana. Pero el olor turbio a sahumerio y tabaco mezclados, lo aparta de esas especulaciones sobre lo improbable y el fatalismo histórico; lo retrotrae, lo regresa al pedestrismo de la charla supuesta ocurrida en ese mismo espacio ahora vacío. Seguramente han hablado todo el tiempo de hombres, piensa; primero de los maridos con un repertorio predecible de reclamos en el tono humorístico de comedia de enredos que se emplea socialmente; luego, como los ciclos a los que induce el alcohol –Poli ha observado la botella de licor casi agotada, esos jarabes dulces que sólo beben las mujeres– y el curso de las horas, habrán elevado el listón hacia el repertorio de sus fantasías. En ese punto, piensa Poli, Mechi debe ser la envidiada, la que marca la diferencia, porque Mechi concreta –o dice hacerlo con severa convicción– lo que para las otras resulta quimérico. Al menos es la que cuenta historias diferentes. Después de su último marido legal y divorcio beligerante, ha quedado en una situación privilegiada, de extremo desahogo: una casa fantástica, hijos grandes, autosuficientes, y una renta graciable de sus ex que le soluciona todas las necesidades. Así que su tiempo útil lo dedica a conquistar muchachos jóvenes en los gimnasios, o en maratones aeróbicas, seducir machos que respondan a su ideal de amante, el típico musculoso bronceado de clase media acomodada, tan a la moda y evanescente como despreocupado, con recursos, ubicuidad y supuesto buen gusto para mostrar su imagen. Mechi jura que nunca más va a volver a casarse y mantiene un estado físico perfecto a fuerza de ejercicios, comida balanceada y disciplinas orientales, todos mecanismos que parecen fortalecer su cuerpo a cambio de impedirle preocuparse por lo que otros juzgan trascendente. Mechi convierte las fantasías del grupo en anécdota propia y es la que aporta detalles concretos. Y todo, fuera de ella misma, le importa un carajo. Dan ganas de tocarla a Mechi, piensa; sólo tocarla, como quien revisa la fruta en el mercado. Al

menos antes de que ese culo caiga para siempre y no haya terapéutica viable para ello. Tanta banalidad, supone Poli, producto de motivos existenciales tan turbios e inescrutables. Un culo emergente que oculta, como el iceberg, tres cuartas partes de miseria. Después de la caída, miseria será todo; pero mientras tanto...

Trata de intuir ese discurso ausente, el de la charla de las mujeres, desde las bromas hasta la queja más confesional, más carnalizada y sentida. Eso logra inquietarlo de algún modo. Eugenia, situada en esa controversia, podría decirle a sus amigas lo que jamás le dice a él. Siente por un instante que ese ámbito ajeno y esa puesta en escena pueden revelar una Eugenia desconocida, distinta a la que hace años duerme (¿duerme, finge, piensa en silencio?) a su lado. Porque el tiempo, después de todo –intuye Poli–, sirve de poco para develar cuestiones profundas que cada uno reflexiona metido en su mutismo; el tiempo no garantiza nada más que una mayor incertidumbre. Siente vergüenza de imaginarse así, expuesto ante mujeres conocidas pero distantes, como si de pronto lo obligaran a posar desnudo en una pasarela, vulnerable, a punto del descuartizamiento. Se pregunta qué piensa él mismo, procurando elaborar una razón atendible. ¿Qué desea, qué mierda quiere hacer con su vida? Y, sin mucho meditar, imagina que podría permanecer quieto, tranquilo, *The quiet man* de John Ford, impávido por muchos, muchísimos años, sin mover una uña para modificar nada. Para eso ya se mueve el mundo. Lejano de cualquier felicidad improbable, adaptado por el mero hábito, por acomodamiento a las circunstancias que se supone le han tocado en suerte, aceptando esa zozobra lenta pero llevadera, la leve inclinación progresiva que lleva a la vejez. Poli, como un tahúr, piensa en la suerte, quizá una respuesta fácil –otra vez el *sencillismo*–, inmediata. Mientras no le moleste, ni nada se agrave de alguna manera intolerable, su vida –¡caramba!– no está tan mal. Por un instante se conforma con ese discurso resignado, pero no es tan idiota como para digerirlo como una respuesta absoluta. Poli sabe que detrás de lo *sencillo* hay siempre cuestiones de extrema complejidad, pero elige cagarse en ellas mientras tanto. La vida para él no puede ser algo mucho peor ni mejor que lo que es, que lo que tiene en las manos; con o sin Eugenia, con o sin dinero, con o sin proyectos de futuro, pero siempre con Juan. Juan es el único motivo válido. De cualquier modo, para Poli todo paraíso soñado es patrimonio intangible, pensamiento mítico, animismo, algo absurdo y por ello, absurdo de extrañar. Euge, didácticamente, como deformación profesional, como quien repite su monserga, suele decir que *sin proyectos no existe ningún futuro posible, se detiene la evolución de la especie; que con esa actitud la humanidad seguiría en la edad de piedra*. Eso dicho así de corrido y de modo pedagógico. Joder... pero él no está dispuesto a sacrificarse por la

cadena evolutiva para gozar de esos supuestos y vagos beneficios; peor aún: beneficios que ni siquiera le resultan atractivos. *Es obvio* –susurra para sí– *que debe haber una vida mejor que esta, pero no la envidio.* Ni piensa en luchar por ella. *¿Luchar? ¿Por qué? ¿Contra quién?* Y la evolución de la humanidad le importa, sinceramente, tres pitos... Euge, las mujeres, ejercen de entusiastas en la existencia: si no la vida se iría a la mismísima mierda, ya habría desaparecido la raza humana. Y cuando aparece una mina escéptica, la sociedad la elimina o se suicida. Como la poeta esa que metió la cabeza en el horno, pero antes, por el mandato rudimentario, le dejó preparado el desayuno a los chicos. Él, los hombres, aquí son los pusilánimes de la historia, autocrítica descarnada pero vacua que suelta Poli, pretenciosa ecuanimidad.

Llena otra vez el mate y enciende el tercer cigarrillo. La claridad se acentúa en la ventana. Adentro de la sala, los objetos se han convertido en anaranjados. Es una hora extraña. De pronto siente sueño, un sopor que parece empujarle los hombros hacia abajo y aflojarle la tensión del cuello. Apaga el cigarrillo por la mitad, se pone de pie y camina sigiloso hacia la habitación. Se desnuda al oscuro en silencio escuchando el sonido sibilante de la respiración de ella, pero sin verla, apenas reconociendo un bulto de frazadas elevándose sobre la planicie de la cama. Camina hacia su lado, el de Poli, descorre las mantas tratando de acomodar la sábana plegada y desliza el cuerpo con mucho cuidado hasta cubrirse, procurando no despertar a quien tiene al lado.

¿Y si no fuera Eugenia? ¿Si fuese otra persona que se hubiera filtrado en su habitación y en su casa? ¿Si él se hubiese confundido de casa y ahora se hallara extendido paralelo a una desconocida? ¿Cambiaría algo, luego de la sorpresa del descubrimiento? Podría surgir una súbita, mutua seducción, una calentura arrolladora, un polvo inesperado, salvaje... Pero sabe perfectamente cómo respira Euge dormida. Advierte que ella está recostada mirando hacia el lado opuesto, y eso lo tranquiliza: si se despertara de pronto, no va a toparse con su cara. Hay una distancia; no habrá polvo, seguro que no, solamente en un sueño podría haberlo.

Él hace lo mismo: se acuesta mirando hacia su mesa de luz. Recuerda que algún actor ha dicho algo sobre eso que le causó gracia –lo escuchó en la ruta, en la radio de la camioneta y festejó a solas, como los locos–. Decía el tipo que un hombre debería casarse con una mujer de cara muy bonita, porque los cuerpos, todos sin excepción, se deterioran más rápido, y lo que permanece más tiempo a nuestro lado, más próximo, es apenas la cara del otro. Sonriendo, cierra los ojos. Su respiración se va serenando con lentitud hasta que se queda dormido. Lo malo llega solo, sin avisar, se dice; lo bueno da trabajo.

Cuando despertó, Eugenia no estaba. Lo percibió con lentitud, extendiendo el pie como un bailarín sobre el vacío de un escenario a todo lo ancho de la cama. Sábana, todo sábana fría, como una sabana, pensó como piensan los que necesitan reírse de sus propios chistes. Podía ser siempre así, fantaseó un instante con cinismo. Pero el sonido de objetos que llegaba desde la cocina –cubiertos metálicos que se chocan desapaciblemente como cencerros, ollas que ahuecan los ruidos como tam tams lejanos, cajones que se cierran con estampidos– le advirtió de movimientos, de la presencia irreductible de Eugenia ahí nomás, a metros de la habitación. Haraganeó un rato en la cama girando y buscando una posición como suele hacerse cuando uno ya sabe que no volverá a dormirse y se sospecha de antemano que aquel es un intento estéril. Miró el reloj en su muñeca: no había pasado un cuarto de hora cuando se enderezó contra la cabecera. Ya no existía la menor posibilidad de recuperar el sueño. Se frotó los ojos con las palmas abiertas, se sentó con las piernas hacia fuera; caminó hacia el baño.

2

Nada hay más natural que estas resurrecciones perpetuas,
y no es menos habitual nacer dos veces que nacer una.
Todo en el mundo es resurrección: las orugas se convierten en mariposas;
una semilla resucita en forma de árbol; todos los animales enterrados renacen en la hierba,
las plantas, los gusanos, y alimentan a otros animales,
con cuya sustancia acaban por fundirse.
Marqués de Sade

Cuando vio cómo se colaba la arena por debajo de la puerta principal, ese modo salvaje que le pareció malévolo, supo que esa iba a ser su tarea principal durante toda la temporada: controlar esa naturaleza cerril, esa fiereza del mundo. No pensó “cerril” porque no formaba parte de su vocabulario, pero debió haber pensado algo equivalente como bruta, guaranga. “Guaranga” sí la usaba a veces, sobre todo en medios de transporte, gente grosera, tosca. Pensó: Tal vez deberían haberle colocado un burlete o esas cosas como cepillos de ese material, ¿cómo se llama?, eso parecido a una felpa, una escobilla que impide el paso del polvo, meditó sin recordar la palabra adecuada. Pero la puerta permanecía cerrada y Selva no tenía la llave;

ella usaba la entrada del fondo, la que daba a un patio destartalado, un potrero de arena donde se acumulaban cajas y latas, y elementos que habían sobrado de la pintura y la refacción general (“una lavada de cara”, dijo Waldo en la primera entrevista). El frente en cambio parecía nuevo, con dos grandes vidrieras y la marquetería pintada de un marrón africano opaco y sobrio, que destacaba el ocre de las paredes internas del local y los detalles de la estantería en verde inglés. Sobrio y moderno, describió Waldo, al que parecía gustarle usar siempre dos adjetivos para todo: uno como introducción y otro como remate, como quien intenta aproximarse a una definición para coronarla luego. Nunca se me ocurriría pintar así mi casa, pensó ella el día de su llegada, ni siquiera mi cuarto, y recordó el gris sucio, descascarado, que formaba dibujos caprichosos en las paredes de su habitación como un mapa, unas islas raras, una cordillera caprichosa, fantasías que provocaba ese friso en una casa que no se pintaba desde hacía añares, donde faltaba, según su madre “la bruta mano de un hombre”. Pero, para un negocio, quedaban muy bien esos colores, modernos y elegantes, para emplear los calificativos dobles de Waldo; armónica esa combinación con las mesas y las sillas, alocadas y funcionales, lo suficientemente cómodas como para permanecer media hora pero no más que eso, había insistido Waldo sonriendo, bien zorro, como buen comerciante. Aquí el negocio es la rotación, si no ponía un estacionamiento, presumió canchero en la segunda entrevista, cuando ya era un hecho el trabajo. Se destacaba el local Waldo’s, con la “W” grandota en la marquesina; no como esos bares adocenados que apilaban mesas de plástico contra las paredes encaladas, armados con descartes de mal gusto, nada acogedores y sin estilo.

Era, al menos, una tarea rara para Selva, una oportunidad que la seducía al punto de importarle menos el sueldo que el hecho de salir de la ciudad hacia una playa durante todo un verano. A los veinticinco aún no conocía el mar, y encima le iban a pagar por estar allí mismo. Los otros trabajos, los habituales, nunca ofrecían esa posibilidad. Además iba a ser la encargada; Waldo le daba una responsabilidad que a ella la enorgullecía. Aunque la plata no fuese nada del otro mundo, iba a tener bastante libertad para moverse, para decidir con su criterio. Y estaba el mar, eso que ninguna oficina o comercio habituales podía ofrecer. Ni siquiera lo iba a tener al jefe encima para mirar lo que hacía por sobre el hombro, para censurar, reprochar o gritar hasta la humillación, como tantas veces había visto o padecido.

Ese año había cubierto dos suplencias: la primera en una oficina céntrica, donde se limitaba a cargar datos en una computadora durante seis horas al día, sin parar más que para ir dos veces al baño y tomar un café a media mañana. Eran cifras con letras mayúsculas

intercaladas que venían en unos formularios cuadriculados, con una tipografía grisácea y pequeña. El primer día, mientras comía un sándwich a escondidas, pensó que se iba a quedar ciega. La plata estaba bien, pero ¿quién le devolvería la vista? O acaso ¿cuánto costaba un trasplante de córnea?, ¿lo cubría la obra social para trabajadores eventuales, esos que llamaban "por agencia" de forma despreciativa? La agencia era una especie de proveeduría de reemplazantes para cualquier cosa, una maquinaria que instalaba en la gente un concepto primordial para su existencia: "Nadie es indispensable". Eso le habían dicho el día que se inscribió.

La chica anterior, la que reemplazaba ahora, había renunciado. Cuando Selva ya se estaba habituando a la actitud mecánica de leer y volcar los datos al tacto, le reprocharon varios errores, precisamente cuarenta y dos errores en un total de trescientas planillas. No estaba mal el porcentaje de fallas, hasta era esperable, calculó ella, pero en la oficina opinaron lo contrario.

El otro reemplazo fue en una mercería. La anterior se había retirado con licencia por maternidad, y en el local había otras dos embarazadas entre las cincuenta chicas del plantel estable. Espero que vos no vengas con premio, dijo ásperamente el dueño, un gordo moruno que sudaba copiosamente en pleno invierno. Selva respondió un "no" escueto, y pensó para sí "salvo que baje el Espíritu Santo"; porque no tenía novio desde hacía casi un año, ni siquiera una aventura, y aún si lo hubiera tenido... Si me paso la vida trabajando, pensó mirando los ojos oscuros del tipo. ¿Y si fuera él, si fuese este tipo el sátiro sudoroso? ¿Si las va embarazando una a una a sus empleadas? Si las va eligiendo y preñando, ¿me elegiría a mí? Y pensó en lo que sería soportar el peso y el calor del tipo resbaloso, empapado sobre una cama o en un cuartito de la trastienda, entre piezas de tela y cajas de botones, y le dio asco pensarlo, sobre todo por lo del sudor que le producía la impresión de una piel de pescado, siempre húmeda, y con ese olor del pescado, olor a bombacha sucia. No le parecía demasiado feo el tipo; el rechazo lo provocaba esa catarata que le humedecía particularmente las cejas de un modo tan desagradable. Tiene la mirada fuerte el turco, esos ojos negros tan penetrantes, me mira fijo y me hace mellizos, pensó y se rió para adentro. Dos gorditos sudorosos en pleno verano, prendidos de mis tetas, uf, qué horror. Dos draculitas de dientes filosos haciéndome sangrar los pezones, ay qué dolor debe ser ese.

Permaneció allí sólo tres meses, la licencia íntegra de la chica que reemplazaba. Pero el trabajo no le gustaba: había tantas cosas que se perdía. Nunca alcanzó a memorizar dónde estaban los galones ni los encajes, si ni siquiera sabía coserse un botón, y tampoco le interesaba aprender. Ella era una mujer moderna, nada de costura ni corte y

confección, cosas de viejas. Eso sí, antes de irse del negocio preguntó por la chica que había reemplazado: estaba bien, el nene era sanito; una bendición, pensó. Porque los chicos o vienen con un pan abajo del brazo, o traen unos problemas terribles que arrastran a los padres casi hasta la locura. Era lo que siempre decía su madre. Cuando la escuchaba decirlo, Selva pensaba si habría sido para su mamá una bendición o un castigo. No se lo decía, pero lo pensaba. Había nacido sanita, pero a veces hay otras condenas más sutiles que las madres no confiesan, dudaba Selva.

Cuando se trataba de reemplazos era difícil que le ofrecieran una incorporación definitiva: nadie abandonaba un trabajo así como así. Entonces ella misma se daba cuenta de que trabajaba a media máquina, a reglamento; que no se esforzaba más de lo necesario porque era inútil hacerlo. Una necesita incentivos, se justificaba. Pero la poca voluntad que aplicaba también se le volvía en contra: si hubiera una vacante, nadie tomaría a la de "la agencia" que ponía tan poco entusiasmo en la labor. Ella se daba cuenta del tipo de laberinto en el que estaba metida, un sitio del que era difícil salir. Ya había puesto suficiente energía muchas veces para quedar de nuevo sentada en la sala de espera de la agencia, viendo esas caras de hombres y mujeres mayores que ella, con esos gestos resignados a la inestabilidad permanente, gestos que le anunciaban un futuro triste.

Por eso cuando apareció lo de Waldo, se entusiasmó con la posibilidad de un trabajo diferente. Llegaba el verano y la ciudad iba a ser un horno, viajando en ómnibus, en subtes colmados de gente, haciendo colas al sol por trámites absurdos; el panorama desolador del verano en la ciudad. Pensó en lo que iría a sudar el gordo moruno de la mercería y sonrió.

El dato de Waldo's se lo dio Liliana, una de las compañeras que había tenido en el supermercado, con la que había ido al cine un par de veces. "Es un tipo raro, pero no se mete con la gente y paga lo que promete", le dijo Liliana. Selva escuchó con atención; le quedó repicando en la cabeza eso de "raro" que había señalado su amiga, por curiosidad, no por temor, pero el resto del argumento le resultó convincente: podía apartarse de la agencia y conseguir algo mejor. Además irse a una playa no parecía un trabajo. "No te engañes; los que veranean son los demás: vos estás trabajando", le recalcó Liliana. Pero el simple hecho de estar en un lugar de vacaciones, con gente distendida que camina en malla por la calle pensando sólo en comer o tomar sol, y conocer la playa que sólo había visto en la tele o en el cine, no sonaba a trabajo común.

Waldo –parco, preciso– le anticipó que estaban terminando las tareas del local, que aún faltaban los detalles finales. Su trabajo iba a ser atender y supervisar el funcionamiento de la sucursal. Podía

ocupar una pieza posterior al local, donde había un pequeño anafe, placard, comodidades que Waldo no exaltó tanto como los baños recién habilitados para el bar. Una cafetería pequeña pero elegante, con aire acondicionado y buenas instalaciones, donde venderían distintos tipos de cafés, dulces artesanales, alfajores, tortas y cosas por el estilo, ubicada sobre la calle principal, cerca del mar. No es para todo público, le aclaró el tipo, buscamos un perfil más bien alto, remató con un tono que a ella le sonó pretencioso. Selva sería la encargada y luego tomarían un par de chicos del balneario para completar el plantel. Promediaba diciembre cuando Waldo le entregó la llave de la puerta posterior y una lista con los datos de plomeros, electricistas, pintores y de los proveedores que la asistirían. También le dio el pasaje de ida y los datos del banco donde debía depositar las recaudaciones y recibiría el sueldo cada semana. No es mucho, dijo Waldo con franqueza, pero hay propinas; la gente es más desprendida en vacaciones. Lo que más la alegró fue ver el uniforme: un vestidito abotonado adelante, con el logotipo bordado en un bolsillo, y una visera haciendo juego. Parecía cómodo y el color hacía juego con la decoración. Creo que es tu talle, dijo Waldo sorprendiéndola (¿a ojo le había conocido las medidas?); fijate, hay otros talles, y le indicó un probador. Waldo's iba a tener sucursales en varios puntos de la costa (Waldo, como un ejecutivo, decía "puntos de venta"), pero Selva nunca se cruzó a otras chicas en las entrevistas.

Llegó entusiasmada a la terminal. Y no le quitó el entusiasmo el micro precario que le tocó en suerte, un artefacto antiguo donde el aire acondicionado apenas susurraba una brisa debajo del solazo que recalentaba sus chapas. Por suerte tenía la ventanilla, y durante las seis horas que duró el trayecto observó cada vaca y cada árbol como si fueran los primeros que veía en esa nueva vida que se abría primorosa a sus pies. Arenita y estrellas de mar, pensó Selva, y se quedó dormida en el traqueteo monótono del micro.

El día seguía soleado y por el centro, en la calle paralela a la costanera que llamaban "la peatonal", no había mucho movimiento. Lo primero que sintió fue el aire, ese salitre que parecía recio de tan puro para sus pulmones acostumbrados a otra cosa, al tufo ácido de la ciudad. Esto era muy distinto. El mar estaba allí, a escasos metros, pero si había esperado tantos años, bien podría aguardar un poco más, instalarse e ir después a conocerlo. Hasta le produjo cierto placer postergar ese instante, quizá por la seguridad de que ya lo tenía ahí, que dando unos pasos iba a estar disponible para sus ojos, para todos sus sentidos.

No quiso preguntar y caminó con el bolso pesado buscando la

numeración. No quedaría muy lejos. A las diez cuadras, con las manos marcadas por las manijas del bolso que iba cambiando alternativamente de una a otra, la detuvo un chico con una motito en una bocacalle.

–¿Recién llegás? –¿tanto se me nota?, pensó ella– ¿Te ayudo? ¿Puedo indicarte?– dijo sin parecer pesado.

A Selva le inspiró confianza la actitud del muchacho. La motito tenía atrás una caja plástica enorme con el nombre de una pizzería. El chico también estaría trabajando en la costa.

–Es acá nomás –le indicó–, frente a la heladería. Cargó el bolso entre sus piernas, en la parte delantera del ciclomotor y la acompañó a marcha lenta, por el borde de la vereda. Si se escapa con mi bolso, ya sé el nombre de la pizzería, desconfió Selva al principio, pero se arrepintió de su propia sospecha. En la ciudad una siempre está en guardia; acá es distinto, intuyó. El chico fue amable y la acompañó hasta la puerta de Waldo's. Ella le miraba los brazos delgados asidos al manillar, tan quemados por el sol que le volvían rubio el vello escaso, la remera liviana de algodón ondeando sobre el pecho igualmente flaco, casi descarnado pero fibroso, como si esa tarea de ir y venir con el ciclomotor fuese una gimnasia constante con los brazos.

Nahuel, dijo el pibe cuando llegaron a la puerta que daba a un pasillo oscuro, ¿y vos? Ella dudó un instante que le pareció un siglo. Pensó decir Gisela, que era el nombre que le gustaba, no Selva, como su madre, pero Gisela pronunciado bien, Yisela, no Shisela, como decían algunas tilingas, las mismas que en vez de short, dicen yort. Ella pronunciaba muy bien la "sh" para diferenciarla de la "y", que cuando no se sabe pronunciar suena vulgar. Después de todo no hacía falta saber inglés para nombrar correctamente las letras, y ella de inglés poco y nada, lo que recordaba apenas del secundario, algún estribillo de una canción por fonética y punto. Le gustaba el cuerpo de Nahuel, la cara más o menos; tenía la cabeza como chiquita para ese cuerpo de patas y brazos largos. Tendría veinte, era un nene, todavía podía crecer. Pero notó claramente que ella le había gustado y finalmente le dijo "Selva".

–¿Selva como la selva de Tarzán?

–Selva… como Selva –dijo ella cortante, remarcando que no le había hecho gracia la frase–. Ni Zelma, ni Zelda, ni nada por el estilo –no quiso contarle que era el nombre de la madre.

Siempre que pronunciaba esos nombres, que aclaraba y se la pasaba aclarando, le daba la impresión de que no se entendía bien la diferencia entre las letras, que todo sonaba igual o que ella hablaba en un tono muy bajo.

–¿Celda, como las de la cárcel? –dijo sonriendo Nahuel, que

había escuchado bien– ¿Hay alguien que se llame así?

–No; esa es con "zeta"... claro que hay.

El chico volvió a sonreír. Procuraba ser simpático aunque no le saliera bien, y Selva lo notaba.

–Bueno, si te quedás la temporada nos vamos a ver seguido. Yo vivo acá...

¿Cómo sería vivir allí en invierno, cuando se iban todos los turistas y la mayor parte de las casas quedaban vacías, cuando los negocios de verano cerraban, y quizá no había ni cines? Debe ser como cualquier otro pueblito, meditó... pero está el mar, siempre está el mar tirando olas sobre la playa, como había visto en la tele, en Mar del Plata o en Brasil, o en cualquier sitio con un mar incansable que no se detiene ni de noche ni en invierno. No dejaba de ser un pueblito, un lugar extraño que se llena de gente dos o tres meses a lo sumo, y después vuelve a ser lo que era. Vistos así en perspectiva, los negocios de la calle principal le parecían algo ficticio, una simulación, como esas escenografías yanquis típicas del lejano Oeste que son solamente fachadas, que no tienen nada detrás del frente, y con algún ventilador gigante hacen rodar bollos de paja (¿será paja común, como la de acá, la que tiran en Hollywood, o será un yuyo particular que crece en Texas, en Tucsón o por ahí?) por las calles desiertas y arenosas, como las que acá, en el balneario, cortan la calle principal y traen pedazos de la playa hasta el pueblo, y enarenan los cordones y los ángulos donde las paredes de las casas se clavan en las veredas.

¡Lo que habrá que barrer en este pueblo, Dios mío, con ese vientito que viene de la orilla y arrastra arena todo el día, todos los días del año!

Pensaba en esto mientras miraba el frente del negocio. La arena llegaba casi hasta la vidriera; seguramente ahí empezaría su trabajo cada mañana.

Se despidió de Nahuel, que encendió la motito con un ruido ensordecedor, le sonrió y giró en redondo sobre la calle dejando marcadas las ruedas como Selva se imaginó que harían las carretas en el far west. El pasillo que se abría lúgubre al costado del local estaba húmedo, como si perdiera algún caño e irradiara un frío de enfermedad, oloroso, impregnando las paredes rústicas, sin revoque, donde los bloques grises, irregulares, ensombrecían ese túnel. Pensó que sólo el hábito le permitiría cruzar ese purgatorio de noche. Porque ese sector de la construcción no tenía nada que ver con el local, parecía descuidado como las casas precarias de los suburbios que se empiezan con entusiasmo y después quedan inconclusas, con detalles

provisorios para toda la vida. Y sin embargo la fachada... otra vez las películas del Oeste, pensó.

En el fondo había un patiecito de arena y una puerta de chapa para entrar a su ambiente “privado”. Tardó en ensartar la llave pero finalmente abrió. Sabía, después del pasillo, que se iba a decepcionar: todo estaba sucio y abandonado. Seguramente los albañiles habían dejado todo así, mugriento. ¡Qué gente desaprensiva!, dijo recordando esa palabra que tanto usaba Lili, quizá sin saber del todo qué significaba. ¿Cómo pueden vivir en esa roña? Desidia, era la palabra favorita de Selva madre: estos pulguientos se merecen lo que tienen, decía con bronca, frase que a Selvita le daba un poco de temor por lo dura, como una condena de la Biblia.

Lo primero que hizo fue sacar el colchón a orear, vaya a saber quién –pulguiento o no– habría dormido ahí, y que chanchadas habría hecho. De lleno bajo el sol, con unas buenas sacudidas y un poco de alcohol fino lo pondría en condiciones, y si no hasta era capaz de dormir en el suelo. Dejó el bolso sobre la mesita y metió los vasos y las tazas sucias en la pileta. Primero limpiar la ventana, la cocinita, la cama y el bañito mínimo (¡Qué chiquito para bañarse y para todo lo otro, por Dios! Esto no está pensado para mujeres); barrer bien, lavar los cacharros. Recién después vio que no había ropero, y lo que habían mencionado como “placard” eran sólo un par de estantes precarios de aglomerado contra una pared. Ató un hilo fuerte –seguramente de una plomada– entre dos clavos y allí puso sus tres perchas. Todo iba tomando una medida humana, aunque no crecía. El espacio era tan chico que casi podía encender la hornalla desde la cama. La ropa se le iba a embeber de olor a comida. Acá nunca un churrasco, se dijo. En todo caso, si el día estaba lindo, podía sacar el anafe con la garrafa al patio, y si el viento lo permitía, cocinar allí. Tampoco iba a hacer comidas complicadas: ella con un huevo duro y un tomate partido al medio, ya estaba. Por eso estaba flaca y mantenía la silueta. Demasiado, nena, que un día de estos vas a desaparecer, le decía la madre con envidia.

Calculó que permanecer tres meses allí no era un programa muy entusiasta, pero la puerta que daba al local (despintada y rústica hacia la pieza, pero prolijamente pintada en su otra cara) le abría un espacio anexo, como un living que se podía transformar en una salida digna a la vida. Eran como dos construcciones diferentes: una cuidada, presentable y casi elegante –si no se miraba con buen ojo los detalles finos (pincelazos, marcas en las paredes, detrás de los cuadros, clavos imprudentes tras el mostrador)– y otra misérrima, un cuartucho de sirvienta maltratada, que Selva estaba segura de poder poner en condiciones con el correr de los días.

El local le encantaba. La máquina de café moderna (me voy a

poner negra de tanto café, otra que el sol de la playa), los depósitos de vidrio para los diferentes tipos de granos, con sus manijas de metal, la balanza; las mesitas funcionales y prolijas, haciendo juego con las sillas, el mostrador, los anaqueles, todo olía a nuevo y a pintura fresca.

Se paró contra la puerta de vidrio de acceso, mirando hacia el fondo del local: había polvo y algunas manchas en el piso, pero el sitio le seguía pareciendo acogedor. Recién entonces reparó en que no había mercadería, ni café ni nada. Estaba todo listo salvo ese detalle. De nuevo se acordó de esos escenarios falsos del cine, de las fachadas vacías por detrás. Seguramente Waldo aguardaba a que todo estuviera en condiciones para mandar las cosas. Ella se iba a encargar de que todo estuviera reluciente para comenzar el trabajo de la temporada.

3

Es sábado, un día invernal con el sol lastimando los ojos. Recién bañado, con el pelo todavía húmedo, entra en la cocina. Eugenia riega las plantas del patio mientras canturrea entre dientes. Poli nota que ella mira las plantas y el chorrito de agua breve de la regadera, pero sus ojos –los de ella– parecen situarse en algo que está más allá, traspasando las macetas, como quien piensa en algo trascendente mientras se aplica a una tarea trivial. La observa callado: ella lleva puesto un buzo rojo remangado con un short al tono y el pelo recogido en una cola de caballo; ese estilo la rejuvenece como una adolescente. Está delgada y en buena forma; tiene las piernas y el culo firmes; así vestida, piensa Poli, podría llamar la atención de cualquier tipo que se la cruzara en la calle, hasta la podría desear un muchacho joven, mucho más joven que ella. Medita Poli sobre cómo cambian esas impresiones con el matrimonio, cómo una mirada distante de pronto puede tornarse objetiva: ver a su mujer como a una desconocida.

Se encuentran de frente un minuto más tarde. Ella se sobresalta como una criatura sorprendida: no lo había escuchado levantarse.

–¿Hace mucho que estás acá? –pregunta como si se sintiera espiada o descubierta en falta.

Se saludan brevemente con un beso en la mejilla. Poli la ve pequeña; Eugenia en zapatillas le llega al hombro. La mujer promedio argentina no supera el metro sesenta, piensa o cree haber leído en una revista de supuesta información seria.

–¿Todo bien? –desliza ella como una formalidad.

Poli asiente con la cabeza, un gesto poco convincente para después musitar un “psi” apagado y grave. Serio, concentrado, sigue observándola como quien acaba de descubrir un accidente inesperado en un paisaje cotidiano. Intuye algo, un cambio, una sutil modificación de conducta o actitud en Eugenia. De pronto la ve atractiva de otra manera, como hacía tiempo no lograba verla, como si recuperara una imagen antigua de ella pero a la vez aggiornada. No recuerda haberla visto durante mucho tiempo de ese modo. Podría tratarse de un proceso callado que ha ido ocurriendo por leves oleadas,

marejadas que han llegado en sus ausencias y ahora han cristalizado cambios en esa persona de rojo que camina por la casa. O quizá ha sido un descuido de él eso de no reparar en los pequeños detalles que conforman la fachada de modificaciones internas mucho más misteriosas, invisibles.

Cuando en un momento ella pasa a su lado, Poli la toma por la cintura con las dos manos casi con delicadeza. Ella se deshace con un movimiento rápido, sin mirarlo, como si la sorprendiera e incomodara el gesto; como si no correspondiera, o más bien, –Poli piensa para sí– como si hubiera perdido el derecho de tomarla de ese modo.

Se queda con la sensación que le produce ese cuerpo breve y armonioso escapando impresa en los dedos. Por primera vez repara en el rechazo espontáneo que ha producido una mueca trivial, sencilla, y eso lo inclina a afirmarse en su presunción de otras cuestiones que acompañan lo corporal en Eugenia. Es como una señal elocuente de aquello que Poli intuye mutado, trastrocado. Él supone –ingenuamente– que sigue estando igual que siempre, igual al menos que su último día allí, antes de partir, y ahora trata de recordar si en esa despedida ella ha actuado como ahora, distante y esquiva. Tal vez, medita Poli, se trata del rencor silente de una vindicta que se ha ido acumulando y creciendo (¿tumor?) con el tiempo como una recidiva. No hay ni hace falta un hecho concreto, por caso una discusión pendiente, que justifique esa actitud.

Poli se retrae como un reptil sobre sí mismo, como cambiando la piel en solitario. Calienta un café y se va a tomarlo al living. Sobre la mesa ratona se acumula la correspondencia de la semana. Comienza a revisar los papeles: facturas de servicios, publicidades, ofertas que jamás va a comprar, resúmenes de cuenta del banco, nada importante, todo previsible. No ha terminado de mirar los sobres cuando escucha la voz huidiza de ella desde la puerta del zaguán:

–Me voy a correr con Mechi. En dos horas vuelvo.

Dos horas corriendo. Mierda, piensa él. Poli la escucha sin verla;

ella se ha deslizado en silencio hasta la puerta, como quien huye. Se para y la espía por la ventana: el short rojo y ajustado que hace juego con el buzo, destaca las piernas y le delinea las caderas de un modo que a Poli le resulta provocativo. La mira caminar rápido hasta la esquina como si de nuevo observara a una mujer cualquiera, como un voyeur, hasta que ella dobla en la ochava y desaparece.

¿Desde cuando corre, y nada menos que con Mechi? Si siempre ha odiado cualquier tipo de gimnasia o ejercicios. Tal vez sean cosas de la edad, ese punto en el que las mujeres se aterrorizan por el paso del tiempo y la amenaza de la decrepitud. Pero Eugenia tiene treinta y dos años, se ha recuperado con rapidez luego del embarazo y mantiene las formas sin grandes esfuerzos. Permanece inquieto e intrigado hasta que ve aparecer a Juan en pijama, frotándose los ojos con el dorso de las manos igual que él –Poli– lo hiciera antes. Son los genes, piensa con orgullo. Lo abraza, lo estruja con cariño y lo levanta del piso como un muñeco. Camina hasta la cocina y le prepara la leche. Juan habla sin parar sobre un jueguito de marcianos y naves espaciales, y le explica que trataba de descifrar el extraño código de una batalla galáctica. El relato parece mezclar las impresiones reales de Juan con algún sueño reciente, o quizá Poli, pese a intentarlo, no logra comprender la lógica de esas historias. De golpe tiene la amarga sensación de haber ingresado en una casa equivocada: su mujer es una gimnasta

aeróbica hedonista y su hijo, un extranjero que habla otra lengua.

–Yo no tomo chocolate –dice Juan ante el vaso de leche con cacao–. Mamá dice que me hace mal.

–Bueno, pero si te gusta yo te dejo.

–No, no me gusta, papá.

Sí; definitivamente se trata de la casa errada, piensa Poli. Algo está pasando allí que le resulta incomprensible. Recuerda ciertas historietas de juventud con mundos paralelos donde las cosas eran aproximadamente parecidas como calcos deformes, con patéticas u ominosas variaciones, un mundo que los cómics llamaban “bizarro” antes de que el término resurgiese con los años como categoría estética; o como esos juegos para descubrir errores en dos dibujos aparentemente idénticos.

En definitiva, su ausencia ha terminado por volverlo a él mismo un forastero en el lugar que contribuyó a edificar.

Tiene una sensación de espanto, como si presenciara la monstruosa

consecuencia de sus errores sumados a lo largo de los años. Juan se ha ido a jugar a su cuarto, así que aprovecha ese instante para servirse un trago de whisky que le permita sobrellevar la impresión. No acostumbra beber, menos a esa hora y en ayunas, pero toma conteniendo el aire y de un solo impulso la medida generosa del vaso. Cierra los ojos mientras siente cómo el líquido áspero le recorre el pecho hasta el estómago. Sacude la cabeza y vuelve a abrir los ojos como aguardando que una súbita magia lo retorne al lugar

imaginado. Mira el vaso de cacao abandonado sobre la mesa para comprobar que todo es cierto y sigue inmutable, igual que antes del trago. Lava la copa procurando no dejar huellas.

Sentado en el sillón del living, observaba la casa: los libros, los innumerables papeles de Eugenia en cajas de cartón y carpetas, el material didáctico, apuntes, libros de texto, todo se apilaba de manera irregular y anárquica sobre los estantes cercanos al escritorio. Se aproximó y sobrevoló con una mirada amplia ese espacio caótico que sólo el orden de ella podía interpretar: pruebas de alumnos, planillas de calificaciones, memos, una agenda desbordante de hojas dobladas. Era su agenda personal con profusos anexos que la engordaban de modo deforme. Dudó un instante; sabía que revolver allí, en los papeles privados de Eugenia, meterse en ese mundo, era algo imperdonable para ella. Pero se sintió con derecho a saber qué carajo había allí, encerrado entre dos tapas plásticas, tan fáciles de abrir. Abrió la agenda y no pudo evitar que cayeran algunos papeles que se apuró a levantar del piso. Facturas, direcciones sueltas, teléfonos, todo parecía pertenecer a un circuito misterioso y cerrado bajo el código oculto de una vida ajena, inaccesible. Notas y más notas, horarios, calendarios, impresos, publicidades, nombres o apodos de personas ignotas con sus respectivos teléfonos (¡cuánta gente desconocida!), tickets, recortes de diarios, direcciones misteriosas y un sobre blanco. Un sobre prolijo en medio del barullo. Adentro había al menos una hoja doblada. Separó el sobre del resto y lo depositó sobre la mesa, continuó observando el marasmo de

anotaciones en las páginas desbordadas de palabras como una catarata verborrágica. Seguía sin entender la lógica de esos textos, cómo alguien podía encontrar algo en ese quilombo. Cerró la agenda, la devolvió a su lugar y recién entonces advirtió que el sobre blanco había quedado afuera. Escuchó el murmullo de Juan que seguía entretenido en su habitación. Tomó el sobre y se metió en el baño. Se sentó en el inodoro, acomodó las piernas y arqueó el sobre por donde había sido cortado para sacar el contenido. La letra parecía femenina, era redondeada; la tinta azul oscura. Y leyó sin orden alguno las primeras frases en la que se depositaron sus ojos:

"Extraño el cuerpo que volverá a desaparecer con la noche, la caricia arisca que me posee y me abandona, que toma de mí aquello que provoca

hasta saciarse, y huye."

El texto seguía por vericuetos paisajistas, narrados por la voz de un hombre, claramente heterosexual. Poli desplegó la hoja: no había título ni encabezado alguno; ni firma al final. Notó que las manos le temblaban y, atribuyéndolo a la posición incómoda, extendió las piernas: el papel continuaba vibrando en sus dedos. Siguió leyendo:

"Sé que vas a venir en el tiempo robado a tu otra vida, que vas a desnudarte hasta caer derramada en mí, y volveré a ser el esclavo entre tus muslos blancos."

Poli empezó a toser. Tosió con fuerza, casi ahogado y sin poder contenerse.

–Papi... ¿estás bien? –escuchó la vocecita asustada de Juan al otro lado de la puerta.

–Msí, sí,... volvé a la cama, Juani. No es nada.

Poli fue recuperando la respiración normal. Recogió la hoja que había caído al piso, y siguió leyendo:

"Esta otra existencia oculta, la habitación secreta de nuestros cuerpos erizados, ese ardor indetenible que obliga a repetir la escena, esta sed que no se apaga sino con más sed..."

De pronto sintió vergüenza. Temblaba. No quiso seguir leyendo y dobló la hoja. "Qué hacer", pensó y de inmediato trató de ordenarse. No era la primera vez en todos esos años que un alumno se enamoraba de Eugenia, esos muchachos calientes (y bien podía ser este uno de ellos) solían escribirle cartas o poesías cursis, textos ampulosos, repletos de metáforas trajinadas y pretenciosas. Y sin embargo esto sonaba distinto: no parecía una ecuación profesora-alumno; ni las palabras pertenecían al léxico juvenil, aunque esta posibilidad tampoco podía descartarse. De hecho, en otros tiempos, Eugenia le había mostrado, con cierta ternura y satisfacción, esas cartas de chicos enamorados platónicamente como devotos de su profesora. Pero los tiempos cambiaban, y estas palabras eran definitivamente diferentes. El lenguaje explícito, brutal, no recurría a alegorías ni a vaguedades; poco le importaba ya a Poli la calidad poética del texto. Pensó que si le preguntaba directamente a Eugenia se expondría, primero a su furia por la violación de correspondencia; segundo, a una excusa (podía ser un poema de cualquiera, hasta de un autor famoso); tercero, nada aseguraba que estuviera destinado a ella, a quien nunca se nombraba. En definitiva, haber descubierto el sobre lo remitía a un sitio peor que el de la ignorancia. Su mujer bien podía serle infiel con cualquiera, alumno o profesor, él no tenía ninguna prueba al respecto. Le quedaban dos caminos, pensó: enfrentarla y pedir explicaciones, o

actuar “de oficio” e investigar. La primera opción le resultó inviable: sólo podía encararla con pruebas contundentes; ella bien podía negar todo. Decidió actuar como un pesquisa, un espía en su propia casa. Recordando esas películas maniqueas donde el supuesto marido engañado contrata a un investigador para que persiga a la esposa, asoció también el caso con esas variantes donde el detective termina enamorado de la mujer, o el marido extorsionado por el detective. Eso pasaba sólo en el cine americano; acá pocos tienen plata para contratar investigadores privados, pensó, y estos, en caso de existir, son menos confiables que la policía. Él debía encarar la cuestión por su cuenta.

Dobló la hoja nuevamente y la iba a introducir en el sobre cuando notó un breve detalle. En el reverso del papel había un pequeñísimo membrete; la hoja había sido usada del revés. “Estudio Branda”, decía escuetamente en un ángulo, sin direcciones ni teléfonos. Era un apellido conocido en la ciudad, pero Poli no tenía idea de qué tipo de estudio se trataba. Guardó la hoja y salió del baño con el sobre oculto. Lo depositó dentro de la agenda de Eugenia y dejó las cosas en el mismo desorden en que las hallara.

Estaba inquieto, no podía comentar el tema con nadie y lo devoraba la ansiedad. Buscó la guía telefónica: había seis Branda, pero un único Estudio Branda, Asuntos Jurídicos. Encima abogado, pensó, como si sumara una complicación. Anotó la dirección y el teléfono en un papel que ocultó en el bolsillo. Un instante después entraba Eugenia, toda transpirada, con un gesto cercano a la felicidad.

“Hola, hija de puta, traidora”, pensó a modo de saludo Poli, pero se quedó callado observándola. Ella parecía haber recuperado el buen humor y Poli se resistía a pensar que eso podía deberse a algún encuentro con el poeta-abogado.

–¿Todo bien? –preguntó serio.

–Sí. Me hace bárbaro... corrimos un montón –suspiró Eugenia.

“Cogimos, un montón”, pensó Poli, “cogimos, reverenda turra, mientras yo le daba la leche al nene y vos le prohibís el cacao”, pensó infantil, ingenuamente Poli.

Pensaba ese tipo de respuestas que, advertía, lo degradaban, lo reducían a la condición de primate, pero mantenía la seriedad de un jugador de póquer. Ella, como si advirtiera el peso de una sospecha en el ambiente, pareció incómoda, justificándose todo el tiempo.

–Desde que corro con Mechi, me siento mucho mejor.

Además del cuerpo, te ventila la cabeza...

–Lo ahorrás de psicoanalista, querés decir.

Eugenia cambió el gesto, borró la breve euforia y caminó decidida hacia el baño; pegó un portazo y enseguida se escuchó el agua de la ducha corriendo.

Comieron en silencio, apenas interrumpidos por las preguntas de Juan. Cuando terminaron, Poli se puso de pie y caminó hacia la puerta de calle: "Salgo", dijo despacio, como para no ser oído. No escuchó respuesta.

4

Lo primero, después de desarmar el bolso, era la higiene ambiental; comprar todo lo necesario sin derrochar, le había dicho Waldo. Buenos productos, que haya un aroma agradable, que el que entra no se vaya con un tufo a desinfectante para perros, pero tampoco perfume francés en el piso, ¿estamos?, había sido el chiste aclaratorio de la segunda entrevista. ¡Perfume francés!

¡Justamente a ella, que era la reina de la economía y que nunca había tenido un perfume francés! Ni aunque me sobrara la plata lo compraría; eso es tirar los billetes a la basura, le había comentado a Liliana; prefiero una colonia sencilla y ya está... ¡perfume francés! Dale Selvita, no jodas, está bien que no despilfarres, pero una vez, por lo menos una vez darse un gusto, había sido la respuesta de Lili.

Selva odiaba el despilfarro –con lo que me cuesta ganar algo, Lili– y sabía hacer maravillas con la plata, estirar esos sueldos miserables que le tocaban siempre con la receta sencilla del ama de casa argentina: caminar un poco más, comprar sólo lo indispensable y de marca trucha; usar ropa sobria, que parezca elegante pero que compraba sólo después de revolver en mil lugares; ropa rendidora, no esas baratijas que se desintegran a la primera lavada. Esa es la economía del carajo, decía su madre y tenía razón, comprar barato para tirar a la basura enseguida... un esfuerzo al cuete. Los zapatos, eso sí, tenían que ser buenos, porque si no los pies se deforman y una tiene que caminar mucho para buscar buenos precios y ahorrar en los viajes. Después te gastás la plata del pedícuro, decía la madre, y aunque ella la corregía (en el pedicuro, mamá, no "del pedícuro"). Selva madre volvía a decir, "del pedícuro" una y otra vez. Es que me olvido, Selvita, cuando una ya está vieja no se puede corregir, ya se sabe: loro viejo no aprende a hablar. Sí que aprendés, ma; si siempre estás diciendo palabras nuevas... hasta las inventás. Vos sabés que te adoro y cuánto valoro que hayas sido padre y madre para mí.

–No, Selvita.

–¿Cómo que no?

–Eso no es así. Los... las tareas del padre no las reemplaza la madre.

–¿Y eso?

–Lo dijo una sicóloga hoy en la tele. Que los... ¿cómo se dice?... las funciones de los progenitores nunca se desplazan de uno a otro. Los... ¿cómo es?

–Los roles...

–Eso, los roles. Decime, "rol" ¿es una palabra inglesa?

–Supongo que sí, ma, que viene del inglés, pero acá se usa también.

–¿Será como rock and roll?

–No, eso es de rodar, creo.

–¿Y rolling stone?

–Eso quiere decir piedra rodante, vendría a ser canto rodado.

–¿Pero canto no es sing o song o algo así? Debería ser singing stone, ¿no?

–Sos loca, mami, eh... ¿de qué te reís?

–De "canto". Por tu tío Enio. Cada vez que pasaba una culona le decía: "¡Nena, qué cantos!", un guarango tu tío.

–¿Y por qué le pusieron ese nombre, Enio?

–Te conté una vez, ¿no te acordás? La madre fue a ver una película tristísima, no me acuerdo cuál, que la música sola ya la hacía llorar. Escuchaba la música por la radio y lloraba. Y era de Ennio Morricone la melodía.

–Pero ese Enio no es con dos "enes".

–Sí, pero en el registro no se lo permitieron; dijeron que era extranjerizante. Mirá ahora, le ponen cualquier nombre horroroso a los chicos y los dejan. Y los chinitos que nacen acá se llaman chinchulín y nadie lo prohíbe.

Se tendrían que llamar Juan o Pedro como cualquier cristiano...

–Si no son cristianos... Ya te dije que eso es racismo, ma. Cada uno que le ponga el nombre que quiera... es su hijo ¿no?

Selva se acordó de su madre mientras hacía la lista de las compras para el negocio; pensó en qué estaría haciendo mamá Selva y miró la hora. Seguramente tendría alguna clienta en la peluquería, la Cofiur Selva que ocupaba el living de la casa. ¿Por qué "cofiur", ma? ¿No es "cuafer" o algo por el estilo? Nena, la gente dice "fui de la cofiur" y

listo. Qué joder... Al que le guste el cartel, que lo mire, y al que no que mire a otro lado... Esas eran las salidas de Selva madre que a Selvita hija primero la irritaban y después le daban ternura. Porque Selva madre, por más que la sicóloga de la tele dijera lo que se le cantara, para ella había sido padre y madre a la vez.

Trapos, gamuza, lavandina, detergente, esponjita y seguía la lista. Lo ponés todo en la cuenta de Waldo's, dijo Waldo. En el súper ya saben: eso sí, prudencia en los gastos. Había sido tacaño el Waldo, o no, quizá no, quizá era cuidadoso, y eso hablaba bien de él. Encima con tantos locales. Habría que ver si todos los encargados eran responsables como ella... Y un patrón que hace bien las cuentas, que mira el centavo, hace que el negocio prospere; eso al menos debería ser bueno para todos. Bueno... no para todos; algunos prosperan sólo ellos y no reparten nada con los empleados. Para esa gente sos empleado en las buenas y socio en las pérdidas. En todo caso, que el negocio marche bien lo único que asegura es el trabajo.

Selva sabía que si hacía bien las cosas, Waldo iba a confiar en ella y seguramente dejaría de tomar tantas precauciones. Liliana le había dicho que el tipo tenía mucha plata y distintos negocios desparramados por todos lados. El Waldo este, dijo Liliana, no es ningún boludo, Selvi: el tipo no pone todos los huevos en la misma canasta.

–Qué frase, Lili... por mí que haga con los huevos lo que quiera –se acordaba ahora Selva y volvía a sonreír cómo lo había hecho antes, con Lili.

–Mirala, a la mosquita muerta... bien que debés pensar vos en los huevitos... –y se reía como loca Liliana.

5

La camionetita marcha despacio, arrimada al cordón, como si fuera de juguete, un coche de calesita. Poli mira de soslayo la numeración de la calle como los detectives que ha visto en la tele, en innumerables series y películas. Pero ahora siente un cosquilleo molesto en el estómago, porque se da cuenta de que no es ficción, y él mismo no está en mejor papel ni lugar. La casa es antigua, señorial, bastante bien conservada. Estaciona unos metros adelante; a esa hora hay poco tránsito.

Camina con lentitud; el corazón batiendo con fuerza adentro del pecho. Cuando llega hasta la ventana que da a la vereda, advierte, a través de la cortina de voile, un gran escritorio con lámpara de bronce, típica de abogado; y una biblioteca de libros jurídicos todos idénticos, como una escenografía falsa, apenas iluminados por una luz tenue. La chapa en la puerta ratifica "Estudio Branda", y dos placas más chicas a continuación dicen: José Alberto Branda, arriba, y Agustín Branda, debajo, ambos abogados. Padre e hijo, deduce sin gran esfuerzo Poli, la herencia doctoral. Recién entonces se pone a pensar qué está haciendo allí. ¿Qué va a intentar? ¿Pedir audiencia? ¿Pedir explicaciones? Porque bien podría existir allí un empleado, o alguien, cualquiera, podría haber conseguido una hoja con ese membrete, ajeno a los inmaculados doctores Branda. Y aun si de Branda se tratase, supuestamente de Agustín, el hijo, por una elemental deducción de edad, ¿sabría algo ese tipo de él, de Poli? Bien podría ignorar su existencia, su nombre y hasta el simple hecho de estar casado con Eugenia. Es difícil presumir una inocencia total, porque, piensa Poli, uno sabe cuando se mete con una mujer casada, aunque la mujer no diga nada. Una mujer casada se distingue hasta por sus movimientos y Poli no quiere pensar en esos movimientos en la cama.

La calle prosigue silenciosa. Poli vuelve hasta la camioneta, enciende un cigarrillo y sigue observando la casa por el espejo retrovisor. El corazón continúa dándole golpes en lo profundo del pecho como la presunción de algo grave. Empieza a serenarse cuando ve a la gente que sale de la casa: un matrimonio joven con dos chicos. El muchacho ronda los treinta, aspecto de rugbier, muy alto y robusto, vestido con la obvia Chemise Lacoste clásica pese al fresco de la tarde, pelo con gel, mocasines tostados, barba candado, jean clásico. La chica: no más de veinticinco, rubia lavada, muy flaca, anodina, con ropa elegante como muestra de prosperidad y cierto buen gusto, pendiente de las dos criaturas cual madraza –dos varones, tres y cuatro años, estima Poli–. Suben a un Audi blanco impecable como ellos que destaca el buen pasar, mientras los viejos –hombre y mujer septuagenarios– los despiden desde la vereda.

Poli arma con rapidez el cuadro de situación. Pone en marcha la camioneta y comienza a seguirlos a distancia. Atraviesan el centro y se alejan hacia el Norte. El barrio arbolado de lapachos, las calles aromadas de flores, lo van introduciendo en el sueño idílico de la clase media alta que busca con desesperación aproximarse a los ricos de verdad: chalés modernos, jardines de diseñadores, autos sofisticados, piscinas y medidas de seguridad extremas. La casa de Agustín Branda es uno de esos paradigmas: reja automática, pequeño cartel anunciando el ojo avizor de una empresa de seguridad, jazmineros y

flores junto a los grandes ventanales, algún detalle que a Poli le resulta de mal gusto (tejas esmaltadas azules) o pretencioso (excesiva profusión de ladrillo visto).

Mientras el próspero abogado estaciona en la cochera, Poli aguarda a la sombra de un fresno a una distancia prudente. Saca una libreta y anota la calle, el número de la casa y la patente del Audi. Cuando la familia desaparece en el interior del chalé, Poli sale de la camioneta y camina con sigilo hacia la vereda de los Branda. Antes de llegar a la casa, escucha con precisión la voz del hombre:

–Sol: voy hasta el kiosco, ¿querés algo?

La respuesta no llega a sus oídos, pero un segundo más tarde Poli se topa de frente con Branda cerrando la puerta. El tipo lo mira con desconfianza, como mira el que siempre está temiendo que le quiten algo. Paradojas del despojo, piensa Poli. El tipo le lleva unos diez centímetros de altura. Poli calcula con rapidez que, si el abogado se lo propone, puede fracturarle la columna en dos partes con esos brazos simiescos. Pasa a su lado sin quitarle la mirada. Se imagina a ese tipo desnudo, aferrado al cuerpo de Eugenia, haciéndola gozar no sólo de incontables orgasmos, sino también de la comparación cruel con él, con Poli, un alfeñique al lado de Branda, encima –se autoflagela– envejecido prematuramente. Imagina a Eugenia vistiéndose para esos encuentros, perfumándose, revisando cada detalle de su imagen intencionada y elocuente dirigida a seducir, a excitar al abogado, como sólo una mujer lo hace cuando se prepara para un encuentro decididamente sexual, una trampa robada a la rutina de familia tipo.

Mientras se aleja hacia la esquina opuesta, como si reflexionara sobre sus propias culpas, Poli trata de recordar cuándo ha sido la última vez que tocó a su mujer. De modo impreciso, recuerda un encuentro fortuito, un roce accidental en la cama con la luz apagada, sin palabras, con la nítida impresión de no saber ni haber pretendido indagar si aquello –un polvo veloz y accidental– había sido al menos satisfactorio para ella, o siquiera para él mismo. Gira en la esquina para dar vuelta a la manzana; empieza a imaginar qué hará Eugenia con ese tipo. Qué hace puntualmente. Todas sus ideas apuntan a diversas formas de sometimiento. Sí, con seguridad, a ese abogado-rugbier le debe encantar atarla, pegarle, eyacularle en distintas partes del cuerpo pero sobre todo en la cara; humillarla, penetrarla por el culo (ahora que Poli ha reparado en la firmeza recuperada de esas nalgas). Y ella, con seguridad, debe estar feliz de que esa sea la mecánica sexual establecida con su amante, tan diferente a la anodina, poco entusiasta y esporádica rutina marital. Y, con seguridad, esa flacucha desgarbada y frígida de Sol, debe sentir con su marido lo mismo que Eugenia con él, con Poli, la práctica espaciada e insatisfactoria que denotan esos gestos abúlicos. O no, o ese Branda es

un verdadero padrillo capaz de cumplir ampliamente en su casa y fuera de ella, pese al gesto de Sol, como supone o imagina la sabiduría popular; esa perogrullada sobre lo grandes cogedores que son los tipos elementales y sencillos, los que nunca se estresan ni son capaces de elaborar grandes pensamientos (a esta altura, Poli supone que el poema es plagiado, que la mente del rugbier no da como para elaborar pensamientos estéticos complejos, mucho menos artísticos, por más basto que el poema fuere), machos rústicos y elementales que se atienen a la realidad inmediata, tangible y concreta, y cogen mejor y sin dramas.

Se sigue flagelando Poli y piensa que quizá hasta tendría que agradecerle a ese Branda el haberle devuelto a su mujer la autoestima, el entusiasmo, el obligarla a mantenerse en forma y soltar a veces una sonrisa, todas cuestiones que nunca hubiera ocasionado Poli. Aunque ese beneficio de inventario le resulta excesivamente escaso a Poli, que ahora ve nítido en su horizonte el inesperado rol de marido cornudo por ausencia y abandono, de idiota que paga las cuentas y hasta las bombachas que otro le arranca a su mujer con los dientes mientras él trabaja. Porque ese tipo, para degradarlos a ambos, hasta podría ser capaz de hacerle pagar los condones a Eugenia, o hacerle pagar el hotel para gozar con la humillación, puesto que eso mismo puede constituir un mecanismo de suma importancia en esa relación furtiva. En definitiva, puede ser el mismo Poli, con sus magros ingresos, el que financia toda esa puesta en escena; de ese modo se explican ciertas carencias domésticas: las facturas de servicios vencidas, los intereses punitorios. Hasta puede justificar la exclusión del cacao para Juan, porque ese dinero se gasta en las aventuras sexuales de su mamá. Es más, piensa Poli llegando a la segunda esquina, debería indagar con qué frecuencia ocurren los encuentros y cuánto tiempo hace que han comenzado. Porque bien puede ser que él repare recién ahora y la historia lleve meses, años. Años de sacrificio callado, de esfuerzo y viajes estériles, de sudor y sonrisas ficticias para lograr una moneda más de insospechado destino. Poli siente que se va hundiendo en la mierda de la depresión, en ese mundo nefando donde todos los pensamientos son oprobiosos. Pisa la vereda con pasos irregulares; siente que los hombros le pesan cada vez más, que envejece a cada paso como si lo aguardara la ancianidad en la próxima esquina; que ya es un tipo inservible y desahuciado, que no tiene valor alguno, nada para rescatar a excepción de haber sido el padre de Juan, cuando todavía cogían con entusiasmo con Eugenia. Y Juan... no, piensa Poli; Juan no, no puede ser; tiene cinco años, en aquel tiempo todo estaba... Juan seguro que es suyo, si hasta tiene los mismos ojos, todos lo dicen. No, Juan no, por Dios, se dice, ruega para adentro, pero el tembladeral que transita no termina de convencerlo; las certezas se

han esfumado, se han convertido en una nada de horror, de rencor que crece y crece. El pozo se abre y se hace más profundo, la mierda lleva a más mierda; el cerebro parece corroído, como poblado por termitas asesinas. Es un padre viejo

–primerizo a los cuarenta y cinco– si es que lo es. De pronto todo queda relativizado por la multiplicación de las dudas. Poli queda boyando en el vacío: el mundo se desmorona a sus pies.

Se sienta en la butaca de la camioneta, apoya la cabeza en el volante. Quiere llorar, hace un esfuerzo pero no puede. En una maniobra torpe hace sonar la bocina. Agustín Branda, que en ese momento llega de vuelta a su casa con el diario en la mano, gira la cara hacia él, con gesto de contrariedad. El gesto se vuelve asesino, como si el bocinazo lo hubiera provocado. Poli se queda quieto, aunque íntimamente piensa que lo mejor es ir a encarar al abogado-rugbier, reputearlo y después recibir todos los golpes que ese tipo es capaz de colocarle hasta quedar deshecho en medio del asfalto, expuesto al escarnio público, apedreado y repudiado por las miradas de las familias decentes y fidelísimas de la zona, matrimonios tan sanos que jamás osarían dudar de sus cónyuges, pero con gusto verían a ese intruso crucificado y expuesto en la caja de un camión por toda la ciudad para ejemplarizar y predicar en la juventud la importancia de una vida decente, la monogamia, el monoteísmo y el deporte.

Pero se queda quieto, quietito sintiéndose un cobarde acovachado entre las chapas de la camioneta. Hasta tiene el impulso de pedir una disculpa pública por el bocinazo intempestivo, perdón a la familia Branda, al noble barrio todo, a la humanidad de Occidente por ser un marido descuidado, por fomentar y hasta ser el causante de la infidelidad (piensa que deslealtad suena socialmente más aceptable) de su sufrida esposa.

“Hijaderremilyeguasputas”, dice entre dientes, porque siente que eso no es sólo una traición personal, es una traición de clase, una claudicación ética ante el neoliberalismo salvaje (bueno, calcula que eso pensaría Serguei: los oligarcas te cagan toda la vida y se cogen a tu mujer, y ella, una Malinche traidora, encima chocha). Porque él, Poli, le conoce la hilacha a Euge, el origen gringo, la lucha familiar por levantar cabeza y darle educación; son de la misma estofa, del mismo barro: nunca tuvieron tierra más que en las macetas.

Pone en marcha la camioneta, mete primera con brutalidad y enfila resignado hacia su casa. ¿Su casa?, piensa, ¿qué queda suyo ahí? Si hasta evita pensar en Juan. Su ropa, lo único suyo porque sólo le sirve a él: “Llego, embalo todo y me voy a la mierda para siempre; y que las facturas de servicios e impuestos atrasados las pague Branda y la concha de su putísima madre, su padre viejo choto, su frígida esposa y

sus imbéciles hijos descerebrados". Se escucha a sí mismo en el vacío de la cabina de la camioneta reaccionando como macho herido y se avergüenza. Pero no puede dejar de putear, de putearla a ella, a Eugenia, que abrió la puerta a toda esa mierda. Piensan con la concha, argumenta haciendo extensivo el aserto a todo el género.

El trayecto no le sirve para calmarse. ¿Y si comprara un arma? Dos balazos en la frente y otros dos en los huevos del rugbier-padrillo no estarían nada mal, como en las milongas de Rivero; y hasta le parece poco escarmiento, una compensación exigua a cambio de años de cárcel. Pero, no; eso no serviría de nada; la muy hija de puta de Eugenia, envalentonada, sería capaz hasta de buscarse otro, ahora que tiene el culo duro. Y él, Poli, no puede arriesgar su libertad para que ella siga cogiendo con otro rugbier abogado, procurador o quizá escribano. Poli se ve preso mientras ella, la muy puta, garcha con la selección argentina de rugby, con el íntegro colegio de abogados de la provincia. Tiene que pensar otra cosa; las armas las carga el diablo. Si hay balazos, tendría que haber para ella también: yo iría preso, pero ella... a mirar cómo crecen los rabanitos desde abajo, a que se le pudra el culo y su putísima concha.

Después de un par de maniobras osadas que sacuden la camioneta, trata de recuperar la serenidad. Piensa en una estrategia urgente para salir del paso en un caso extremo como ese. Recuerda que Eugenia ignora todo lo que él ha descubierto apenas en ese día, ese desgraciado día en que el mundo, el pequeño mundo de Poli se viene abajo, como dice el dicho, "como calzón de puta", aunque no valga quizá como el mejor dicho para aplicar al caso pero, sea como fuere, ese, su limitado mundito, se viene en banda. En tanto, su esposa, Euge, infiere Poli, la muy hija de puta, seguramente pretende seguir eternamente la mascarada mundana de familia que ha montado sobre los cuernos, astas de ciervo, del buey profundamente castrado que es su tonto marido. Calma, calma, se dice, la venganza es un plato que se sirve frío. Y las frases hechas le ayudan a sobreponerse. Si no posee la fuerza bruta, aún dispone de la inteligencia; deberá aguzar la imaginación para llevar a cabo una venganza mítica, bíblica, apocalíptica, la consumación de una vindicta que enarbole como estandarte todas las venganzas de la humanidad sometida y mancillada, que lo redima a él de ese estado miserable. Calma, calma, se repite, el furor ciega la inteligencia. Si hay que actuar, se actúa; si ella pudo, bien puedo actuar yo.

Se detiene en un fondín a unas cuadras de su casa, acodado en el

mostrador y toma dos copas de ginebra pura, sin hielo, casi sin respirar. Paga y sigue viaje. Cuando se aproxima a su casa, o al pequeño edificio que solía serlo hasta ahora –medita– trata de recuperar la frialdad, la capacidad de discernimiento, tomando distancia de la emoción que lo obnubila. Objetivamente, cavila, el poemita no parece provenir de un típico abogado provinciano, por más próspero o promisorio que resulte. Si bien no es un texto virtuoso, tiene la impresión de que algunos términos, el orden de los versos y la estructura general, delatan pretensiones poco esperables en un Branda como ese. El abogado-rugbier clásico, previsible, a lo sumo debería plagiar a Bécquer o a Baldomero Fernández Moreno de alguna vieja carpeta del secundario. Y él, Poli, que es un lector ávido en sus constantes tiempos muertos de los viajes, aunque no un especialista en poesía, puede distinguir sin gran esfuerzo un texto de determinada elaboración de una cursilería berreta. No puede ser la misma persona quien escribiera el poemita y ese gandul leguleyo estereotipado.

Visto desde el punto de vista de la atracción física, abstrayéndose al máximo de su cuestión “sentimental”, puede comprender la búsqueda de un modelo de amante de ese estilo, alguien totalmente opuesto a él, exitoso a su modo y más joven. Lo que no le cierra es el poema. Vuelve a armar el croquis mental de la investigación: ¿y si en realidad hubiera un empleadito joven con inclinaciones literarias en el Estudio Branda? Podría ser; no es una idea desechable. Para verificarlo debería quedarse el lunes y asomar la nariz por esa oficina con alguna excusa. No tiene urgencias ni grandes obligaciones esa semana, puede tomarse unos días y postergar la siguiente gira. De paso, se inmiscuye en el movimiento habitual de la casa durante su ausencia.

Siente la necesidad de hablar con alguien. Pero es un asunto delicado. No quiere exponerse, ya bastante oprobio interior está padeciendo. Piensa de inmediato en Cid, un tipo grande y sereno, confiable. Con seguridad lo va a encontrar a la tardecita en el Tokio o en el Baviera de Santiago con Serguei. Pero debe evitar a Serguei, que seguramente va a apuntar, en su análisis causal bolchevique, al deterioro ético de la sociedad capitalista como justificativo del hecho. A Poli le importa un carajo la perspectiva social de su problema o la interpretación política del asunto. Además, ¿no hay cornudos en Cuba, en Vietnam, en China? El capitalismo es el culpable de miles de atrocidades, pero no puede atribuírsele también esta desgracia, aunque no duda que Serguei le hallaría al asunto su vínculo en el análisis marxista. Serguei ni loco; precisa un amigo cauto y experimentado en el sufrimiento para soltar ese entripado que le sorbe el seso.

Llega a la casa. Eugenia y Juan ven televisión en la cocina. Los platos lavados están en el escurridor. Eugenia toma un té de hierbas que exhala un olor parecido a un sahumerio. Ninguno de los dos pronuncia palabra cuando la figura de Poli ocupa el vano de la puerta, observando fijamente a su mujer a los ojos.

–¿Qué te pasa a vos, si se puede saber? –suena desafiante la pregunta de Eugenia, como quien cree que la mejor defensa es el ataque.

Poli la sigue mirando sin decir nada, con la ingenua esperanza de que esa mirada la va a obligar a confesar entre sollozos, a arrastrarse por el piso como un estropajo, lamiéndole los zapatos, arrancándose los cabellos, pidiendo perdón por la felación, por la deslealtad, suplicando que le pegue con una vara de mimbre en la espalda hasta hacerla sangrar, que le clave astillas de bambú debajo de las uñas. Pero Eugenia, al no recibir respuesta, se sigue emprolijando las cutículas sin prestarle atención.

Poli abre la heladera:

–¿Hay algo para comer?

–La fonda está cerrada... debe haber algo de queso y salame. Ah... el pan es de ayer; nosotros no comemos farináceas... –responde la muy yegua sin levantar los ojos de sus manos. Ha tomado un tono francamente beligerante que a Poli le acelera el pulso.

El "nosotros", la supuesta sociedad en la que involucra a Juani, parece una línea divisoria: nosotros aquí, vos afuera. Poli vuelve a cerrar la heladera; ya no tiene hambre. Mira de soslayo la escena imperturbable y camina por fin hacia la habitación. Sobre la cómoda está la foto de los tres sonriendo. ¿Cuánto hace de esa escena? ¿Cuándo han sido así de felices? Imagina en la foto familiar al mismísimo Branda ocupando su sitio, abrazando a Euge y a Juan, y no quiere seguir pensando.

Cierra la puerta, la persiana y corre la cortina buscando una oscuridad total y definitiva. Se desnuda y se mete en la cama; necesita dormir.

6

El súper quedaba a dos cuadras, en dirección opuesta al mar. Ese sector del pueblo se parecía a cualquier barrio suburbano, adentrándose en la chatura a medida que se alejaban de la costa, con

sus chalecitos módicos, casas cuadradas, elementales, con detalles de terminación pendientes, ladrillos de revoque ausente, de bloques precarios, y otras semiabandonadas, proyectos inconclusos de vaya a saber qué familia caída en desgracia, quizá dramas ocultos, divorcios, accidentes, cánceres inesperados que terminaron en “eso” ausente, triste, de la casita frustrada.

No parecía un barrio próspero siquiera en algún futuro indecible, más bien irradiaba una imagen de postergación, de construcción perpetua: casas que siempre tienen algo pendiente para llegar a ser tales. Selva se imaginaba a los dueños como gente de trabajo que los fines de semana llegaba a la costa en camionetas viejas, Rastrojeros vencidos, cargados de materiales, que con ese entusiasmo romántico de los pobres, ayudados por algún pariente, que iban apilando ladrillos sin más intuición arquitectónica que algún vago modelo soñado o mal copiado, una idea que debían conciliar con la practicidad y la economía. No estaba mal, pensó. Ya quisiera ella tener una casita en el balneario, pero eso sí: mirando al mar, frente al océano, cosa de abrir la ventana y respirar ese aire salado que parece tan puro. Y verlo, ver las olas y el horizonte, un barco a lo lejos, un transatlántico lleno de gente linda y alegre, brindando con champán en la cubierta. Pero de pronto se acordó de una película-catástrofe en la que el mar enloquecido avanza sobre el continente con una marejada gigantesca que se traga ciudades, edificios famosos, la estatua de la libertad, todo, todo va quedando sepultado por el maremoto inmenso. En un caso así, los de la costa serían siempre los primeros fiambres. Y se acordó de un noticiero donde daban esos tifones que azotan las playas de California y destruyen todo, unas casas hermosas, muchísimo mejores y más lindas que estas que ve ahora, con la plata que valen esas casas y los autos último modelo arruinados; o esos tsunamis de oriente con olas salvajes que arrasan unos hoteles de película donde ella no podría ser ni mucama, porque no habla inglés ni francés, ni nada, ay Dios... La naturaleza es así, piensa, no distingue entre ricos y pobres. Se consuela pensando que en esta zona nunca debe haber habido nada semejante. Lindas las casitas. Algunas tristonas, pero lindas en general. Qué cosa la plata... pensar que hay gente que tiene estos chalés cerrados todo el año para venir a lo sumo un mes, y otros pobres pelagatos no tienen ni una miserable covachita para vivir en un barrio común,

estándar. Esos que andan por la calle y duermen debajo de las vidrieras de los negocios, en los zaguanes. ¿Cómo llega la gente a esa degradación? ¿No tienen un familiar, un pariente que los ayude? ¡Cómo es la gente de egoísta! ¡Ni siquiera a los de la propia sangre! O peor... si son parientes, menos bola le pasan todavía al caído en desgracia. Esos cirujas son negligentes, nena, dice Selva madre, no les

gusta el laburo. Mami, no seas así, pensá en los nenitos pobres. ¿Nenitos? Te cosen la panza con una sevillana para sacarte un peso, esos nenitos. Ay ma, sos una exagerada.

Lindas las casitas, sencillitas, piensa mientras se extingue el eco de la voz de Selva madre. Claro, a ella todo le costó tanto. Por eso piensa así. Por eso y por la radio que escucha: todas tragedias y asesinatos. Dios santo...

7

Cuando entró al Tokio, el panorama era desolador. Siempre tenía la impresión de que en cualquier momento iba a llegar y encontraría el local cerrado, o en su lugar un supermercado chino o peor aun: un bar moderno lleno de luces, acrílicos de colores, mesas de vidrio y mozos con chalecos de lamé. El Tokio sobrevivía a duras penas con su añosa clientela: apenas tres mesas ocupadas, un par de veteranos fatigando el paño del billar y, contra el ventanal, Cid revolviendo con parsimonia su café, enfrentado, sin mirarlo a la cara, pero escuchando, a un Serguei locuaz como siempre. Tuvo la impresión de que los últimos jóvenes que habían entrado allí eran ellos mismos veinte o treinta años atrás.

Cid pareció alegrarse al descubrir a Poli, como buscando ayuda para tolerar la retahíla obsesiva de Serguei, ensimismado como un poseso en alguno de sus monólogos. Poli sospechó que su intención de encontrar un oído atento estaba condenada al fracaso. Se saludaron; Poli se sentó mirando hacia la calle. El Tokio, a esa hora de la tarde, acentuaba su imagen agónica; no cabía duda de que su tiempo de esplendor había pasado. Conversaron de generalidades con poco entusiasmo: el tiempo, algo de fútbol, la caída indetenible del bar, ese páramo en que se había convertido el Tokio, el último bar viejo de la ciudad. Conformaban la mesa de los cincuentenarios, mientras, más al fondo, se hallaban los auténticos veteranos, frisando los setenta.

–Nos vamos a morir acá adentro –dijo Serguei–. Nos van a velar y vamos a salir de aquí mismo con las patas para adelante, con los fasos todavía humeando –vaticinó.

–Antes van a cerrar el boliche –apuntó Cid–. Con esta clientela no alcanza ni para pagar la luz.

Uno de los septuagenarios se aproximó e invitó a jugar; necesitaban uno más para armar dos parejas. Los tres se miraron:

–Voy yo –dijo Serguei poniéndose de pie.

Era la oportunidad de Poli. Estaba seguro de que Cidera el hombre, el amigo que ofrecía la confianza necesaria como para escuchar aquello que no se le quitaba de la cabeza.

–Y, ¿cómo andan las cosas? –deslizó como una fórmula ingenua.

–Con algunos quilombos –contestó Poli grave, mirando el pocillo recién servido–. Como el orto, bah...

–¿Guita, mujeres, salud? ¿Por dónde viene la mano?

No me digas nada: mujeres. Por tu cara, mujeres. Porque de guita siempre estamos como el culo, pero uno se acostumbra.

Poli asintió con la cabeza y empezó a soltar de a retazos los detalles que armaban la historia, o sus intuiciones sobre la historia. Pensó que cualquier otro tipo se habría reído, pero Cid estaba curtido en el sufrimiento y no festejaba esos lugares comunes del chiste fácil. Cid hacía los gestos del tipo apropiado, imaginó de nuevo Poli. Describió hasta el último episodio de su pesquisa.

–Carajo... todo llega, ¿eh? Vos, por lo menos, tenés el valor de contarlo.

–No me siento valiente por eso, Cid. Me jode tanto que me paraliza. No sé qué mierda hacer...

–Y mirá, yo creo que, en principio, se presentan dos hipótesis: que sea verdad, o que no...

–Es verdad, Cid; de eso no me cabe la menor duda. Sólo con ver la actitud de ella... es evidente. Una mujer no sabe fingir esas cosas; se le escapa por las glándulas.

–Bueno; supongamos que vos conocés a tu mujer lo suficiente como para llegar a esa conclusión. Supongamos; porque a veces tenerla cerca no significa conocerla, ojo. Tu mujer podría ser una persona distinta de la que vos te imaginás...

Poli lo miró con una sombra de duda: ¿podría ser posible que en todos esos años aún ignorara quién era la persona que ocupaba la otra parte de su propia cama? Cid prosiguió:

–A ver; supongamos que es cierto. Me parece que actuaste por impulso, por calentura de macho herido; que no tenés ninguna certeza sobre quién es el tipo. Un papel con membrete no es nada, nadie. ¿Cuántos papeles así pasaron por tus manos en los últimos diez años sin tener ningún vínculo con vos? Membretes de la gobernación, de un ministerio, del culo del mundo, de cualquier cosa. Vos ya te armaste toda la película, pero el argumento es insuficiente. Necesitás más pruebas: o las conseguís por las tuyas, o la apretás y ella confiesa. Lo primero es desgastante: vas a dejar de laburar, no vas a dormir por la tensión, todo el tiempo en guardia, un estrés de la samputa, imaginate. Lo segundo es jodido, pero viniendo de ella, de su boca, a

confesión de partes... Aunque también te puede mentir; armar una buena mentira, algo creíble. Pero supongamos que no, que estalla y te dice la verdad: el caso es que hay que bancarse un sinceramiento de esos, ¿eh? Tenés que estar preparado. Y no sólo eso: tenés que saber qué mierda vas a hacer después si se confirma tu sospecha. Hay que estar un paso adelante de los acontecimientos; esa puede ser tu única ventaja.

–No lo había pensado. Tengo la cabeza como una locomotora; perdoname, no me había detenido a meditar eso...

–Otra vez dos opciones: o te lo bancás o la mandás a la puta madre que la parió y se pudre todo.

Sonó fuerte esa certidumbre en los oídos de Poli. Más allá de la fantasía de la separación, se enfrentaba ahora a una posibilidad concreta.

–Habría que ver qué es lo querés hacer. Supongamos que se comprueba, que ella te lo confirma: ¿qué hacés?

¿la fajás, le encajás seis tiros; la perdonás –si es que ella quiere que la perdones– hacés las valijas y te pirás? Mirá que se te viene una serie de decisiones bravas; tendrías

que meditar un poco el asunto para no actuar por impulso. Frío, tenés que estar frío como un freezer. Porque las cagadas que se cometen por calentura no tienen retorno, no se olvidan; o te exponen a una humillación gratuita. Si la vas a matar, te conviene matarlos a los dos: la condena es la misma por uno o dos fiambres; te hacen precio...

–¿Vos me darías una mano?

–¿Qué querés que haga? ¿Que los mate?

–Que vayas al estudio del punto con alguna excusa...

No sé, al menos para ver si hay algún pendejo que te parezca... –iba a decir "que se pueda estar cogiendo a mi mujer" pero no le salió; no se atrevió a pronunciarlo.

–¿Te parece que vale la pena? Yo voy, no tengo drama, pero me parece que de mucho no te va a servir. El tipo, en definitiva, debería quedar afuera de la cuestión. En realidad, vengarse de él no tiene sentido. El tipo es cualquiera, no te tiene que importar. Decime: si a vos se te presenta una oportunidad así, una mina casada, con el marido lejos, algo por el estilo, no quiero decir que todos los viajantes deban ser cornudos, pero bueno, imaginate una situación similar donde vos seas el "pata 'e bolsa", ¿no agarrarías viaje? No me digas que no te pasó nunca...

–Así, no. Así no me pasó jamás.

–Bueno, pero pasa, viejo, pasa todos los días. Yo entiendo que te

dan ganas de cortarle las pelotas, pero si no es ese tipo, sería otro, cualquiera; siempre va a haber alguien dispuesto. No importa el tipo. A vos te tiene que importar ella, qué hacer con ella... ¿o no te importa un carajo? Porque eso es determinante: o se trata exclusivamente de tu orgullo herido, puro narcisismo, o querés seguir con ella. No sé...

Cid hizo una pausa clarificadora y retomó el tema:

–Vos... ¿qué querés hacer? Si llega a ser cierto, ¿recomponés y seguís, o te las tomás? No le des más vueltas.

Poli se quedó callado. Pensó que Cid tenía razón; que todo lo que pasara de allí en adelante dependía solamente de una de esas alternativas. Aunque en el interín la cagara a palos, le pegara un tiro en los huevos al amante, o nada de eso habitara más allá de su fantasía y, finalmente, asumiera una actitud civilizada, ya fuera para negociar o para romper.

–No sé... estoy confundido todavía...

–Volvamos al principio –dijo Cid en el preciso momento que Serguei volvía a la mesa a tomar de su vasito de agua.

–¡Qué cara de orto, che! –dijo dirigiéndose a Poli–¿Qué te pasó? ¿Te abandonó tu mujer?

Poli chasqueó la lengua con desagrado, pero alzó la vista y encontró la mirada interrogativa de Cid. Serguei no andaba muy lejos del tema sin haber escuchado ni una palabra.

–Quilombos... –respondió vagamente Poli.

–Y... ¿se puede ayudar, o te vas a hundir en la mierda solito? La pequeña burguesía no aprende más lo que es la solidaridad, caramba.

–No jodas, Sergio –dijo Cid para cortar la charla.

Serguei se encogió de hombros y volvió a la mesa de billar. Cuando estuvo a suficiente distancia, recién habló Cid:

–Mirá, a mí me suena ese Branda. Voy a averiguar algo sin levantar la perdiz. Vos quedate tranquilo y pensá lo que tenés que pensar. Por ahí es una falsa alarma y estamos armando un mundo con nada, con una presunción. Las minas tienen ciclos... la edad, dejan de ser pibas, qué sé yo. Quién te dice; puede ser toda una cuestión platónica, una boludez que mañana desaparece. Andá con cuidado, porque podés meter la gamba fiero. Mirá si se trata de una fantasía, nada más. Podría ser un pendejo que anda dando vueltas, y que no haya pasado nada.

–No me suena. A mí me parece que ya pasó, que está pasando desde hace tiempo y yo soy un idiota que no se dio cuenta de nada.

–No seas trágico, Poli. Esperá un poco. Te la vas a tener que

bancar.

Poli Malachek miró el reloj; habían pasado dos horas como si nada. Dos horas, un turno de hotel alojamiento, pensó monotemático, el mismo lapso que Euge podía sustraer sin problemas de su trabajo o de las tareas domésticas para escaparse a un telo cualquiera de esos días con su amante. Se imaginó al abogado inventando una excusa en el bufete, para correr en el auto hasta su propia casa –la de Poli–, tocando timbre o bocina con alguna clave; Euge recibiéndolo –Juan podría estar en el jardín de infantes–, ella que le abre la puerta y se empiezan a abrazar con desesperación, con calentura, apenas él entra; la empieza a desnudar de camino al cuarto –a su cuarto, el de Poli– y cogen como desesperados en la propia cama matrimonial, en el tálamo bendito; ella que se muestra absolutamente entregada, que le permite y acepta gustosa cualquier cosa, o peor: le pide tal o cual cosa con especial delectación; ella que se vuelve una geisha, una máquina de darle placer a un desconocido; y él hace todo aquello que no puede con la pelotuda de su esposa, con Sol, la idiota frígida de Sol. Euge convertida en una puta complaciente, y gratuita, que lo empieza a lamer desde las plantas de los pies hacia arriba con un sometimiento oriental, hasta llegar a la pija, en donde se detiene horas hasta hacerlo acabar con la misma boca que luego besará a Juan, la boca que se bebe hasta la última gota extraída de la garcha del desconocido, el ignoto abogado-rugbier que transpira y se seca el sudor sobre las sacras sábanas nupciales, que aprovecha –sigue aprovechando– y se tiende a descansar, y se tira pedos en la cama de Poli hasta recuperar la energía y avanzar por más; se vuelve a erguir con fiereza y la da vuelta a una Eugenia totalmente entregada, dichosa, exultante, que le ofrece el culo; sí, el culo también, ya que están; y usan la cremita que Euge tiene en la mesa de luz, esa hidratante que se pone a la noche con gestos mecánicos cuando mira televisión con Poli pero ahora está destinada a otros putos fines; ella misma le embadurna la pija con la crema –una verdadera geisha– en tanto él avanza, la penetra por el orto y la hace gritar de placer como ella nunca quizá haya gritado en la vida –nunca seguro con Poli–; y por ahí el patovicca hasta le pega un par de bifes, un buen par de castañazos con sus manos pesadas de scrum, y a ella le encanta, le fascina, y casi ni le importa si los vecinos escuchan los gritos, porque seguro que los vecinos ya saben, ya conocen los gritos y hasta el auto que aparece en cada escapada del piola de Branda; ya todo el vecindario sabe que Poli es flor de cornudo, y eso –seguro, más que seguro– ya empieza a animar a alguno de los tipos de la cuadra, a imaginar la posibilidad de arrimarse a la turra esa que lo cornea al boludo del marido mientras el

muy pelotudo trabaja lejos y ni siquiera vuelve a dormir; porque seguro segurísimo que cualquier punto que se ponga al tanto de los chismes, proyecta su fantasía de ligar algo en el revoleo; y seguro que Euge está ahora –ese short rojo marcando el orto, las piernas firmes– en la mira de varios tipos que observan con desprecio a sus esposas gordas y abandonadas, con ruleros y batón de matelassé, incogibles, tan excitantes como una cabra jujeña; pero el que está adentro, metido en el lecho conyugal, es el vivo del abogado que, después de romperle el culo a Euge, de hacerla acabar cuantas veces se lo proponga, no un polvo de los escasos y miserables que ocasional, forzada, pobremente o de modo imperceptible, se hecha con Poli; seguro que ella está convencida que Branda es el tipo que ella necesita, la medida de su necesidad, el que la deja satisfecha y feliz y exhausta hasta el siguiente encuentro; y ella, seguro que se queda meloneándose cuando él se va, ya pensando en la próxima vez, y hasta se hace alguna paja pensando en el boga, regodeándose, babeando como una perra caliente con los polvos pasados y los que le aguardan, mañana, pasado, la semana que viene; porque seguro que fueron a un telo al principio, pero ahora que ya entraron en confianza, ni siquiera se toman el trabajo de ir a un telo, pueden hacerlo en la cama que compró Poli en cuotas, o en el Audi mismo, a los apurones, a la pasada, como para aflojar un poco la calentura hasta la próxima vez que se crucen. Así que dos horas no son nada, o son demasiado poco para lo mucho que pueden hacer con ellas. Esto iba pensando Poli mientras manejaba la camioneta hacia su casa. Sintió que las manos le sudaban, pese al fresco había abierto la ventanilla.

Estacionó en la puerta de su casa y, antes de bajar, miró el barrio como buscando una cara, una sonrisa socarrona, un sarcasmo. Miró a un vecino que lavaba el auto con un baldecito, cerró la camioneta y aguardó a que el tipo lo mirara, pero no ocurrió: el tipo seguía fregando con el trapo sin observarlo. Seguro que está disimulando, pensó Poli, siente vergüenza ajena por mirar la cara del cornudo.

Con esa máquina a todo vapor en la cabeza, Poli notó cómo temblaba cuando metió la llave en la cerradura. Era un momento de extrema tensión; imaginó que si hubiera tenido un revólver en la mano, en vez de las llaves, hubiera podido desatar una tragedia de esas que salen en las portadas de los diarios sensacionalistas. Entró, cerró por dentro y se recostó contra la puerta; trató de serenarse.

Escuchó el sonido del televisor desde la habitación. Primero se detuvo en la pieza de Juan, que dormía una siesta plácida con su carita tersa de angelito sobre la almohada. Después se asomó apenas a la puerta de su propio cuarto. Euge tenía los anteojos puestos y leía envuelta en un toallón que le dejaba las piernas descubiertas casi hasta la ingle. No llevaba bombacha; el pelo mojado la rejuvenecía

pese a los anteojos. Poli oía sin ver la imagen del televisor, describiendo la geografía de unas islas "paradisíacas" –esa era la palabra reiterada por el locutor puertorriqueño–.

–Hola –dijo Poli sin énfasis.

–Hola –respondió Euge con el mismo tono.

Poli retrocedió hasta la cocina. Cuando puso la pava
en el fuego, todavía le temblaban las manos.

8

Cuando ve cómo se cuela la arena por debajo de la puerta principal, intuye que esa, más que su tarea principal durante toda la temporada, va a ser su causa, su bandera: enfrentar las fuerzas de la naturaleza que quieren tapar con arena la ciudad –el pueblito, bah– que le construyeron los hombres allí donde ella, la madre Tierra –o arena, bah– tan tranquila tenía sus médanos. Ella va a mantener a raya la arena. Tal vez deberían haberle colocado un burlete, un barredor, eso, ¿así se llamará? Selva estaba segura de poder controlar esa arena porfiada que insistía en filtrarse por todas partes y especialmente por debajo de la puerta cerrada del acceso. Parece un barco que se hunde de a poco, pensó, y el agua se va colando por las rendijas. Nada de eso, este barco no se hundiría porque estaba ella al mando para impedirlo, y si fuese necesario iba a barrer siete, diez veces por día para que ningún cliente se incomodara por esa arena obstinada que quiere ocuparlo todo y convertir de nuevo en duna la ciudad y específicamente su sucursal de Waldo's, que tiene que ser la mejor presentada de todas, aunque ella quizá no pueda ver ninguna otra.

Pensó que también los clientes iban a traer la arena en los zapatos, en la ropa, en las bolsas y en todas las porquerías que cargaran; que la arena iba a usar otros medios para infiltrarse, que estaba en su naturaleza subversiva de arena el ganar terreno. No pensó "subversiva", pensó la palabra "levantisca", "rebelde", pero por algún atávico recuerdo, le salió de la boca la palabra esa. La arena pedía lo suyo, todo el espacio que por los siglos de los siglos ocupara y que el ser humano ahora le birlaba. Como en las grandes batallas de la civilización contra el salvajismo, esas que daban en documentales tan instructivos por la tele, el ser humano terminaba dominando la materia retobada, domando el potro bruto de la barbarie. Un hombre como Edison había inventado la lamparita y había acabado con la

oscuridad. En su medida, Selva iba a marcar con la arena su compromiso personal, ético (aunque no haya pensado esa palabra).

La chica del súper le pareció amable. Una morochita muy fea de cara pero con un cuerpo bárbaro, digno de envidia (¿por qué a veces la naturaleza –ufa, siempre la naturaleza– es así, que le da a una la cara horrible y un cuerpo divino, como si quisiera compensar?). No era algo espantoso, pero tenía esas caras de caballo, alargadas, no una gran nariz de gancho, sino larga, demasiado desarrollada para su cara que remataba en un mentón excesivo, cara de zapatilla decía Selva madre, cara con balcón. Pero la piba, Miriam, tenía lindos ojos, de un marrón clarito, avellana, diría ella, o castaña, pero lo diría por costumbre, por repetir como loro, porque en realidad no podía distinguir bien un color avellana de un castaño, además ni que todas las castañas y las avellanas tuviesen el mismo exacto color. El cuerpo sí era bárbaro. Se le notaba aun con ese jogging liviano que decía "Supermercado El Ancla": una espalda y unos brazos fibrosos, cintura estrecha y buenas curvas. Una delantera bien paradita y la cola dura, como de gimnasio pero natural. Y el pelo, qué envidia ese pelo negro, lacio y pesado, tan brillante que le caía hasta la mitad de la espalda. Lástima la trucha de caballo, zapatilloidea, pensó sin saber si existía tal palabra. De todos modos los pibes bien que se volverían loquitos con el resto, ¿qué les importaba a los hombres una cara, un rostro angelical, como le decía Selva madre a Selvita –"mi rostro de querubina, mi pequeño angelito"– cuando se topaban con un lomo como ese, puro nervio elástico, sin una gota de grasa (¿en el súper, con tantas tentaciones, no comerá nada?) y encima con tetas y culo bien puestos en su lugar? Los hombres son como animalitos, básicos, bien primitivos; en eso siguen siendo monos, como decía Darwin (¿eso decía?).

Miriam se acordó enseguida de Waldo y le avisó al patrón del súper desde la caja, que, cuando se enteró de que Selva iba a anotar y no pagaba en efectivo, puso cara de culo. No te preocupes, le susurró Miriam, siempre pone esa cara de orto... pero es bueno. Vos llevate todo lo que precises. ¿Dónde estás parando?

Selva le explicó del negocio y Miriam hizo un gesto, como si no le gustara que ella viviera ahí mismo.

–¿Y tenés un espacio cómodo para vivir "ahí"?

Selva meditó antes de responder. Después dijo que sí, no muy convencida lo dijo, con vergüenza, pero pensando que iba a hacer de "eso" un lugar decente para ella.

Supo que la piba se llamaba Miriam por el cartelito frágil, un cartón abrochado a la ropa con las letras en color debajo del

membrete de Súper El Ancla que, previsiblemente, tenía un anclita dibujada. Alguien, Miriam con seguridad, le había dibujado un corazón en rojo al lado del nombre. ¿Estaría enamorada, Miriam?

Bueno, si no lo estaba seguro que tendría candidatos a granel, si no para novios para algo que los aproximara a ese cuerpazo, porque los hombres no discriminan esas cosas, se acercan como osos a la miel sin saber por qué, como los perros, de puro calientes que son (¿será algo que les fluye en la sangre, un virus?). Es la animalidad del macho –no hay caso– que le vuelve a dar la razón a la teoría de la evolución de las especies, como había visto en el documental. Darwin ya sabía esas cosas. ¿Qué muchacho se va a arrimar a una chica como Miriam pensando "quiero casarme con ella, constituir familia y tener hijitos"? Seguramente la mayoría querría desnudarla, arrancarle la ropa con los dientes y saciar sus bajos instintos (¿bajos, serán bajos porque se considera así a lo que sale desde la cintura a los pies?). Qué difícil para las chicas atractivas como Miriam encontrar el amor verdadero. Y encima, si lo encuentran, que no sea un perro, un enfermo celoso de cuanto tipo la mire por la calle con ese deseo que despiertan las formas. Eso, ¿por qué una forma determinada crea un deseo de posesión, de "la quiero para mí"? Vaya una a saber… Bueno, Miriam podría dejarse de joder si quiere un novio que la ame y le proponga matrimonio, y ser más recatadita, ¿no? Porque hay una cuestión de actitud medio desafiante en ese cuerpo, como si sugiriera cosas pecaminosas desde la pose, qué se yo.

Selva sacudió la cabeza como si hubiera querido borrar de golpe todas esas especulaciones tontas que hacía sin siquiera conocerla. (¿Querrá Miriam un novio que la ame por lo que es y no por su forma provocativa? ¿La forma provoca o es la actitud?) Miriam, en todo caso, era la primera piba amigable que encontraba. Ella y Nahuel antes, pero Nahuel era un chico, y puesto en determinada circunstancia, habría que ver cómo reaccionaba, si se dejaba ganar por el instinto. Están todos cortados por la misma tijera, Selvita, hubiera dicho su madre. La ley de la evolución –y Selva la tomaba como norma después del documental aquel– era inexorable.

Cargó unas diez bolsas de nylon (te las pongo dobles para que no se te vuelque nada; te sirven para la basura, dijo Miriam guiñando un ojo) y después de agradecerle, se volvió caminando lento hasta el local. Casi no cabía de frente con las dos manos cargadas por el pasillo estrecho. Podrían haber hecho esto un poco más ancho, caramba. Las bolsas le dejaron marcadas las manos.

Acomodó todo, le inventó sitios a cada cosa –la vida cotidiana requiere un orden, se dijo– y se sentó; meditó un segundo y se puso a preparar el mate: necesitaba un clarificador de pensamiento. Se dio cuenta de que nadie la controlaba, que podía regular sus tiempos a voluntad mientras hiciera el trabajo, y eso era un punto a favor, un punto importante. Hasta podía limpiar de noche, si quería. Bueno, hasta que empezara a funcionar todo con regularidad, con horarios. Otro orden necesario para regular la vida cotidiana, pensó.

Miró su espacio de la trastienda y no le gustó verlo convertido en depósito, en anexo de servicios del local; sentía que aquello desvirtuaba su espacio vital, que dejaba de ser su lugar para convertirse en almacén. Espero que cuando vengan los otros empleados no se anden metiendo entre mis cosas como Pancho por su casa, pensó. Bueno, después de todo ella era la encargada y fijaría las pautas, qué tanto.

Tomó la pava y el mate y pasó del cuartucho al local. Se sentó en una de las mesitas del fondo; desde allí, medio al oscuro, se veía la vereda casi vacía, los negocios de enfrente, la calle, el sol que iluminaba el día. ¡Y todavía no había visto el mar!

9

Tiene que empezar a buscar pruebas, a hallar alguna certeza, Cid tiene razón en eso. Procura serenarse, mente fría y analítica, se dice. Es difícil ocupar la misma casa, compartir el espacio, el baño, la cama, con la sospecha permanente. Le da asco pensar que Eugenia puede tocar a Juan con las mismas manos... No, dice para sí, no puede seguir cediendo a la paranoia. Tiene que frenar un poco o va a desbarrancar. Se sienta en el living con un libro que ha abandonado hace tiempo, un *Manual de jardinería* que alguien le regaló. Nunca le importaron demasiado las plantas, pero de algún modo peregrino, imagina que sí, que podría dedicarse a armar un jardín en la terraza, con una profusa variedad de flores que cambien la fisonomía árida de las baldosas y las paredes peladas. Podría armar rincones verdes con maceteros y tinajas, y sombras de arbolitos breves como ficus, y helechos, una pequeña isla vegetal para sombrear un poco el ámbito vacío, tomar cerveza en las noches de verano, respirar el olor de la tierra húmeda, el perfume de jazmines del aire trepando las paredes, pajaritos, mariposas, bichitos de luz. Nunca jamás lo va a hacer, de eso está seguro, pero es lindo imaginarlo. Además, ¿para qué podría hacerlo?,

¿para disfrutarlo con quién? Sus escasos planes, los más insignificantes, se han desvanecido. Hasta es probable que abandone esa casa. Deja de mirar el libro y revolea la mirada por sobre los objetos del living: todo eso puede desaparecer pronto, muy pronto; antes de lo que él mismo supone. Después de años de alimentar esa afición por los pequeños objetos, por conservar los recuerdos, no como un rasgo de ambición, sino como un mínimo rito cuidadoso con aquellas cosas sin valor material, pero investidas de memoria en el roce, en la tersura o la rispidez de quien evoca a través del tacto, de la piel. Ahora, de pronto, se ve próximo a esa otra pérdida, sumada, multiplicada a la del afecto. O al menos a establecer una divisoria de aguas igualmente cargada de significados. Prefiero perder todo, piensa, a quedarme con esta sensación. Si hay que perder de ese modo, mejor perder abrumadoramente a quedarse con despojos. Duerme mal esa noche; alejado de Euge, sin el menor contacto, se levanta un par de veces hasta la heladera para abrirla y cerrarla sin más. Finalmente se toma una medida doble de whisky y regresa a la cama. Tensa calma, noche interminable, medita.

Poli Malachek avanza con su imaginación mucho más rápido que los acontecimientos, como si de esa manera evitara la sorpresa de sentirse tomado por asalto. A un tiempo alimenta la fantasía de la reconstrucción: no ha hablado siquiera del tema con Euge, y ya se ve edificando una vida nueva.

A la mañana siguiente se levanta temprano, se viste y sale sin ser visto. Ha quedado con Cid para encontrarse en La Delicia, una forma de eludir a Serguei y poder conversar con más fluidez, pero eso no justifica llegar a la cita tres horas antes. Tal vez Cid averiguó algo, piensa Poli mientras muerde la sexta medialuna. O tal vez es una exageración de su ansiedad.

A las once aparece Cid, recién bañado y afeitado; como un gesto habitual en él, su cara distendida irradia serenidad. Poli recuerda que Cid vive solo desde hace años, desde que se conocen, que su vida no parece envidiable ni mucho menos, pero que Cid da la impresión de llevarse bien con la soledad.

Se saludan con afecto:

–Estuve en el estudio… –dice para sorpresa de Poli.

–¿Y qué pasó? ¿Qué averiguaste?

–Tranquilo, hombre. Tranquilo. No tengo nada certero, ni siquiera muy confiable. Lo único que sé es que el tipo anda con alguien que no es la mujer…

–Euge.

–Pará, viejo. No dije eso, dije “alguien”. Puede ser, o no. Resulta que hablaba por teléfono en su oficina y yo escuchaba un poco desde

el recibidor. Se notaba que era una charla trampa, por el tono, la risita, qué se yo, te das cuenta...

Poli cambia el gesto repentinamente, empalidece como si lo hubieran congelado.

–Te repito que no te anticipes, es una presunción. Yo me tuve que ir con una excusa cuando salió a atenderme.

Es grandote el tipo, tal como lo describiste. Mucho gimnasio, fierros, bien tostado...

–Ahora falta que me digas que te gustó a vos.

Se ríen como si la acotación hubiera cortado la tensión, y se quedan callados de golpe.

–Dejá todo así; dejate de joder –susurra Cid con gravedad–. Si es como sospechás... ¿qué vas a conseguir?

–Y, por lo pronto saber qué hago. Si me voy, si me quedo, no sé. Ponete en mi lugar...

Difícil, piensa Cid, difícil ponerse en el lugar de ese tipo desesperado pero contenido que tiene enfrente.

Trata de imaginar una alternativa.

–Sigámosla –sugiere de repente.

Poli lo mira con dudas.

–Yo consigo un auto. Tu camioneta la reconoce cualquiera a un kilómetro.

Acuerdan el procedimiento. En cuanto Euge emprenda una salida sospechosa, Poli le va a avisar a Cid.

No viven lejos uno del otro, así que es cuestión de discreción y buenos reflejos.

En un momento de esa misma tarde, Euge le anunció a Poli, sin mucho énfasis, que saldría con unas amigas. Mientras ella se bañaba, Poli llamó a Cid. Juan estaba con los abuelos, así que el plan no ofrecía obstáculos.

Un instante después de que Eugenia tomara un taxi, Poli cruzó la calle hasta el Citroën desvencijado que descansaba a la sombra de un árbol junto a la vereda opuesta, a unos treinta metros.

–Vamos, dale –le dijo casi gritando a Cid apenas trepó al auto.

El Citroën, que alguna vez había sido verde y ahora lucía un despintado integral tirando al gris, avanzó los primeros metros a los saltos.

–En esta poronga nunca los vamos a alcanzar.

–Esperá que agarre velocidad, viejo.

–¿Pero de quién es esta cagada?

–De mi sobrino. Pero anda bien, no te preocupes… no lo favorece el aspecto.

Hablaban agitados por los movimientos convulsivos del coche, pero después del galope inicial la marcha se fue haciendo pareja y hasta veloz. “Allá va”, dijo Cid cuando vio el taxi. Anduvieron unas quince cuadras a una distancia prudente cuando el taxi se detuvo. Eugenia entró a un edificio de departamentos.

–Aquí debe ser el bulín –sospechó Poli con una paranoia que lo iba devorando–. No conozco ninguna amiga de Euge que viva acá.

Permanecieron detenidos a media cuadra, debajo de un árbol, sin saber qué hacer. Había poco movimiento en la calle; el sol picaba. Poli no podía estarse quieto:

–Medio al pedo esto, ¿no te parece? –comentó Cid–.

Podemos estar aquí hasta la noche.

–Voy a averiguar –dijo Poli cuando no aguantó más, pese a la oposición de Cid.

Se acercó a la entrada con cautela y subió un par de escalones hasta el vidrio del hall. Un ascensor estaba en la planta baja, y el otro, por la luz que señalaba el tablero, en el cuarto piso. Poli retrocedió y cruzó de vereda mirando hacia arriba: los dos departamentos del cuarto piso tenían las persianas bajas. Volvió al auto.

–Lo único que nos queda es esperar a que salgan –dijo Cid.

–“Salgan”, dijiste. Vos ya descontás que está con el abogado, ¿no?

–No, hombre; fue un modo de decir. También puede estar con una amiga que vos no conocés.

Los interrumpió el bramido del Audi blanco que salió de la cochera casi con violencia, giró sobre el asfalto y salió despedido hacia el Este.

–¡Es él, te lo dije! –gritó Poli, y confirmar la noticia fue como una puñalada en la espalda.

Cid luchaba con el arranque del Citroën, mientras Poli lo apuraba. Cuando finalmente se encendió el motor, el Audi se había perdido de vista. Rodearon la zona en la que habían perdido el rastro, sin novedad, hasta que Poli le indicó a Cid una avenida hacia el norte. “Deben haber ido a un hotel”, dijo a media voz, como si el presentimiento le quemara.

El auto cobraba velocidad a medida que salían de la ciudad y se espaciaban las construcciones. La calle se había convertido en ruta cuando avistaron el cartel sugerente del Tuiyó. Unos metros más adelante, se abría un caminito de pavimento transversal que ingresaba al hotel entre ligustros y acrílicos de colores apagados por el brillo del

sol. No parecía una hora de mucho movimiento. Poli hizo girar en "U" a Cid, que estacionó a la altura del ingreso en la mano contraria, bajo unos eucaliptus gigantescos que reducían la insignificante silueta de Citröen. "Voy a investigar", dijo Poli, pese a que Cid trató, nuevamente, de disuadirlo:

–Te van a sacar cagando, ¿qué vas a decir?, ¿que sos inspector municipal? No seas boludo, Poli... –se quedó con la palabra colgando de la boca mientras Poli se internaba, absurdamente agachado como un mal detective, por el sendero sinuoso del hotel. Cid se quedó pensando que Poli Malachek había visto demasiadas películas de espionaje y que empezaba a enloquecer.

Sorteó la barrera pasando entre los ligustros, para evitar una cámara que apuntaba hacia un portero eléctrico situado en el ingreso. Pronto advirtió las cocheras, una a continuación de la otra, a lo largo de la construcción. Un muchacho delgado corría las cortinas de lona tras los autos en las habitaciones ocupadas. El sonido chirriante de las argollas corriendo por el alambre delataba al coche que recién había entrado. Poli aguardó detrás de unas tuyas frondosas a que el muchacho siguiera caminando, y apenas tuvo oportunidad, corrió hasta la cochera que el chico acababa de ocultar con su correspondiente lona. La descorrió apenas para advertir que allí estaba el Audi blanco. El corazón le galopaba dentro del pecho a punto del infarto; sentía que le temblaban las manos y las piernas, pero aguardó a serenarse apoyado contra la pared, en tanto se encendía el aire acondicionado del cuarto. No podía creer el hecho de estar en esa situación, pared de por medio con la escena tan temida. Caminó hasta la puerta y pegó la oreja contra la madera delgada. Una música abolerada y melosa impedía escuchar voces. El calor de la hora se hacía sentir bajo las chapas del garaje y, encima, el equipo de aire arrojaba hacia él una ráfaga ardiente. Poli pensó que en ese vapor concentrado se mezclaban el sudor de su mujer con el del tipo, los fluidos evaporados de la calentura, el aliento de los besos; sintió que encima de cornudo, recibía los deshechos de ese... ¿amor? ¿podía pensar que se trataba de amor? Sí, podía pensarlo, aunque no le sirviera de consuelo. El hecho de adjudicar la infidelidad de Eugenia a una vulgar calentura, no añadía ni menguaba su dolor. En un impulso golpeó la puerta con timidez. No respondieron. Dejó pasar unos minutos mientras se miraba la ropa empapada de sudor. Insistió con energía. Una voz grave preguntó: "¿Quién es?". "El servicio", dijo Poli fingiendo mal un tono agudo. La ventanilla breve se corrió un tanto, apenas para observar desde adentro. Poli se hizo a un costado para que no le viera la cara:

–¿Qué quiere? No pedí nada...

–Tiene que cambiar de cuarto; acá hay una perdida de gas.

–Yo no huelo nada...

–Es peligroso. Disculpe, pero me dicen que tiene que ir al siguiente, a la derecha.

El abogado chasqueó la lengua disgustado. Poli, al sesgo, alcanzó a verle el brazo desnudo, pero no pudo mirar hacia adentro del cuarto. El tipo cerró la ventanilla con violencia. Poli descorrió la cortina que ocultaba el Audi procurando no hacer ruido y se situó en la cochera contigua. Cuando escuchó el sonido de las puertas del auto que se abrían creyó que el corazón le iba a saltar del pecho. El auto retrocedió; en el momento que se detuvo, Poli salió a interceptarle el paso.

Los observó quieto, sin moverse. Advirtió el gesto contrariado del tipo que le hacía señas para que se corriera, pero clavó la vista en ella, que abrió la boca de un modo desmesurado y de inmediato empezó a decirle cosas inaudibles al abogado, ademanes enloquecidos con las manos, palabras que Poli imaginaba destempladas, insultos. Hasta ahí había llegado; Poli no pudo hacer nada más, ni moverse, ni huir, ni caer sobre ellos con furia homicida. Nada. De pronto sintió el golpe, algo inesperado que lo derribó y comenzó a hundirse en su carne. Negro, enorme, el perro enloquecido parecía querer arrancarle una pierna. Se cubrió como pudo con los brazos, instintivamente, tratando de patear al animal con la pierna libre procurando pegarle en el hocico para desviar la boca. Mientras rodaba por el piso, escuchó el chirrido de los neumáticos del auto que se alejaba. Eugenia ni siquiera atinó a gritarle algo, a putearlo, mucho menos a ofrecerle ayuda. Enseguida llegaron los empleados del hotel que contuvieron al perro. Cuando vieron el estado de Poli, ni siquiera le preguntaron nada.

–Váyase, señor. Mejor váyase... –le dijo el chico que corría las cortinas–. Váyase antes de que pase algo... –el muchacho lo ayudó a levantarse. Poli sintió un dolor agudo a la altura del pantalón desgarrado, manchado de sangre. Renqueando salió por el camino principal. Fue recuperando paulatinamente la respiración normal, mientras se le serenaba el corazón.

Cuando vio la cara de Cid, mirándolo azorado, sonrió, sonrió con un poco de estupidez y de vergüenza, como si la cara de Cid reflejara su propia figura deshecha, patética. Sucio, transpirado, con la ropa destruida a mordiscones no era la imagen del éxito en la vida, pensó.

Cid lo revisó como una madre: los cortes y rasguños de los brazos eran superficiales, nada serio, pero el desgarrón de la pierna le había dejado un pedazo de carne colgando.

–Casi no lo siento –dijo Poli– no me duele– como un chico que ha cometido una travesura y quiere minimizarla.

–Eso hay que coserlo, viejo. ¿Tenés la antitetánica?

–Arrancó hacia el hospital pese a la resistencia de Poli.

Ya no tenían apuro, la persecución había terminado.

Cid pensaba para sí cómo iba a continuar la historia, o al menos el episodio siguiente. No podía imaginarlo por el gesto de Poli, casi ausente, ensimismado, pero intuía algo abrupto, una decisión drástica después de aquel incidente.

En la guardia del hospital, después de aguardar una hora larga, lo cosieron sin mucho detalle. “Parece un matambre”, dijo Poli con una sonrisa resignada, “no son muy detallistas”. El Citroën estacionó en el mismo lugar de la partida.

–¿…y qué vas a hacer ahora? –dijo por fin Cid.

–No sé. Después te llamo –le respondió Poli con un tono errático– si tengo suerte esta noche me muero de tétanos.

10

Eran casi las tres de la tarde y no había comido. Apenas unos mates, pero no tenía hambre. Se descalzó, se puso una pollerita cómoda, una remera, y salió a la vereda. Andar en patas le daba una especie de felicidad, como si desnudar esa parte del cuerpo fuese una libertad desconocida y tan común a todos ahí que la gente ni ve esos detalles. Los pies desnudos son sensuales, se dijo, y el aire con este sabor fuerte y salado, que te limpia por dentro… Trató de que no la viera nadie, cruzó la calle y llegó a la esquina. Giró la cabeza hacia la costa y se quedó un instante como hipnotizada: a una cuadra ya se veía el médano, toda esa arena acumulada por siglos de olas gastando las piedras, y esos yuyitos tan verdes arriba, como pelos, y más atrás la mancha inmensa extendida contra el cielo, un azul verdoso y gris y marrón por momentos, según la iluminara el sol o cortara la luz una nube: eso era el mar. Fue avanzando con precaución cuando vio que el agua se movía de ese modo temible, que semejante brutalidad se agitaba como algo vivo, nervioso, y por momentos bramaba con el viento. El aire se hacía más feroz a medida que se aproximaba.

Trepó al médano corriendo porque se quemaba los pies pero quería llegar a lo más alto para verlo todo, todo junto, todo lo que le dieran esos ojos suburbanos, acostumbrados al cemento y a los edificios, a los colectivos y al tren. ¿Por qué nunca fuimos al mar, mami? Vos sabés Selvita que ese clima es espantoso para las articulaciones, que me pone nerviosa… qué se yo. Loca, mi vieja. Y después todo fue trabajar siempre, cada verano, como si el clima no tuviera nada que ver con las

obligaciones: aprovechar las vacaciones de otros para conseguir reemplazos, puestos eventuales. El mar, entonces, era algo que nombraban, que deseaban los otros, un magnetismo que los arrastraba casi por inercia cada enero a la playa. Ella conocía las sierras, alguna laguna cercana, pero nunca el mar, y tenía veinticinco, ¿mucho no? No podía culpar a la madre, después de todo la prefería sana y calma antes que artrósica y loca. Pero alguna vez, una al menos, podría haber tenido la iniciativa de llevarla a conocer el mar, aunque fuese por curiosidad, un fin de semana. En todo caso Selva madre no le había inculcado siquiera ese anhelo por ver el mar, ya que no podía transmitirle el placer. Selvita había visto el mar en el cine y en la tele, pero no lo había olido, no había sentido eso que provocaba en la cara la brisa, en el cuerpo humedecido la bruma, y ese sabor en la boca, el salitre en la lengua, eso que pegoteaba la piel como un sudor salvaje de indios, porque las gentes en la playa, medio desnudas, parecían como primitivas, recién llegadas a un mundo que de tan nuevo, todavía estaba calentito, como esa arena que le quemaba los pies.

En lo más alto del médano, miró a izquierda y derecha, todo lo que pudo abarcar. Ahí está; esto era. Y se emocionó al descubrirlo como imaginó que Colón se debió haber emocionado al ver América, y quiso gritar “¡Tierra, tierra!”, como ella misma gritaría ahora: “¡Agua, agua!”... Agua de mar, agua salada que debe ocultar miles de bichos en su interior, tiburones, orcas, delfines, cazuelas de mariscos, pingüinos empetrolados o limpios, todo metido ahí adentro, y barcos hundidos llenos de tesoros que nadie podrá rescatar por siempre jamás, ¡qué desperdicio, Diosito! Y gente ahogada porque la naturaleza es inexorable (¡cómo le gustaba esa palabra!) para quien se atreve a desafiarla; siempre gana ella por más nadador o bañero experimentado que sea uno. Y por ahí debe estar hundida la Atlántida, que ella leyó que era un continente maravilloso, con sus ciudades y sus calles y hasta sus autos oxidados, porque a los atlantes se los deben haber comido los tiburones asesinos. Y debe estar el Titanic y el Graf Spee, todo mezclado en la misma agua y pudriéndose. Y debe haber cadenitas y anillos de oro que se le cayeron a alguna mujer rica por la borda en una travesía en transatlántico. Todo debe estar mojado por la misma agua, oxidado, oculto en algún lugar que nadie sabe. Y si acaso el agua se retirara, si el mar se evaporara de pronto, acá bien podría haber una ruta que llevara al África, una ruta sobre un desierto arenoso; y sería una pena que no hubiera mar porque

¿qué habría? Un pozo, un tremendo pozo con una sequía de horror. Lástima que esta agua no se pueda tomar, ni sirva para regar los sembrados, porque si sirviera se acabaría la sed en el mundo, y todo sería verde y fértil. Pero los desiertos, digo yo, para algo deben servir, si no la naturaleza no los habría inventado.

Y vio a la gente, esa otra masa de personas apiñadas en las sombrillas, con sus mallas coloridas, sus anteojos negros, sus gorritos ridículos, y le pareció un poco obsceno eso de los cuerpos vistos así, a plena luz, con todas sus imperfecciones, esa manera de mostrarse sin pudor delante de otra gente desconocida. Bueno, pero todos estaban de ese modo, medio en bolas, y no parecía molestarles lucir las panzas y las piernas gordas, las cicatrices de operaciones, las várices y todas las porquerías que se metían en la misma agua sin revisación médica (¿nadie se contagiará nada, una lepra, una sífilis? Seguramente la sal disuelve todo. ¿Y por qué no usarán la sal del mar para curar todas las pudriciones humanas?). Ella cuando iba a la pileta tenía que pasar por el médico (si es que estaba recibido ese pibe jovencito y mirón, con gesto de vivaracho) que le miraba entre los dedos de los pies a ver si tenía hongos, y las axilas le miraba (¿es que alguien tiene hongos en las axilas? Qué incómodo debe ser para ponerse desodorante, cómo debe arder), pero ese con tal de mirar, con la jeta de zorro, con ese hociquito de rata que ponía, seguramente era un estudiante avivado que espiaba y encima cobraba sueldo. Si hasta había dejado de ir a la pileta los fines de semana calurosos por no pasar por la revisación. Con este calor, Selvita, ¿por qué no vas? Me quedo viendo la tele, mami. Si de pensar en tomar el colectivo ya me canso, le repetía para conformarla. Pobre mi bebé trabajadora, ¿qué sería de tu madre sin tu sacrificio?

El mar era distinto a todo, era, era... inmenso. Tres cuartas partes del planeta son agua, recordó de algún documental, así que ella, entre lo mucho que ignoraba, pese a ver documentales, no conocía hasta ese preciso momento lo más grande y lo más abundante del mundo en que vivía, que por ahí había gente en otros mundos y uno no lo sabe, pero al menos conocer el de una. O sea que a los veinticinco ignoraba lo fundamental que constituía el planeta en que había nacido. Que si vinieran unos extraterrestres y la secuestraran, y le pidieran que describiera su planeta, ella hasta ahora casi no conocía lo primordial, ¡y llevaba veinticinco años viviendo en él! Ahora sí, ahora ya estaba al tanto.

¿Y por qué mierda la iban a secuestrar justo a ella? Para eso que se lleven a un científico. Estos secuestran a cada uno...

11

Entra deseando no encontrarla, pero escucha el sonido del televisor

en el cuarto. ¿Cómo puede ver televisión?, piensa Poli; ¿cómo se puede ser tan, tan...?, murmura para sí. En última instancia, piensa, qué poco le importa lo ocurrido a Eugenia, qué poco le importan él, su humillación, su vergüenza. Sí, es evidente que él no le importa un carajo. Pero ella misma, cavila, qué poco se estima a sí misma para caer en una situación así, obscena, vulgar como un escándalo de chismografía.

Pero cuando entra a la pieza, antes de verle la cara a Eugenia, ve la valija abierta y su ropa –la de Poli– arrojada con brutalidad adentro, como si le hubieran pegado unos buenos golpes a la pobre ropa recordando el cuerpo que de modo habitual la viste. Asoma la cabeza: ella está tendida en la cama, estregándose las manos con crema. La mira en silencio y siente una especie de compasión silenciosa. Pero ella no parece dispuesta a recibir piedades.

–Podés terminar de guardar tus cosas e irte –dice en tono beligerante.

–Pará un poquito. ¿Vos armaste todo esto y yo soy el que se va? Me parece que estás equivocada. La casa es de los dos y el cornudo, el ofendido, por si no te diste cuenta, vengo a ser yo, reverenda hija de puta –eleva la voz Poli.

No termina de decirlo cuando Eugenia, con una fuerza inusitada y arrancando el cable de cuajo, le arroja el velador de metal mientras, transfigurada, lo insulta sin parar con un tono de voz que Poli nunca ha escuchado, una voz horrenda de fiera oculta en su garganta, la piba de *El exorcista* poseída. El golpe es en la frente: la base pesada de bronce le pega de lleno y lo tumba contra la puerta. Euge se pone de pie y lo sigue insultando mientras le arroja todo lo que encuentra a mano, patea la valija y empieza a cachetearlo, a llenarlo de arañazos encremados sin parar: "Impotente, maricón", le grita. Poli se cubre igual que antes con el perro, pero de pie, hasta que, en un reflejo instintivo, extiende un puño hacia delante. Es un mero reflejo defensivo, no un ataque, pero el puño se topa en su parábola con la mandíbula desprotegida de Euge. Y Eugenia cae súbitamente al piso como fulminada. De pronto, luego del alboroto, el escándalo se ha apagado como la luz del velador arrancado y el silencio es ominoso, apenas matizado por la voz del flash noticioso en segundo plano anunciando la fecha de pago a jubilados. La piña, al menos, ha acallado el brote de Eugenia de un modo automático. El sonido del televisor –retomando una telenovela centroamericana– va cubriendo la habitación una leve música de fondo en tono almibarado. Poli mira a Eugenia tumbada sobre la valija, las piernas abiertas como la boca respirando agitada; tiene la vaga idea espontánea de serrucharle esas piernas y los brazos que cuelgan y exceden el rectángulo de lona como sobrantes, cortarla y meter todo adentro de la valija, correr los cierres

y llevarla hasta el río. Se imagina en el puerto, tirando el bulto al agua y viéndolo derivar por la corriente como un camalote, moviéndose un poco antes de zozobrar, como si Euge hiciera un último intento inútil por salir, y de golpe se fuese a pique, se hundiera con la parsimonia de los naufragios de cine, pese a los movimientos desesperados. Pero no.

La levanta por los brazos como un peso muerto y la lleva hasta la cama. Piensa que tal vez se ha excedido con el golpe, que Eugenia puede tener una conmoción cerebral, pero prosigue ordenando su ropa en la valija y en un bolso de mano. Hay muchas cosas –libros, discos, botellas, herramientas– que no caben; va a necesitar cajas, pero decide que en esa primera etapa le basta con la ropa. No reflexiona sobre el momento en que ha aceptado la decisión de irse, pero le hace caso a Eugenia que ha decidido por él; en cierta forma le ha abreviado el trámite y las dudas. Ya es un hecho: no puede permanecer más allí. Deberá resignarse a ver a Juan en días y horarios determinados, y eso le duele más que la herida de la pierna, los arañazos y el golpe en la frente; pero no tiene alternativa. Siente un líquido caliente corriéndole por la cara, se toca la frente: el golpe inflamado sobre la ceja le está sangrando. Se seca con una remera de las que ha guardado y, mudo, como si no hubiera ocurrido nada, continúa su tarea de empaque.

No ha calculado los zapatos que son incómodos de guardar. Busca una bolsa de nylon grande; va arrastrando todos los bultos hasta la puerta de entrada. Ya toma el picaporte cuando cree prudente hacer algo con Eugenia. Busca alcohol fino en el baño y le acerca la botella a la nariz. A un tiempo, moja la remera con la que se ha secado el golpe de la frente, se humedece la inflamación y siente el ardor como una puñalada. Eugenia reacciona apenas, como si no pudiese despertar del todo. Poli embebe más la remera y se la pone a ella sobre la nariz mientras le inclina la cabeza hacia el paño con la otra mano. Vista así, Eugenia parece una criatura, una hija rebelde, no una esposa. Abre los ojos espantados como si temiera que Poli fuese a estrangularla. De la mente de él han desaparecido esas ideas de la mutilación y el naufragio fluvial. A Poli lo va ganando una profunda amargura, un dolor que no se sitúa en la frente ni en la pierna cosida y le hace temblar las manos. Euge se serena cuando lo ve así, como si se alimentara de su debilidad. La sangre seca sobre la frente inflamada de Poli y su gesto contrito le parecen una muestra acabada del estado de cosas que reina entre ellos, el sitio sin retorno al que han arribado. Advierte que los ojos enrojecidos de Poli no irradian ya ningún brillo, ni siquiera el del odio.

–Es mejor para los dos. No podemos seguir, Leopoldo –le dice a media voz, como buscando palabras y tonos razonables, y usando ese "Leopoldo" que nunca emplea para marcar la distancia infranqueable.

–Llevate todo lo que necesites. A nosotros no nos va a faltar

nada. Tampoco necesito tu dinero: Agustín me pasa plata hace tiempo. No te lo quise decir antes para que no te pusieras mal.

Poli abre los ojos con desmesura, como si sobre todas las sorpresas que ha recibido este día aún faltara algo, una novedad quizá peor.

–Cómo que te pasa plata –la interroga.

–Poli: ¿vos viste la ropa de Juani, los muebles, los juguetes? ¿Sabés el gasto que significa mantener esta casa funcionando? ¿Pensaste que alcanzaba para todo con nuestros suelditos de mierda? ¿Eso pensabas? Hacé las cuentas, calculá cuánto se gasta y cuánto ganamos nosotros...

Poli Malachek se queda trémulo; no quiere ni puede calcular, la cuenta sería deshonrosa, una nueva humillación. Sólo le falta para el oprobio total, tener que agradecerle a Agustín Branda y a ella, a la misma y sacrificada Eugenia, su aplicación para solucionar el déficit hogareño, medita. No quiere continuar la discusión, rehuye el conflicto. Han cesado los aprestos bélicos o acaso acaban de ingresar en la paz armada de una guerra fría.

Frío necesita en la frente hinchada y en el interior de la cabeza. Va hasta la cocina y saca hielo, lo envuelve en la misma remera sucia de sangre, la bandera de su causa derrotada, y se lo lleva a la frente. Así, arrastrando la valija y el bolso con los pies, casi a patadas, sosteniendo la remera húmeda y helada sobre la frente y una bolsa de residuos con los zapatos en la otra mano, sale de la casa; vencido.

12

Bajó corriendo del médano hacia la playa (¡cómo quema esta arena, carajo! Me van a salir ampollas en los pies, yo que los cuido tanto con zapatos caros que mis buenos pesos me cuestan, pesos no, más bien horas de trabajo, caramba), y a medida que se acercaba a la arena húmeda sentía ese alivio y ese olor más fuerte a yodo y a pescados invisibles. Sorteó las sombrillas y las sillitas, y las conservadoras de bebidas, y los termos de mate, y los chicos hincha pelotas que lloran sin parar y piden cosas, y los vendedores ambulantes, y las carpitas de telas colorinche, y los perros que la gente desconsiderada llevaba como si fueran hijos, y al bañero todo musculoso y bronceado que hacía facha en su pequeño mirador con el pito colgando, bueno, el silbato, sorteó todo lo que se le cruzó hasta pisar el agüita de la orilla, ese fresco que le encantó, que iba y venía con las olas, y sintió cómo se le hundían los pies haciendo sopapa en

la arena blanda cuando se retiraba el agua, y caminó por la orilla mojándose hasta los talones y llenándose los pulmones con ese aire brumoso (esto debe ser más sano que no sé qué, tan natural, tan puro... la naturaleza... qué sabia es la naturaleza que inventó el mar. Bueno, lo habrá inventado Dios, pero como en mi casa no vamos a misa, prefiero que haya un dios llamado Naturaleza). Caminó sin darse cuenta que se alejaba de la playas del centro; sentía el sol picándole en los brazos (hum, me tendría que haber puesto alguna crema, yo que soy de tez tan blanca pese a tener el pelo bien oscuro, azabache, como dice mamá...). Y cuando quiso acordarse, estaba como a diez cuadras del lugar (a ver si me pierdo, mamita querida; no, no voy a preguntarle a nadie porque quedo como una idiota, una pajuerana recién desembarcada), entonces giró y volvió por la orilla a ver si veía al bañero con su silla de guardavidas en lo alto del pedestal, como el rey de la playa. Y la alegró tanto verlo, tanto que casi le hubiera dado un beso (minga de beso, a ver si me toma por una loquita), y reconoció el sitio donde había empezado la marcha como un lugar casi familiar.

Ese iba a ser, de ahora en más, su balneario, una prolongación de su casita de verano, un jardín que, de algún modo, le pertenecía. En eso era democrática la playa: era de todos, de ella también.

Ya va siendo hora de volver. Por ser el primer día, suficiente. El mar ya está. Casi demasiado.

13

La camioneta está estacionada en el playón del puerto. Ninguna valija naufraga en la corriente. Poli, sentado al volante, fuma mirando el agua. De pronto se ve a sí mismo, mucho tiempo atrás, un chico yendo al mercado de madrugada: su padre que lo despierta y él saliendo dormido de la cama, subiendo a la antigua chatita destartalada, sentado en la cabina que filtra por todos lados un viento helado, un chiflete que se mete en la piel hasta que llegan al abasto y empieza el ruido, las voces de los changarines, algún sapucay destemplado, el olor a podrido de la verdura, el olor a tabaco de los cigarros, las risas guaraníes, el mate de mano en mano, alguna pelea, una puteada y el trabajo, el yugo bruto: empezar a cargar los cajones de fruta, las jaulas de verdura, con los brazos flacos de entonces, las manos astilladas con la madera barata, lastimadas por los alambres, (“La fuerza con la espalda, pibe; no, con la cintura no, que te herniás”,

le dicen los baqueanos, los que se han pasado la vida cargando y descargando). Después viene la ronda por los barrios, venderle a las doñas: la bocina en el techo de la chata que ladra astillada la voz del padre, un sonido metálico y cascado que anuncia las ofertas, y él en la caja, cagado de frío, con la romana, todavía dormido como quien recién ha amanecido, las cinco, las seis de la mañana. Y a la tarde el guardapolvo y la escuela. Doce años tiene, no más, y ya cumple doble jornada, como un anticipo de lo mucho que va a tener que remar y sudar en la vida.

¿Y la madre? Una campesina de Bohemia, enferma siempre, vestida de oscuro sobre el cuerpo robusto e indescifrable, que no habla casi nada en argentino y le enseña a escribir en checo. Encerrada en la casa, trabajando como una mucama esclava-eslava, arreglándose con nada. Y un día, un derrame, la hemiplejía, silla de ruedas, una agonía prolongada que expresa la cara muda y torcida, esos castigos ejemplarizadores de folletín para inmigrantes pobres. Y él, Poli, que le habla, porque intuye que ella todavía lo escucha, mientras el padre anda corriendo negritas por el barrio en su media lengua, blanco caucásico el tipo contra la piel oscura, guaranítica, del color del río en esas pibas que buscan moneda, que le sacan la camisa al viejo. Y él, Poli, que le dice a la madre que se quede tranquila, que está todo bien, que pronto se va a curar, cuando sabe que ni con un milagro. Y llega la mañana siguiente, otra vez lo mismo: el padre alzado con las pibas, él con un sueño que le impide hasta hablar y la madre tiesa como una madera, pero con esos ojos que parecen verlo todo, desmesuradas las pupilas que le anticipan lo que se viene. En unos años se muere la madre, pero para Poli no cambia el silencio ni el mundo que lo tiraniza cada mañana al mercado, cada tarde a la escuela. Lo que queda, como un eco, es el oráculo materno, lo único que Poli recuerda de esos labios flacos, convalescientes: *Sinku, při takovym prohledem nebudeš mit štěstí s ženy*,[1] una intuición que la madre lee en sus ojos: “Hijo, con esa mirada no vas a tener suerte con las mujeres”. Poli no ha olvidado nunca la escena ni las palabras; podría decirse a sí mismo que ha pasado la vida luchando contra esa sentencia. ¿Qué habrá visto la madre en esos ojos suyos de entonces? ¿Persistirá todavía? Lo cierto es que ella vio algo entonces: un pibe con una marca agorera en la mirada, seguramente algún mito campesino de Bohemia. Pero eso que vio su madre: ¿lo habrán visto otras personas, otras mujeres?

Merodea esa imagen suya de infancia, sentado ahora en esta otra camioneta, cargada de enciclopedias y diccionarios en lugar de verdura dentro de la caja metálica más moderna. El progreso social significa para Poli que pocas cosas han cambiado; la mercadería y la

chata; las cosas se aggiornan. “Si hasta podría vivir aquí mismo”, calcula imaginando un colchón tendido entre los estantes de la caja. Y se imagina como un gitano, parando en estaciones de servicio para bañarse, durmiendo en playones, en bosquecitos y recreos en las banquinas de las rutas. Se ha ido a la banquina que es como irse a la mierda. La ruta es el fluir de la vida; la banquina, el margen, la frontera. Ese estrecho furgón se ha vuelto ahora el único lugar sólido en el mundo.

El puerto está vacío. Ya no llegan barcazas ni lanchones areneros. Camina hasta la orilla alta de la dársena: los camalotes pasan como balsas veloces, con sus flores violeta y las nubes de bichos revoloteando. Gira la cabeza y ve las letras y el logotipo de “Editora Del Plata” pintadas en la puerta de la camioneta. Tal vez debería comunicar su nueva situación a la empresa. Busca un locutorio y llama a Buenos Aires.

–Suerte que llamó, Malachek; le estábamos por avisar... –el gerente hace una pausa, Poli imagina que tal vez se trata de una nueva promoción para aumentar las ventas–. Siento comunicárselo de este modo, pero la empresa se acaba de presentar en convocatoria de acreedores. Usted se imaginará cómo es la situación... estamos procurando reunir el dinero necesario... no queremos que el personal...

Poli corta. No puede recibir más malas noticias por el resto del día, o del año. Siente la carga en los hombros, el castigo impiadoso como una sobredosis, un ensañamiento, como si el mundo de pronto se hubiera precipitado desde su orden hacia un pozo abismal, el mundo entero contra él.

Lo mejor que puede hacer es tomar unos mates con Cid. Llega hasta el departamento y lo convence, pese al frío, de ir hasta la costa del río. Cargan la yerba, el termo, compran bizcochos de grasa, y se instalan en la costanera, abrigados al reparo de unos sauces. Poli fuma callado; piensa que Cid no le pregunta nada sobre las marcas de la cara para no lastimarlo más ni remover la herida. Todo es tan obvio que ese final estaba demasiado anunciado.

–Sabés que el punto ese mancando a mi familia.

–¿El boga?

–Sí. Paga hasta la ropa de Juan, los impuestos... No puedo creerlo.

–Mirá, Polaco: acá lo único que no se puede esperar es que algo salga bien. Pero bueno, tenés que empezar de nuevo. A casi todos nos pasó. Explota una bomba y lo que estaba deja de estar –Cid hace una pausa para sorber el mate–. ¿Pensaste algo?

–No sé... irme a la mierda, irme por los pueblos a ver si puedo

levantar unos mangos con los libros que me quedan. Porque la editorial también se fue al carajo...

–Poli hace una seña con el pulgar hacia abajo.

–No, si cuando la mano viene torcida es de no creer che... tenés muy hinchada la frente.

Poli se roza el hematoma con los dedos. Todavía le duele, como la mordedura en la pierna cosida.

–Necesito hacer plata estos libros que me quedan para instalarme en otro lado, otra ciudad. Tengo que hacerlo rápido. Puta, pienso en Juan y... –hace un silencio, sorbe de la bombilla y siente que el líquido caliente se le atraganta.

–Es duro. Pero es lo que hay –añade Cid.

Y se quedan en silencio mirando el agua. Poli imagina que cambia la camioneta por una lancha y se larga por el río, derivando como en una película de aventuras, una novela de Conrad donde él vive del río remontando corriente arriba, pescando, atracando en alguna isla para cocinar un pacú a la parrilla, una playita vacía, mirando el paisaje como si en lo profundo, en lo más recóndito, deseara que el agua se lo llevara a cualquier parte, evitándole tomar una determinación, sometiéndose al capricho azaroso del agua; dejarse llevar, dejarse conducir hacia cualquier parte, vivir del río como los isleros, como Tita Merello, como los peces.

–Estos bizcochos están húmedos –protesta Cid de improviso–. Dudé cuando vi la cara de pelotuda que ponía la chica de la panadería; embolsaba rapidito. Deben ser de ayer. ¿Ves? A uno lo cagan hasta en estas cuestiones miserables: unos tristes bizcochos.

Pero Poli ya casi no lo escucha. Está elaborando sin proponérselo una estrategia inmediata, un plan de fuga hacia adelante de su catástrofe personal.

–¿Puedo dormir en tu casa esta noche?

Tira los bizcochos al agua. “Pa’ los peces”, piensa.

–Claro.

–Cid, ¿vos me ves algo raro en los ojos?

–¿Algo como qué? ¿Conjuntivitis?

–No, algo como de mala leche.

–Dejate de joder.

El colchón estaba caliente por el sol. Acercó la nariz casi con temor de percibir aromas extraños –olor a cuerpo, a sudor, a meo, a algo podrido– pero no olía a nada. Ese solazo y el aire de mar limpiaban cualquier cosa. Lo arrastró hasta la pieza, lo colocó en su sitio y tendió la cama con sus sábanas limpias. Terminó de acomodar sus cosas; ahora estaba en el detalle fino de la higiene. Limpió la alacenita y lavó los pocos trastos y cubiertos que había. Todo estaba ahora desinfectado, libre de pudriciones ajenas, que vaya a saberse quiénes habían vivido ahí antes, que tipo de asquerosos dejaban las cosas todas tiradas y mugrientas.

Cuando terminó de vaciar el bolso, recién entonces, tuvo la sensación de haberse instalado, de saber que iba a permanecer ahí largo tiempo. Barrió la arena que había traído de la playa en los pies y en los zapatos y trató de hacer funcionar el calefón. Era una pieza de museo, pero después de varios intentos consiguió que encendiera: tibiecito nomás, este ya pide la jubilación a gritos. Bueno, si ganara mucha plata con las propinas podría llamar al service para que lo arregle, pero no, eso no le correspondía, eran gastos de Waldo; a él le tendría que reclamar. Por ahora se la aguantaba, pero si viniera un frío inesperado de golpe iba a ser un suplicio bañarse así. ¡Waldo! Uy, ya casi se olvidaba que tenía que llamarlo. Te vas a un teléfono público y pedís llamada por cobrar, le había dicho él.

Sí, está todo bien, le dijo casi gritando, porque con el viento que se había levantado se hacía difícil escuchar, y tampoco podía darle tantos detalles. Van a ir los tipos del cartel, el electricista, el plomero, el de la vidriera... Iba a venir un ejército de gente que andaba por la costa a terminar todos los detalles. Si algo no funciona, que te lo arreglen ellos, dijo Waldo casi gritando.

Bien, bien, todo estaba encaminado. Waldo parecía que confiaba en ella, y eso la hizo sentirse orgullosa de sí misma. Ella era la chica de confianza, porque aunque todavía no había hecho casi nada, estaba claro que era responsable y eficiente a los veinticinco, y el local iba a ser su mayor logro.

Cuando volvía por la principal, vio un montón de gente caminando, familias enteras recorriendo los negocios, y la calle la habían cortado para hacerla peatonal. Pasada la tarde de playa, apenas caía el sol, empezaba la vuelta al perro: parejas grandes, familias con pibes sucios de arena, banditas de adolescentes. Lástima, pensó Selva, un día de ventas perdido. Y un día menos de propinas, porque una parte importante de los ingresos iban a ser propinas (“La gente es más generosa de vacaciones, Selva, cuida la plata pero no le gusta pasar por miserable, como si en las vacaciones pensaran distinto; vas a ver”). De golpe le tocaron el hombro: Nahuel. Hola, muñeca, le dijo el confianzudo, “muñeca”, nada menos. Este quiere

otra cosa, otra que jugar a las muñecas, pero es simpático el morochito, tan flaco, ni una gota de grasa el guachito. Estaba con el ciclomotor junto al cordón. ¿Ya conociste todo? No, apenas... estuve acomodando los bártulos. Yo tengo delivery hasta las doce de la noche, pero si querés después te llevo a dar una vuelta, dijo señalando la moto. ¿Cómo te llamabas vos? Ni se acuerda, le debe tirar los garfios a todas. Un nombre raro tenías. Sí se acuerda, pero no le sale. "Selva", dijo ella. Eso, Selva... si querés, después... Mirá hoy trabajé mucho, estoy cansada del viaje, otro día mejor, ¿sí? Gracias de todos modos.

El pibe le sonrió; había sido amable, pero la miraba de una manera, como si... como si le traspasara la ropa, como si pudiera verla desnuda. Le miraba demasiado el cuerpo. A ver si es un pícaro que se cree que porque estoy sola... nada de eso: cortito lo voy a tener; y a distancia. Aparte ella estaba ahí para trabajar y punto. Y si había otros pibes, bueno, tampoco se iba a quedar con el primero que veía, ¿no? Ella podía tener otras aspiraciones, que un pibe de delivery tampoco iba a poder invitarla ni a una coca. Se alejó tratando de no ser desagradable con Nahuel, pero marcando límites, no fuera cosa que el chico malentendiera las cuestiones.

Selva presumía de saber manejar las cosas con los muchachos (los fervores, decía Selva madre). En muchos trabajos había conocido lanceros, maridos tramposos, jefes que abusaban de sus cargos, y hasta ahora a todos los había puesto en su lugar. Ella no era de esas tilingas que agarran viaje con cualquiera para conseguir un aumento o un cargo mejor de puro perras. Tenía bien en claro que trabajaba para progresar y que lo único que debían evaluar era su trabajo, su dedicación y responsabilidad; no como otras que preferían que les midieran la dureza de las nalgas o las tetas por un ascenso, o para trabajar menos, vagas de mierda. Uf... si había visto tanto de eso.

Ella no se dejaba tocar; esa era su premisa. Tanto que hasta ahora no la había tocado nadie, bueno, apenas Mati, pero superficialmente, y pocas veces. Por eso ya no lo veía más, aunque habían salido un tiempo, unos meses en los que Mati se había puesto cada vez más pesado y manolarga. Selva se lo había aclarado: vos me caés bien, Mati, pero yo sólo lo haría por amor, y eso es un sentimiento muy profundo que yo respeto mucho, que lleva su tiempo. Y Mati, que era hijo de un farmacéutico y tenía auto (no una motito miserable como este Nahuel, con ese cajón de pizzería ahí atrás, por Dios), insistió tal vez hasta cansarse con el asunto de la cama, y finalmente, seguramente cansado, no había vuelto a llamarla. No sería amor, "el amor", infirió Selva, y esa inferencia le daba la razón a su modo de

ver las cosas. Tanto apuro, tanto apuro, lo único que buscan es eso. Si yo me aguanto, bien te podés aguantar vos, querido, que las cosas apresuradas siempre salen mal. Bueno, los meses que salieron hubo nada más que unos toqueteos (ella no, ella no ponía su mano "ahí" ni loca, le había aclarado, a ver si las cosas se precipitaban y terminaba donde no quería, como las tilingas, esas guachas que comentaban en el trabajo los tamaños de los novios –novios, bah, eso decían ellas– y las chanchadas que hacían –ajjj, metérselo en la boca, qué asco, ¡y tragarse esa porquería que debe oler a vómito de bebé!–). ¿Nunca lo hiciste?, le preguntó Liliana, ¿pero nunca, nunca? ¿ni un poquito? Y puso esa cara de asombro: Nena... ¿qué esperás?... ¿la carroza? Liliana podía pensar lo que quisiera, ella igual creía en el amor verdadero. Y claro que a veces se tentaba (no soy de yeso, che), sobre todo con los actores, pero eso era en la intimidad, donde no la veía nadie. Pero si decís que ese está fuerte, o que ese otro te encanta, ¿te encanta para qué, Selva? ¿para mirarlo y sacarle fotos? ¿para tocarte? Era una zafada esa Liliana, mirá si yo voy a andar contando lo que hago a solas, ni que fuera una tilinga. No me gusta hablar de esas cosas, Lili. Bueno, vos sabrás, pero mirá que la juventud se va volando, Selva, que cuando te querés acordar ya estás contando hijos, y vienen las estrías, las canas y los pozos de la celulitis.

Bueno, cada una tendría su modo, qué tanto. Y si fuese una gran pajera, ¿qué? Era de puertas para adentro, qué joder. No le pedía permiso a nadie ni le jodía la vida a nadie con eso.

15

Salió temprano a la mañana, antes de que se despertara Cid. Desayunó de pie, ya fuera de la ciudad, acodado en la barra del bar de la estación de servicio donde cargó combustible, con la mirada perdida en el fondo de la ruta como un interrogante. Al rato, sin ninguna certeza, ya estaba en marcha. Ante la duda, avanzar, se dijo como si tratara de cambiar de actitud. Calculó la hora: si se apuraba podía aprovechar la mañana en un par de pueblos vecinos. La ruta se abría como una vereda soleada; el cielo límpido y el verde del campo iban evaporando el rocío nocturno con la tenue luminosidad singular del invierno. Era un día ideal para viajar, para largarse y no parar hasta Brasil, o hasta Venezuela, pero Poli tenía que vender esos putos libros, porque no tenía efectivo en el bolsillo siquiera para pagarse una noche de hotel.

Recorrió algunas escuelas y un par de negocios en San Cosme: no logró más que el discreto interés de una maestra por el diccionario y el de un kiosquero jubilado por la enciclopedia, pero ninguno de los dos tenía dinero ni para regatear. El viejo le ofreció en trueque una bicicleta de reparto y la maestra pagar en diez cuotas, pero Poli necesitaba la plata en la mano; por más descuento que les hiciera, allí no había ni para recuperar la nafta. Siguió viaje. Intentó de nuevo en Albornoz y en Los Cardos sin resultado. Llegando al mediodía sabía que los pueblos entraban en coma profundo, en el letargo que precede a la siesta, así que decidió seguir adelante.

Un cartel despintado señalaba Danel a cincuenta kilómetros. Nunca había entrado allí, siempre era un lugar de paso, una parada sobre la ruta a lo sumo para reponer combustible y estirar las piernas. Había escuchado que las cosas no andaban bien allí: un par de fábricas cerradas marcaban al pueblo como un estigma para seguir de largo. Sin embargo alguien le había comentado de un buen comedor, una parrilla barata que valía la pena el desvío. Contó los billetes que tenía en el bolsillo; al menos una comida podría pagar.

Cuando Poli entró a La Tablita había apenas dos mesas ocupadas: un matrimonio mayor y dos hombres de alrededor de cuarenta años, uno alto y otro notablemente más petiso, con camisas gastadas de manga corta, cuellos arrugados y antiguas corbatas de tono indefinible, curiosamente sin sacos. Parecían uniformes; Poli pensó en vendedores de algún negocio pobre. Se sentó contra la ventana como para no perder detalle del mínimo movimiento de la calle; tal vez así podría recoger algunos datos para seguir intentando vender algo a la tarde. Un murmullo de cubiertos matizado por antiguas melodías

folklóricas era el fondo sonoro que sólo alteraba la torpeza del muchacho que hacía de mozo. Se notaba que ese no era su oficio: olvidaba los pedidos y tenía que regresar a las mesas para recordarlo, pero no intentaba tomar nota, con lo cual su trabajo se veía redoblado en caminatas estériles. Encima carecía de motricidad fina para manipular el menaje, por lo que los platos chocaban, los tenedores caían al piso y una serie de pequeñas catástrofes parecía su sino trágico. Poli calculó que si hubiese más clientes aquello se volvería un caos para el pibe y los comensales. Los pedidos regresaban a la parrilla por la discreta protesta de la gente. Con Poli también erró, pero por una tácita solidaridad aceptó comer el asado sangrante que el muchacho, al que llamaban Floro, le sirvió con una sonrisa artificial. Era emprendedor el chico, más allá de su ineptitud, ponía voluntad. Poli supuso que él mismo debió haber sido así en la verdulería ambulante de su padre. Recordó los regresos cuando terminaban la ronda, su padre hablando de Europa, repitiendo los cuentos de su abuelo, del rey Leopoldo en Praga, por quien llevaba el nombre Poli,

historias que se le mezclaban con el sueño y el ruido del motor de la chata. "Este es un país bárbaro, Leopoldo, bárbaro por lo bueno y por lo malo. En una semana, con la verdurita hacemos el sueldo de la fábrica", calculaba el padre satisfecho. El melómano y muy noble rey Leopoldo I de la familia de los Habsburgo, nunca imaginó que casi cuatrocientos años después de su muerte, un homónimo, en el sur de un lejano continente, iba a vender verdura por las calles en una chata destartalada. Destinos curiosos de los hombres, pensaba Poli.

Los tipos de corbata eran circunspectos en su pobreza. Los dos estaban peinados con gomina y bien afeitados, como quien procura inútilmente demostrar buena presencia aunque se note invariablemente la carencia en el trajín de la ropa, en los delatores zapatos de mala calidad, llenos de polvo. Poli vio que llevaban unos portafolios plásticos escolares desbordantes de papeles y libros. Entrando en confianza con Floro, cuando le dio la propina, le preguntó por esa gente.

–Son de la iglesia –susurró el muchacho como si se tratara de un secreto–. Evangelios –agregó como en secreto.

A Poli le dio gracia el término; en todo caso "evangelios" era lo que leían. Tal vez pudiesen necesitar un diccionario. Se aproximó a la mesa con discreción y pidió permiso para "robarles un instante", según la fórmula automática del vendedor. Los hombres aceptaron de buen grado, con demasiada deferencia para lo que Poli esperaba. Lo invitaron a sentarse y le ofrecieron tomar de la austera soda que compartían. A poco de empezar su discurso, Poli supuso que estaba cayendo en una trampa, que aquel era el juego del cazador cazado; si en el mejor de los casos vendía un libro, a cambio, se vería obligado a comprar algo de mayor costo, o al menos a tolerar una encíclica mucho más grave que la propia.

Lo dejaron explayarse con gestos de acuerdo, como si admitieran como válidos todos sus argumentos, mientras observaban el diccionario con detenimiento. Preguntaron el precio recién cuando Poli terminó de exponer.

–¿Qué le pasó en la frente? –preguntó el mayor de los dos.

–Un accidente –le restó importancia Poli–. ¿Les interesa el diccionario? Miren que es una oferta; en ningún lado lo van a conseguir tan barato. Los estoy liquidando.

Compraron dos, cosa que a Poli le resultó más sospechosa aún, pero en ese momento calculó que cubría los gastos de la camioneta y la comida, y fue lo único que le importó. Un breve ramalazo de entusiasmo se le acomodó en la cabeza. Le pagaron en el momento juntando de a billete una plata tan gastada como sus ropas, lo que a Poli le provocó cierta piedad.

–¿Está de paso?

–Sí, más o menos. Por ahí me quedo hasta mañana.

–Por qué no se viene esta nochecita al templo. Sin compromiso, no se sienta obligado... puede haber hermanos interesados. Hay gente muy lectora...

Poli respondió con evasivas, agradeció la compra y se despidió temiendo que se arrepintieran.

–Véngase que por ahí... –soltó como carnada el más chico.

Parecían padre e hijo más por la actitud que por la fisonomía. Poli advirtió que hasta hablaban con el mismo timbre, pese a la diferencia de altura. Al menos una buena, pensó Poli; si embocaba algunos libros por la tarde podría regresar con unos pesos en los bolsillos.

Notó con curiosidad que, pese a la época, el clima se había vuelto violentamente caluroso y apenas se podía tolerar ese sol criminal de la siesta derramándose sobre el pueblo. Estacionó donde finalizaba el asfalto de la misma calle de la parrilla, debajo de unos árboles; abrió las ventanillas para que circulara un poco de aire, y se relajó. Cerró los ojos y se fue quedando dormido sintiendo como un eco lejano la voz de su padre repitiendo: Leopoldo, como el rey de Praga, llevás el nombre de un rey.

Con las cuatro campanadas de la iglesia, se despertó empapado en transpiración, como si fuese pleno enero. Molesto por la ropa húmeda de sudor, pensó dónde podría encontrar un lugar para refrescarse: con gusto se hubiera pegado una ducha y se hubiera acostado en una habitación fresca para seguir durmiendo hasta la noche. Después cenaría, tomaría cerveza y dejaría transcurrir el tiempo. No pensaba en el regreso; se imaginó una playa solitaria y placentera, con un mar transparente. Volvió a la realidad violentamente: Danel despertaba apenas de su siesta y él debía intentar vender algo más o el viaje se convertiría en puro gasto improductivo.

Para su sorpresa, en las siguientes tres horas pudo colocar dos enciclopedias y un diccionario sin grandes esfuerzos entre los comerciantes del pueblo. Parecía que la suerte había dado un vuelco a su favor, o que con el clima los había encontrado medio obnubilados, con las defensas bajas, o que había encontrado un lugar benigno en el momento y la hora indicados, un pueblo –¡por fin!– que lo recibía con hospitalidad y buena disposición.

Ya pensaba en festejar, al menos se iba a permitir tomar tranquilamente esa cerveza en el bar ubicado en un extremo de la plaza.

Adosado a un hotel antiguo, donde Poli pensó que nadie se alojaba

desde hacía años, estaba el bar Excélsior con sus ventanales de vidrio a la calle y la oscuridad que rodeaba las mesas de billar. Unos viejos parroquianos, como restos fósiles arrojados sobre las mesas, estacionados allí como el mobiliario, jugaban al dominó. Se sentó alejado de los ancianos, cerca de la vidriera, mirando hacia la plaza enorme que ocupaba unas cuatro manzanas.

Era un sitio de otra época, con expectativas que el tiempo había defraudado, una colonia agrícola de gringos, calculada para convertirse en ciudad próspera, algo que ahora al menos no se notaba y dudosamente llegaría en el futuro. Pese a todo, la plaza exhibía una desmedida profusión de árboles, arbustos, glorietas y caminitos de grava anaranjada, todo sumamente cuidado. Enfrentando la plaza, una iglesia a cada extremo –una protestante, otra católica– destacaban cierta tolerancia religiosa, una muestra de armonía en los ritos.

Poli desconfiaba; todavía no podía creer en esa suerte antojadiza que le caía del cielo de Danel; quizá se tratara de una menguada compensación por la otra secuencia de desgracias recientes en las que prefería no pensar para no arruinar el breve destello de alegría.

–¿Anda de paso? –le preguntó la voz cascada de un viejo que arrastraba como un ancla pesada una pierna muerta.

Poli sonrió y asintió con la cabeza.

–Por trabajo... me imagino –arriesgó el hombre sin posibilidad de errar.

–Vendo libros, diccionarios, enciclopedias.

–Viajante... duro, ¿no? A quién carajo se le ocurre leer algo en estos tiempos... como está todo.

–No crea. Pese a la informática, siempre hace falta...

–Poli interrumpió un argumento poco convincente hasta para él mismo que daba para largo y, con seguridad, no conducía a nada–. ¿No se quiere sentar? –agregó cuando ya resultaba inevitable.

El viejo le extendió la mano: “Quaglia”, dijo cortante, antes de acomodar la pierna seca como un artefacto entre las patas de la mesa y desparramar el cuerpo sobre la silla.

–Los pibes leen por obligación, por la escuela. Si a eso se puede llamar leer. Bueno... los que todavía van a la escuela... aunque sea a comer. Este país se fue a la mierda, amigo. Uno lo veía ladearse, se torcía, se tumbaba y se cayó nomás. No soy el más indicado para decirlo –subrayó tocándose la pierna tiesa y riéndose–, yo me fui a la mierda mucho antes que el país. Y no vaya a creer que me gusta trabajar de monolito; para nada.

Se rieron juntos y Quaglia pidió otra botella de cerveza. A Poli le cayó bien que el tipo tuviera ese sentido cínico del humor. Bebían y el

tiempo entre ellos parecía surcado por pausas, fintas de estudio mutuo, como si se tomaran segundos para sí antes de elaborar la siguiente frase.

–Es lindo el pueblo –trató de congraciarse Poli– parece que todavía se vive bien aquí.

–Usted porque es de afuera. ¿No vio el calor que hace acá? Hasta en invierno nos cagamos de calor. El frío... fresco, bah, dura una semana, no más. La muchachada se va... salvo los que heredan algo, un campito, un tambo... Esos se van más tarde... cuando hicieron cagar la herencia. Y quedamos los viejos, los opas y los pobres. O sea, los que no tenemos a dónde ir a parar.

Quaglia se masajeó la pierna tullida como si se le durmiera. Al mismo tiempo, Poli sentía que le tiraba la costura del muslo mordido y remendado. Rozó el costurón y lo sintió caliente y algo inflamado.

–¿Una farmacia por aquí? –interrogó Poli.

Quaglia señaló con un gesto de la cabeza una dirección cruzando la plaza.

–Vogelmann. Por ahí a esta hora está la esposa, la Elsie.

Vaya que lo va a atender bien –remató el viejo con una mueca irónica.

Poli dejó dinero sobre la mesa y se puso de pie.

–Hasta pronto...

–Ya nos veremos –dijo Quaglia con una certeza sospechosa.

Saludó al viejo con amabilidad y se dirigió hacia el cartel de letras verdes, recién encendidas, al otro lado de la plaza. El local parecía vacío. De pie junto al mostrador antiguo golpeó las manos con recato. Una mano blanca con la uñas puntillosamente pintadas de púrpura descorrió la cortina interna de cintas. Debía ser Elsie, la que mencionara el viejo. Por la cara, Poli le calculó unos cincuenta años, como él, pero con otro trajín.

La ropa cubierta apenas por un guardapolvo ligero sin abrochar, dejaba ver un cuerpo armónico, que parecía más joven que la cara. Tenía exagerados rasgos europeos, como suelen tener los eslavos y, pese a una piel castigada por las arrugas, tal vez expuesta demasiado al sol y a la intemperie de una vida sufrida, sus ojos claros y verdosos producían aún un brillo insinuante. A Poli le llamó la atención el cigarrillo que la mujer manejaba de una mano a otra con marcada ansiedad. Se saludaron apenas y ella se quedó aguardando.

–Necesitaba un desinfectante para una herida. Elsie Vogelmann puso cara de intriga:

–¿Qué tipo de herida?

–Tengo unos puntos en la pierna –señaló con un ademán pudoroso Poli.

–Pase por acá –indicó la mujer corriendo la cortina antigua. Poli dudó un instante–. Pase –insistió ella–.

Vamos a ver... sáquese el pantalón.

Poli no atinó a reaccionar.

–El pantalón, hombre –repitió Elsie agachándose y observándolo desde abajo.

Poli obedeció como un chico y deslizó la tela hacia abajo con pudor. Al inclinarse pudo oler el perfume en el pelo de la mujer, mezclado con el humo del cigarrillo.

–Caramba, ¿cómo se hizo esto?

Le explicó sin demasiado detalle. Sin decir más, Elsie lo hizo acostar en la camilla. Con mucha delicadeza le empezó a curar la herida con un hisopo. Poli sintió que la mujer ponía empeño, que lo trataba con cierto afecto, una delicadeza que hacía rato no recibía de una mano femenina. Apenas le ardió un poco el desinfectante, pero aguantó callado. La mujer comenzó a soplarle la herida frunciendo los labios y mirándolo a los ojos de un modo grave. Las manos de ella estaban tan cerca de su calzoncillo que en un momento lo rozaron. Poli tuvo un reflejo instantáneo, como si hubiera recibido una descarga.

–¡Qué sensible, hombre! –dijo sonriendo Elsie.

Poli se aflojó un poco y le devolvió la sonrisa. Se empezó a enderezar y quedó muy cerca de la cara de ella, a centímetros de sus ojos que no se apartaban de los de él.

–¿Y este golpe en la frente, y estos arañazos? –susurró Elsie rozándole la cara.

Sin dejar de mirarse de ese modo, él le tomó la mano caliente y la fue aproximando con lentitud a su entrepierna que reaccionaba de un sueño que a Poli le parecía eterno, como demostrando que el instinto no muere.

Elsie no tuvo siquiera el reflejo de retraer la mano sanadora; se dejó guiar. Cuando finalmente empuñó la carne, cuando apretó el músculo tenso y desbocado, él creyó oír campanas. Ella lo miró mordiéndose los labios, y sin quitarle los ojos se inclinó y aproximó la boca caliente y húmeda casi hasta tocarlo. Como si lo fuera a devorar de golpe, hundió la cabeza entre las piernas de él. Había llegado al cielo, pensó Poli; él acababa de morir y había llegado al cielo. Pero las campanas tintinearon de nuevo y era allí mismo, en la farmacia, era el carillón de bronce de la asquerosa puerta de entrada.

Alguien inoportuno que golpeaba las manos.

–Doña Elsie, ¿anda por ahí? –interrogó al vacío la voz de una mujer grande.

Elsie se sobresaltó, se secó la boca con el dorso de la mano y emprolijó el guardapolvo donde ya las manos de Poli habían estado hurgando.

–Esperame un cachito, ¿sí? –susurró.

Salió del cuarto de inyecciones corriendo la cortina con rapidez a su espalda. Poli permaneció escondido temiendo otra horrible frustración. Justo cuando las cosas empezaban a encaminarse, cuando una modesta felicidad asomaba en su vida, esa voz, como un llamado a la realidad más cruel, se interponía entre él y la dicha primaria de echar un polvo. Recuperó el entusiasmo unos minutos más tarde cuando Elsie regresó sonriente, se quitó el guardapolvo, se levantó la falda y montó la camilla.

–Quedate tranquilo: cerré con llave.

La acción duró un tiempo impreciso: Elsie cabalgando sobre Poli con la blusa abierta y la pollera izada hasta la cintura, sudando, tratando de evitar la herida de la pierna, jadeando pero contenida, soltando entrecortados gemidos de calentura. En la camilla estrecha los cuerpos semidesnudos resbalaron entre sí, anudándose, tropezando con la ropa, ansiosos, hasta irse deteniendo como si los dos formaran parte de la misma maquinaria que agotaba de a poco el combustible. Elsie comenzó a inclinarse hacia él hasta depositar la cara contra la oreja de Poli, respirando en su oído. Desde esa posición extrema, Poli observó de reojo las raíces blancas del pelo de Elsie, el pequeño detalle que no alcanzaba a disimular la tintura, material que abundaría sin dudas en la farmacia, y trató de imaginarla completamente canosa como una anciana. Eso, eso y la piel vista desde tan cerca, cierta textura cruel del primerísimo plano, obró como una ráfaga gélida en la cabeza de Poli. Tuvo ganas de fumar.

–¿Tenés un pucho?

Ella se enderezó de golpe como si hubiese recibido esa misma corriente helada en la nuca:

–Va a ser mejor que te vayas –dijo con tono sosegado pero profundo.

Poli notó el ademán cortante que lo despachaba hacia la calle como si ella hubiese leído su mente. Se vistió sin decir nada, aceptando en silencio la expulsión; las cosas parecían haber regresado al punto de partida.

–¿Cuánto le debo? –preguntó retomando la distancia– ...por la curación, digo.

Titubeó como si Elsie fuera a interpretar que pretendía pagarle a una puta.

–Nada... si querés volver mañana a la noche estoy sola –dijo ella sin cambiar el tono distante–. Golpeá en la puerta de al lado después que cierre la farmacia.

–No sé si voy a estar mañana.

Elsie le devolvió un gesto despectivo que parecía cifrar un destino de mujer amada y abandonada. Prosiguió su tarea en las vitrinas como si prefiriese leer prospectos a escuchar excusas.

Poli salió a la calle centrifugado. Pese a la reacción de ella y a su propia impresión de rechazo, estaba contento. No eran las mejores circunstancias, pero había conseguido algo impensado, una pequeña recompensa, aunque regresara a su cabeza la imagen póstuma de una anciana disfrazada –esas líneas estragadas– una imagen deletérea para cualquier aproximación al placer. Pese a ello, pensó que debía evaluar aquello como un buen signo de confianza en sí mismo. Nada iba a resultar perfecto así como así, de un día para el otro; su vida no podía pasar de la desgracia a la felicidad por ninguna concesión graciosa. Le quedaba flotando esa sensación de una carroza que siempre termina en calabaza.

Salió a la calle y se llenó bien los pulmones del aroma de los árboles y las plantas de la plaza. El calor pegajoso se hacía allí más tolerable, perfumado de jazmines y glicinas en una pérgola de bignonias y santarritas florecidas. Empezaba a caer la noche.

16

Volvió al local. Pero antes de entrar, cuando miró hacia el fondo por el pasillo, sintió un poco de miedo. Estaba a oscuras, no tenía una puerta ni una reja que la protegiera de la vereda, de los peligros de la calle, como decía Selva madre. Cualquiera se podía meter, un loco, un borracho, un asesino serial. Cuando viniera el electricista le iba a hacer poner una luz ahí. Agarrada a la llave con fuerza como si fuera un puñal, avanzó a tientas tratando de no hacer ruido. Esa humedad del piso le transmitía un frío que le trepaba por las piernas; tendría que hacer algo con ese corredor, cambiar algo con urgencia. Abrió la puerta de chapa apurada y cerró de inmediato por dentro. Ya estaba a salvo. No era miedosa, nunca lo había sido, no al menos por esos miedos comunes, cotidianos. Lo que la asustaba eran esas películas de terror sobrenatural, de bichos extraños interplanetarios, o las de

fenómenos inexplicables, esas no las veía ni loca. Nena, miedo hay que tenerle a los vivos, le repetía Selva madre que se quedaba a la noche viendo en la tele las de *Alien* o las de exorcistas, esto es puro telgopor, colorante y espuma de goma, ¿cómo te va a dar miedo? El mal existe, ma. Dios no sé, pero el mal sí. Y no te digo un diablo con cuernos... el mal como una fuerza perversa, algo horrible que te lleva al desastre. ¿De qué desastre me hablás, nena? ¿De un terremoto? Nooo, ma, de la perdición, de la condenación eterna. Ah, ¿las almas en pena, eso? Perderse a sí misma, decía Selva sin entender muy bien de lo que hablaba pero suponiendo que existía algo por el estilo, como quedar prisionera en vida de una tortura horrible de la cual no se podía zafar ni con curas, brujas o manosantas; ni con el gauchito Gil al que Selva madre reverenciaba y, cada tanto, le llevaba alguna ofrenda berreta a esos templetes colorados que ponen en cualquier parte, siempre pidiendo cosas muchísimo más valiosas que las flores de plástico ofrecidas, ensartadas en una botella de Coca descartable.

Pero Selva hija, ahora, en esa soledad, en un lugar que apenas iba conociendo, sentía esa inquietud del temor con un latido desacompasado en el pecho. Los lugares, recordó haber leído en un semanario, tienen aura, una energía especial que hay que ir adivinando para manejarse con respeto y cuidado. Cada sitio –decía la especialista esa– genera un brillo, un magnetismo peculiar–. Era una revista de chismes, pero tenía una sección de astrología con los consejos de una vidente referidos a la casa. Hay algo –decía la tipa– que hace al orden cósmico de los objetos en su relación con las personas, la naturaleza y el universo todo. Ese orden no debe alterarse ni contradecirse porque sería como ir contra las leyes de funcionamiento del cosmos, y eso siempre trae desgracia, la venganza del orden contra el caos, su enemigo acérrimo. Por eso, cuando talan el Amazonas, el orden alterado toma venganza y manda inundaciones, sequías o lo que se le antoje. No es que la naturaleza sea jodida, lo hace como revancha, hasta establecer un nuevo orden, el equilibrio necesario para que todo fluya. Como si dijera: “Vos me cambiás algo de mi orden y yo te muestro las consecuencias”. Y los hombres, cegados por hacer dinero, no miden el reflujo de sus acciones. Eso. Siempre mover una pieza del tablero desacomoda otra que uno no imaginaba. El orden es uno y restablecerlo puede tener costos inimaginables para la humanidad.

Para colmo –calculó caminando a tientas– iban a ser muchas noches. Supuso que se iría acostumbrando, que quizá sólo le pasara el primer día. Ya se iría habituando a la soledad y el silencio, aunque Selva madre dijera siempre que la soledad es mala consejera, “Mejor buscate una amiga y contale tus cuitas”. “Cuitas”, linda palabra, había pensado Selva, yo mis cuitas no las cuento ni loca. Preparó mate y

comió las galletitas que le habían quedado del viaje: como primera cena, bastante frugal. Eso también se iría acomodando pero para mejor, tiempo al tiempo, se dijo. Tranquila Selvita, todo va a encontrar su lugar, todo tiende siempre a buscar su equilibrio.

Esa noche, pese a la inquietud, durmió, con la luz encendida pero durmió; y por las dudas, dejó un cuchillo de serruchito al costado de la cama (con esto no puedo defenderme ni de una araña, pero bueh, es mejor un Tramontina que nada). Esa primera noche tuvo pesadillas feas, aunque durmió de un tirón hasta las siete.

Cuando abrió los ojos se alegró de que todo estuviera en calma, como lo había dejado la noche anterior, hasta de estar viva se alegró. Tenía ganas de cantar: "¡Aleluya, el mundo sigue andando!". Entornó la ventana y un aire salado y fresco se metió en la pieza. Fresco pero con sol: va a ser un buen día, se dijo como arenga. Trapeó el salón con un líquido amarillo de olor a falso limón (arena, siempre arena, ¿alguien podrá detener la arena? Si la gente de este pueblo dejara de barrer, los médanos se les vendrían encima y desaparecerían las casas. Qué cosa...). Es que a los hombres tercos se les ocurre edificar ciudades en cada sitio. Si el precio es sólo barrer arena diariamente, no será tan grave. A la gente vaga seguro que le tapa el techo en diez días.

La mañana se fue yendo plácida con la limpieza detallista de las estanterías, de los artefactos. Tendría que ir a buscar comida al súper; ya no le quedaba nada. Caminó bajo el sol muy tranquila, descubriendo las cosas en las que aún no había reparado. Más casitas sencillas, negocios precarios armados de apuro para sacarle una moneda al turista. El pueblo le parecía un mundito en miniatura construido medio a los ponchazos ¿Cómo sería vivir allí todo el año? Podía preguntarle a Miriam. La encontró atareada, cobraba en la caja y atendía proveedores a la vez. Esa chica tenía agallas. Los tipos la miraban de un modo que a Selva le pareció asqueroso, mirada de calentura, de perro caliente, de cerdo, eso,

pero Miriam imponía su carácter sin atender a esa demanda de los ojos que casi la tocaban, la acariciaban o la violaban con brutalidad. Miriam sabía algo muy importante para una mujer –según Selva–: manejarse con su cuerpo, una cosa fun-da-men-tal (como silabeaba para sí misma) para ganar respeto y consideración. A los tipos le gustan las mujeres con determinación; hasta le dio un poco de envidia esa actitud de Miriam que ella todavía no conseguía desenvolver, como si estuviese retenida dentro, muy dentro de su mente. Porque era algo mental; eso decía siempre Lili ("Nena, eso es de la cabeza, y todo lo de la cabeza se puede aprender"). Y eso mismo consideraban en los trabajos cuando pedían "actitud proactiva" como una de las características esperables para ganar un sueldo mejor ocupando cargos

de jerarquía.

Miriam la saludó con cariño, le dio un beso que a Selva le pareció sincero, como si ya la considerara una amiga, y eso la alegró, le hizo pensar que no estaba sola, aislada en el pueblo. Ahora tenía una amistad proactiva; podía aprender mucho de Miriam.

Cuando llegó a la caja con las pocas cosas que había recogido de las góndolas, sintió un poco de vergüenza.

¿Esto es para vos o para el negocio?, le preguntó Miriam. No, para mí. Entonces vio como Miriam revoleó los ojos hacia el fondo como pispeando al dueño, y en un movimiento rápido sacó de abajo del mostrador un par de latas, un paquete de fideos y los puso sin registrar dentro de una bolsita. Después marcó en la registradora el resto, le guiñó un ojo y le cobró.

¿Querés que vayamos al cine esta noche? Dale, vamos con mi novio. Selva no supo qué decirle. Tenía ganas de ir, pero le daba un poco de vergüenza. Si no tenés plata, yo te invito, dale. Aceptó y se le dibujó una sonrisa en la cara. Te paso a buscar a las nueve por el local, le dijo Miriam. Qué buena chica esa Miriam, había tenido suerte en encontrarla. La casualidad es así, pensó, estaba escrito que yo tenía que conocerla, entrar en este súper y no en otro, que me atendiera ella justamente. Era un día de suerte.

17

No iba a volver. Ya había tomado la decisión. Danel lo había recibido demasiado bien para sus expectativas. Tenía un poco de dinero en el bolsillo y eso quizá era un signo no menor para tener en cuenta. Como si hubiera apostado y ganado, y en ese punto se impusiera el acto de redoblar la apuesta para aprovechar su buena suerte. De todos modos, el tiempo que debía transcurrir hasta el día siguiente se abría como una incógnita. Ya había decidido dormir en la camioneta, podría estacionar en alguna estación de servicio de la ruta y usar sus baños; el resto era aguardar. Pero para dormir todavía era temprano, incluso para cenar. Poli no tenía hambre; empezó a sentirse solo, en medio de desconocidos, en un sitio que no lo expulsaba, pero aún le resultaba indescifrable, ajeno. Donde uno no tiene siquiera una cama, reflexionó, es difícil sentirse parte del paisaje. Estaba detenido en punto intermedio: lejos de donde provenía y sin destino. Debía reconocer que en Danel, lejos del rechazo, había encontrado una generosidad inesperada. Imaginó cómo lo verían los locales y justificó

esa impresión distante que causan los viajantes, los oportunistas, aves de paso que se vuelven anécdota. De pronto recordó a los evangélicos; lo habían invitado, aunque era fácil adivinar su intención proselitista, pero eso no lo afectaba, ¿qué podrían obtener de él? Además era el único sitio donde todavía a esa hora podría conseguir algunos pesos.

Avanzó lentamente con la camioneta. Las calles vacías, los frentes de las casas antiguas, acentuaban el sonido monocorde del motor. Recordaba las instrucciones que le habían dado para llegar al templo. El pueblo era cuadrado; imposible perderse. Recorrió un bulevar arbolado y desierto; las vidrieras de negocios antiguos, las fachadas vetustas a medida que se alejaba, dieron paso a construcciones sencillas, más espaciadas, austeras y modernas. Donde finalizaba el asfalto apareció violentamente la pobreza: baldíos con animales hambreados, ranchos de chapas destartaladas, pibes sucios. Le resultaba extraño encontrar allí un templo, pero a poco de andar divisó el perfil de una carpa enorme, de las que se usan para ferias o exposiciones. Rodeada de carromatos y casas rodantes, estaba montada a continuación de una pequeña construcción de ladrillos sin revoque que hacía de atrio. La música se escuchaba desde lejos como forzando un clima que no se advertía en la gente que concurría en silencio, en grupos pequeños, parejas o familias, en su mayoría humildes, con el rasgo (conmovedor para Poli) del esfuerzo por llevar la ropa más decente y limpia que podían lucir; las mujeres sobrias, anticuadas, algunas con mantilla, los hombres peinados al agua, los niños casi disfrazados de adultos, con corbatitas, todos en una actitud respetuosa y quizá esperanzada, como asiéndose al último tronco que flota en medio del naufragio; como si en aquella carpa existiera algo así como la última promesa creíble, una precaria arca de Noé. ¿Qué les prometían allí?, pensó Poli. Un paraíso futuro, una recompensa tan vaga como lo intangible, alguna pequeña ayuda material. Poco, casi nada. Esa actitud esperanzada le provocó una piedad muda. Estacionó y se sumó a la caminata, mezclándose en el grupo que se agolpaba frente a la carpa; todos recogían al ingresar unos folletos dispuestos sobre una mesa y luego dejaban unas monedas dentro de una urna que sostenía el muchacho más joven que estaba al mediodía en la parrilla, con la misma ropa, que Poli imaginó transpirada por el calor y el trajín. El chico le sonrió; lo había reconocido. Le hizo un gesto como para que Poli se aproximara. Medio a desgano, se paró a su lado. Le molestaba exponerse asociado al pibe, pero él le hablaba impidiéndole distanciarse por cortesía:

–Sabía que no nos iba a fallar.

Poli le sonrió por compromiso, incómodo.

–¿Lo trata bien Danel? ¿Vendió muchos libros?

Le respondió con otra sonrisa, haciendo el gesto de "más o menos" con la cabeza, como para no resultar ingrato.

–Venga que le voy a presentar al pastor –dijo el chico cuando ya raleaba el ingreso de acólitos a la carpa ("al circo", pensó Poli). No recordaba los nombres de sus padrinos; íntimamente los identificaba como Chicho grande y Chicho chico. Caminó detrás del Chichito hacia una oficina lateral a ese atrio menesteroso, notando que las paredes tapizadas de afiches brillantes, con imágenes bucólicas y frases sentenciosas, apenas cubrían los ladrillos rústicos, pegados por algún mal albañil. Chichito golpeó y pasaron. Ese ambiente le llamó la atención: un equipo de aire acondicionado moderno lo volvía placentero. Sentado delante de un escritorio de fórmica gastada estaba el tipo: unos 35 años, peinado con un jopo a lo Bob Kennedy –fue lo primero que pensó Poli al verle el montículo capilar trabajado y prolijo–, con una sonrisa acorde a la de Bob antes de ser baleado, pero vestido con una guayabera labrada color caqui. Se paró impostando automáticamente una sonrisa. Delgado pero con una panza prominente, al hacer un paso al costado, dejó a la vista de Poli unos zapatos de charol blancos que no pasaban inadvertidos en medio de la escena austera. La oficina estaba llena de cajas de cartón, rollos de pósters apilados, un grabador antiguo de casetes y una curiosa camita de una plaza.

Una mínima ventana en lo alto le daba al espacio un clima carcelario, iluminado por un tubo fluorescente.

–Velmar Cornejo, un gusto –dijeron unos dientes que parecían no poder ocultarse dentro de la boca.

Poli trató de devolver la sonrisa, pero presumió que no le salía muy creíble.

–Así que vende libros, señor...

–Malachek. Leopoldo.

–Leopoldo... eso. Dígame Velmar, en confianza. Interesante lo de los libros; quedan pocos especialistas, ¿no?

Poli asintió. Le llamó la atención que los Chichos ya le hubiesen comentado al pastor sobre su actividad, como lo reclutaran de antemano.

–Casualmente, nosotros recibimos muchísimo material de la central –dijo señalando las cajas– y es uno de nuestros recursos.

Le mostró una serie de libros: todos de material bíblico, antiguos testamentos, cancioneros, guías de ayuda familiar. Eran ediciones de muy buena calidad, como para impresionar doctrinariamente en los pobres hogares a que irían a parar.

El tipo lo indagó como si completara una ficha. Poli fue respondiendo puntualmente, como en una entrevista laboral. Dijo la

verdad, procurando no dar muchos detalles.

–Mire –redondeó el pastor Cornejo–. A nosotros nos sería útil llegar a un acuerdo con usted. Algo que no lo desvíe de su trabajo, al contrario, que le sume un ingreso. Poli no había dicho que Ediciones del Plata ya no existía; pronto se dio cuenta de que el ministerio del tipo incluía un afilado conocimiento comercial. Le habló de comisiones, que Poli fue multiplicando mentalmente por la cantidad de acólitos que había visto.

–Es gente sencilla, muy creyente, que no ahorra en la palabra, que la precisa al alcance de la mano ¿se da cuenta?... –dijo Cornejo con un tono que a Poli le sonó peyorativo, como si el cura trazara una línea divisoria entre ellos dos y la turbamulta crédula. El tipo lo estaba asociando de un modo sutil, como si percibiera la distancia cultural que le permitía ese gesto.

–Esta gente, si no tiene contención, la que yo les doy, se puede ir al diablo, ¿entiende? Estarían presos, endrogados, sin la palabra matarían a la familia íntegra, ¿entiende?

Le llamó la atención el modo pedagógico de Cornejo, ese rasgo docente de terminar las oraciones con una pregunta. Y a la vez el gesto cínico del pastor. Pero tuvo la clara impresión de que el tipo no era un idiota, que sabía perfectamente de qué hablaba. Era el turno de Poli; Bob Kennedy esperaba una respuesta.

Pastor –dijo como si le saliera de adentro un cierto respeto religioso–, yo estoy de paso. No le voy a negar que tengo algún apremio y que la plata me vendría más que bien, pero no vivo acá... no tengo casa.

–¿No se arreglaría aquí mismo? Para probar, digo.

¿Qué puede perder con intentarlo? Yo sé que es el comercio–soltó con una convicción que a Poli lo dejó mudo.

–¿Aquí, en el templo?

–En esta misma oficina: hay cama, al lado tiene un bañito. No será un hogar, pero... Hágame caso: pruebe una semana. No se va a arrepentir.

Poli no podía calcular a una semana; pensaba apenas en esa misma noche. Podía aceptar y desertar al día siguiente. Nada lo obligaba.

Cornejo redondeó su acto:

–Mire: lo invito a cenar cuando terminemos la reunión y charlamos más tranquilos.

Pensó que podría cenar dos o tres veces seguidas esa misma noche, que no perdía nada y que ya casi tenía el alojamiento cubierto. Faltaban afinar algunos detalles, pero, prácticamente, Cornejo le estaba solucionando los problemas más inmediatos. Y no le había

pedido ningún encuadramiento religioso: sólo hablaba de negocios. Aceptó y se estrecharon las manos con el marco de la sonrisa dentífrica de Bob.

Desde el fondo del templo-carpa, presenció la ceremonia. Lo que más le llamó la atención fue la voz de Cornejo: hablaba diferente que en la oficinita. Su acento había virado hacia lo centroamericano, como si fuese de pronto boricua o salvadoreño. El repertorio fue previsible, pero la actitud de la gente, como si estuvieran escuchando a un profeta bajado hasta allí sólo para ellos, le hicieron suponer a Poli que el negocio de los libros podría ser mucho mejor de lo que él suponía; que Cornejo la tenía atada y muy clara con semejante clientela cautiva.

Los Chichos, en tanto, andaban en todos los detalles, como amanuenses full time, atrás de cada detalle: subir al rengo, atajar al espástico, rutinas que Poli ya había visto tantas veces por televisión (la cura milagrosa, sanación espontánea, etc.), distribuir medallitas a cambio de monedas, incitar a los cánticos. Arengaban al público como dos porristas fanáticos de la puesta, groupies de una obra teatral, con un encomiable frenesí de peripatéticos. También ellos deben estar trabajando, evaluó Poli.

Para su sorpresa, luego de los actos de magia curativa, vino la apología higiénica. Cornejo comenzó un discurso aleccionador sobre la limpieza corporal. “La boca

–dijo–, es el más sucio agujero del cuerpo. Peor que el ano –acentuó con un tono que evitó las risas– porque el ano limpio suele estar cubierto, pero la boca no.” El discurso apuntaba –curiosamente para Poli– al uso del cepillo de dientes, dentífrico y enjuagues bucales. Mirando de reojo mucha boca desdentada, Poli calculó que el problema era más serio que el enjuague bucal: ahí faltaban implantes, prótesis, cuando no reconstrucción. “La piorrea es nuestro enemigo, una plaga enviada por el Maléfico –sentenció el pastor exaltado– ...por la boca entra el Diablo.” Poli reparó en un posible sentido metafórico, lingüístico de la frase. “Como el pez, que por la boca muere...”, iluminó Cornejo con tono lírico. A Poli se le ocurrió pensar que esa misma noche había muerto el sexo oral entre los acólitos.

En el hall, Chicho chico acomodaba sobre una mesa una montaña de cremas dentales y botellitas rojas de Listerine. Ahí nada ocurría por azar. Poli rió para sus adentros.

Salió de la carpa a fumar. La noche era serena, aunque el calor no cedía. Los sonidos de la celebración parecían inexplicables en ese paisaje quieto. Poli notó que estaba tranquilo, que después de un periplo enloquecedor, por primera vez se había serenado. Tal vez, pensó, era por alguna técnica de persuasión de Cornejo, algo hipnótico

e imperceptible. Sonrió y se quedó esperando.

18

La arena se seguía colando por debajo de la puerta principal. Selva ya estaba lista, esperando. Se había bañado con esa lagrimita de agua que caía de la ducha y llevaba ropa limpia, un poco arrugada, pero limpia. Seguramente el novio de Miriam iba a ser tan buena persona como ella, su amiga. Selva tenía facilidad para hacer amigos, pensó, pero no tenía tantos. Los amigos son como un bálsamo, recordó haber leído la frase de una de esas citas de los tacos calendario de oficina. Y quizá la había memorizado de allí, de alguno de sus trabajos, y por alguna razón, porque todo era por algo. No tenía novio, pero tenía amigos, y los amigos son un... eso, aunque no sabía exactamente qué era un bálsamo (¿un remedio?, ¿una crema que cura heridas?, ¿uno de esos aceites esenciales que vendía alguna chica en las oficinas que había pisado, como una changa para sumar unos pesos, esas que vendían también sahumerios, cosméticos o esas cosas?). Y no tener novio también debía ser por algo; claro, mami, porque soy exigente y no me subo a cualquier colectivo. No soy de esas a las que todo les viene bien. Mirá, de tu hija nadie puede decir ni una palabra. Y Selva madre le acariciaba la cara cuando ella le decía eso. No te habré dado un título, ma –y cuando decía esto se ponía a sollozar un poco– pero nadie te va a traer un chisme malvado acerca de mí.

Eran las ocho y cuarto y Selva, sentada sola en una de las sillas del local, se sintió de pronto abandonada.

¿Y si Miriam no venía? ¿Si se había olvidado de ella? Las chicas cuando están con sus novios pierden noción hasta de la hora. Apoyó los codos sobre la mesa que todavía tenía olor a nueva y con la cara encajada entre las manos pensó que cualquiera que la viese desde afuera podía apiadarse de ella, pobrecita, sola, quieta allí, esperando. Había leído que el cine comenzaba a las ocho y media; faltaba muy poco, casi seguro que ya no iban a ir, que Miriam y el novio, si llegaban, si se acordaban de ella, pasarían demasiado tarde. Pero no; ocho y veinte vio en la vidriera a otra Miriam: el pelo brillante y suelto, una remerita escotada verde manzana con unas lentejuelas bordadas sobre el pecho (Madre mía, qué envidia ese pecho), un pantalón amarillo ajustadísimo que vaya a saber cómo consiguió calzarse, y lo más llamativo: la cara maquillada, casi sobrecargada (¿No será demasiado? Por ahí trata de disimular esa mandíbula

abalconada, pobre; la quijada tan fuerte, zapatilloidea, como esas zapatillas con puntera de goma). Sonrió, se alegró tanto de verla que se llevó la mesa por delante al levantarse. Le hizo señas de que iba a dar la vuelta (recordó las instrucciones precisas de Waldo sobre cuándo abrir la puerta del negocio, tomar precauciones y verificar las trabas).

Salió por el pasillo y entonces se llevó la primera sorpresa: el novio de Miriam: el pelo muy cortito, morocho, muy morocho, la piel oscura color aceituna, y ese gesto tan serio, tan de mala persona. Julio se llamaba (le dio un beso medio de compromiso en la mejilla y alcanzó a oler un aroma fuerte a cigarrillo, a tabaco pegado, ese tufo de los fumadores compulsivos). El muchacho tenía un cuerpo muy sólido, no era muy alto pero sí fibroso, como Miriam, con las venas muy marcadas en los brazos, delgado y sin culo. Pero lo más llamativo le resultó la actitud nerviosa de Julio, esa cosa que lo mantenía inquieto, como si tuviera hormigas en el cuerpo. No era el chico que había pensado para Miriam, definitivamente. Selva se había imaginado un deportista, un muchacho simpático y a la moda. Este era medio rústico, como bruto. Y cuando hablaban de cualquier cosa camino al cine, Julio mencionó algo de la "comisería". A Selva le dio frío, se quedó dura; entonces empezó a entender que el pibe era policía, porque sólo los policías dicen siempre "comisería" cuando ella sabía muy bien que es "comisaría". Y a estos tipos que entran todos los días de su vida en esos edificios lúgubres, penosos, ¿nunca se les ocurre leer la chapa ovalada de la puerta que dice claramente "comisaría"? Ni miran, o no saben leer. Pensó en silencio que por ahí era un prejuicio suyo. No le gustaban los policías, pero por ahí en un pueblito como ese, ser cana era un trabajo más, o de los pocos que había. No tenía que prejuzgar a Julio; quizá hasta fuera buena persona. Y si Miriam lo había elegidono debía pensar en otra cosa, caramba (¡Cómo soy! ¿Por qué seré así?). Un poli no tenía por qué ser obligatoriamente un torturador, borracho, coimero, prepotente y esas cosas que se dicen por costumbre.

Iba a hacer el esfuerzo de disimular, de aparentar naturalidad, aunque por dentro se llenara de inquietud. ¿Y si Miriam fuera huérfana, o proviniera de una familia destrozada y lo que buscaba en ese muchacho era protección, un padrecito botón que la cuidara? Nunca se sabe. Pero no. A poco de andar y escuchar supo que el hermano de Miriam también era cana (¡y ella afana en el súper para los amigos! En casa de herrero...), entonces empezó a componer el cuadro familiar: hogar policial.

Caminaba detrás de ellos, la parejita, y miraba fijamente la mano oscura de él rodeando la cinturita estrecha de ella. Y pensaba: ¿Por qué Miriam, o tantas chicas, tienen ese concepto de que "arreglarse"

para gustarle a un tipo es vestirse casi de puta? ¿Será porque los tipos se calientan con las putas y no con las modositas como ella, como Selva, tan cuidada, tan discreta? Por ahí por eso le iba así con los chicos, porque no se pintaba la jeta como una puerta de ferretería, o porque no usaba la ropa metida en los agujeros del cuerpo. Pero los tipos que se quieren casar, difícilmente se casan con una puta. Su ideal de una familia, con hijitos, perro, asado los domingos y jardín con hortensias no tenía nada que ver con una imagen de madre-yiro. Que después vienen los celos enfermizos, y las fajan, las vigilan. ¿Por qué serán así los tipos? En cambio mi amor aún no ha llegado, se dijo, hay que aguardar con paciencia (¿y mientras tanto? preguntaría Lili, ¿pura paja? Ay, qué bruta es esta Lili. Yo no digo eso, a mí me parece bien que una pareja tenga relaciones, Lili. Pasa que algunos tipos son así, como primitivos, y no te lo dicen, pero siguen soñando con desvirgar a la novia, con ser el primero y el único que se meta en esa casita. Mirá, Selvi, eso no lo pensaba ni tu vieja, vos te quedaste en el tiempo 'e tata... ¿"Casita" decís? Por dió... covacha con telarañas. Y se reía la guacha).

Sigue mirando la mano oscura –sucia, piensa– de Julio. Los canas son sucios: usan armas, le pegan a pobres diablos más sucios que ellos y fuman todo el tiempo, y agarran coimas de guita seguramente sucia. Porque no hay un cana honesto, seamos sinceros, y siempre dicen lo mismo: arriesgamos la vida por tan poca plata. Y bueno, viejo, ¿qué querés... un monumento en vida? Este Julio no se da ni cuenta de la suerte que tiene su mano roñosa de tocar semejante cuerpazo. Él no es feo, tiene hasta lindo cuerpo, sin culo, puro nervio, sin grasa, pero esa cosa de botón. En veinte años va a ser un cerdo de tanto comer pizza y chupar, si se salva del enfisema pulmonar con tanto pucho. Ella podría aspirar a algo mejor, no digo un empresario, pero no sé, un contador público, un comerciante. Hasta el dueño del súper. No, ese seguro que es casado y le debe tener ganas a Miriam. Si no le sugirió algo o le tocó el culo, mejor que no valga... ¿Y si el trabajo lo consiguió porque se acuesta con el patrón? Nunca se sabe. Selva se dice: soy una malpensada, no tengo que prejuzgar a la gente. ¿Qué...? En un pueblito chiquito como este, donde conseguir trabajo debe ser un milagro... ¿cómo no van a ocurrir esas cosas? Bueno, sería como suponer que las chicas que trabajan todas andan chup... no, no digo eso... chupándole la... no, Selva, basta... para conseguir un puestito, un sueldo. No; basta dije.

Llegaron al cine y Miriam la tomó del brazo. ¿No sacamos entradas? Miriam y Julio le sonrieron mientras pasaban por una puertita del costado. ¡Claro, los canas no pagan nunca nada! Se dio cuenta. No le gustó; ahora ella quedaba como una ventajera, asociada al policía corrupto. No le gustó nada, pero ya estaban adentro, porque

Julio saludó al boletero y el tipo puso cara de resignado. ¿Y la película? Uff, una de artes marciales, ¿qué va a elegir este pibe? Unos chinos que se cagan a golpes todo el tiempo. Claro, a un cana esto debe hasta calentarlo. Sólo los chicos y los canas se entusiasman con estas películas... Por ahí le viene bien a Miriam tenerlo excitado a este brutazo; los tipos son como las criaturas, mientras no sea un abusador, digo, no sé... Bueh, pero fue gratis, porque pagar por esta bazofia sería un dolor. Ma sí, por lo menos paso el rato.

En seguida se dio cuenta de que Miriam se aburría, que sacaba la vista de la pantalla y miraba para los costados. Se cruzaron las miradas y sonrieron sin decir nada. El precio que hay que pagar para tener novio, mi madre... Se acordó del chico aquel con el que había bailado una vez, hacía mucho; el pibe la apretaba, mantenía el cuerpo pegado a su pecho y ella alcanzaba a sentir eso de ahí abajo, el bulto rígido. Y se estiraba para atrás sacando culo, para no sentirlo. ¿Pero quién se piensa que soy este? ¿Una buscona calientabraguetas? Y el pibe dele apretar y bajar la mano por la cintura de ella, atrayéndola para adelante y bajando, casi al borde de la cola la mano. ¡Qué tipo! Con lo que odio a los calentones; parecen animales, che... Y en cuanto pudo lo plantó en medio de la pista, pero el pibe nada: volvió a la carga, la persiguió hasta el bar (estaba re alzado, dijo, y Lili se rió cuando ella le contó, ¿Te perseguía con el pedazo duro?, jajajaja, es bruta esta Lili, una salvaje). Qué pesado; le costó sacárselo de encima. Pero después cuando estuvo sola, se acordaba de esa sensación, del bulto metido contra su cuerpo, ay mamita querida, qué cosa rara, que calor te sube por las piernas, te trepa por el cuerpo...

Salieron del cine como si hubieran llevado a un sobrinito. Julio comentaba los golpes y los chorros de sangre de la pantalla con un entusiasmo que ellas no entendían, o al menos no podían compartir. Miriam dijo de ir a comer pizza; tenía una amiga en un boliche sobre la costanera. “Nos cobra la mitad”. Ahí todo se resolvía con los amigos; “los que pagan son los turistas”, dijo Miriam sonriendo. Era fea la pizzería, unas mesas de fórmica baratas y sillas de caño, duras e incómodas, pero la pizza estaba bien. No sabía si era una impresión de ella o qué, pero Selva creyó que Julio –sentado enfrente y tomando cerveza– la miraba, le clavaba los ojos de un modo raro, feo, como que la estaba desafiando, sacándole las huellas. A estos tipos ¿quién los entiende? La tiene al lado a Miriam, con ese cuerpazo, y me mira de esa forma justo a mí. Creen que las chicas somos como medallas que se van colgando del pecho, y ellos nos tienen que acumular. Qué cosa, no soporto a estos tipos. Por ahí es la costumbre de cana, de mirarte fijo como si te taladrara, pero ella estaba ahí por Miriam. Era

un desubicado el Julio ese.

Ya era tarde; en el aire de la calle flotaba una bruma que ya había mojado todos los coches. La acompañaron hasta la puerta del negocio. Selva quería que se fueran sin verla entrar por el pasillo, pero no hubo caso, esperaron. Y la última mirada que vio Selva fue la de Julio, cuando ella ya estaba metida en la oscuridad del corredor, sintiendo el frío de la humedad del piso, eso que le provocaba un desamparo, una especie de abandono parecido al miedo. Y esos ojos ahí, como fotografiando todo.

19

“Hay una epidemia de piorrea en nuestra comunidad”, dijo el pastor entrándole con vigor a un chinchulín algo elástico. “Nuestra misión también es educar.” La parrilla quedaba sobre la ruta de acceso a Danel, medio oculta por unos sauces raquíticos. Los chichos –que a esta hora daban muestras de cansancio pero no de claudicación– ostentaban notables aureolas de sudor en las axilas de sus camisas. Iban y venían hasta el asador como mediadores entre el mozo y el numen evangélico. Sólo faltaba que probaran la comida, pensó Poli observando la escena. Pero no ocupaban la mesa principal: comían en el mostrador entre viaje y viaje. El reservado era precario: una mesa redonda con mantel de hule, sillas de plástico apilables, sifón, panera igualmente plástica algo engrasada, pero vino de buena calidad. Cornejo tenía a la derecha a un anciano silencioso, su padre, que comía como si aquella fuese la última cena. A la izquierda, un hombre enjuto a nivel cadavérico que apenas probaba bocado: el contador. Un poco más alejada de la tríada, una chica joven, el cabello muy lacio y largo volcado sobre la cara ocultando sus rasgos; la ropa amplia que volvía indescifrable el cuerpo. Mi esposa, había dicho el pastor al presentarla. La chica no había abierto la boca. Parecía bastante más joven que Cornejo, pero era difícil escrutarla por esa actitud huraña. Poli pensó que le tenían prohibido opinar, como si aquella secta tuviese ramificaciones ideológicas del islam.

El pastor masticaba y hablaba a la vez. Su dentadura Kennedy era el centro de la reunión. Le preguntó a Poli si no le parecía buen negocio sumar a la venta de libros el dentífrico (“Es de Miami… muy buena calidad”). A esta altura de la noche y el cansancio, después de varias copas de vino, Poli no puso reparos.

–Nosotros, Leopoldo –dijo con marcada familiaridad Cornejo,

como si Poli ya contara como tropa propia– necesitamos a un hombre práctico como usted... y creo que usted nos necesita a nosotros. Mire... nada es casualidad: alguien le señaló el camino hasta nosotros. Y el Señor premia. A usted le va a ir bien, va a hacer plata porque Él lo quiere.

Sonó contundente el razonamiento:

–Al dinero hay que merecerlo. Yo vivo bien porque Él lo dispuso. Él me recompensa... –dijo señalando el cielo

con el índice.

La chica apenas levantaba ocasionalmente la cabeza del plato, pese a que comía poco, a desgano. Poli alcanzó a ver de perfil el contorno de una boca perfecta: los labios tersos casi dibujados en un breve resuello. Poli imaginó que se aburría, que ya estaba harta de escuchar ese discurso cotidiano. Pero Caty, como le decía Cornejo –la presentó como Catherine– no soltó palabra en toda la noche. Apenas le había extendido a Poli una mano delgada, lánguida y fría. Pese a la noche tan calurosa que humedecía todo, Caty parecía atérmica, excesivamente abrigada con una campera tipo safari dos talles más grandes, y una falda tan amplia que podría haber sido de su madre. Poli pensó que quizá la religión no le permitía mostrar los brazos.

Por la charla posterior, se enteró que estaban casados desde hacía pocos meses y no tenían hijos. Pero no advirtió el menor gesto de afecto entre ellos; cuando salieron de la parrilla, ella caminó detrás como un acólito más. El pastor se despidió con un apretón de manos ampuloso, subió a un Mercedes Benz blanco e impecable que hacía juego con sus zapatos de charol, a su lado se ubicó su padre y detrás, Caty y el contador.

Los Chichos acompañarían a Poli hasta el templo. Se acomodaron apretados en la cabina de la camioneta. Cuando llegaron, Poli advirtió un cambio rotundo: la cúpula plástica de la carpa estaba desparramada en el baldío, como si se hubiese pinchado. Después de las celebraciones, explicó Chicho grande, apagaban los motores que la mantenían inflada. Esa imagen de circo desarmado destacaba la arquitectura basta del cuartucho reservado para Poli.

Le dejaron una llave, acordaron para el día siguiente y los Chichos se hundieron en la negrura de la noche bochornosa de Danel como almas en pena que se desvanecen.

Poli encendió el aire acondicionado, se quitó la ropa pegajosa y cayó dormido sobre la camita exigua. Antes de cerrar los ojos, creyó ver la carita de Juan tratando de entender qué había ocurrido con su padre.

20

Esta arena hinchapelotas, ¿no va a parar nunca? En cambio, ese aire de anoche, esa brisa salada que venía de la costa, como si uno respirara el agua misma del mar mezclada con el oxígeno tan puro; como si se juntaran el campo y el océano en el aire. Refresca a veces a la noche; viene ese vientito y cambia la atmósfera, frío como fría, helada debe estar el agua a esa hora. ¿Quién se mete en el mar a la noche? Debe ser como congelarse… un día me voy a meter al agua, pero de día y no muy lejos de la playa, que esas olas enormes dan un miedo… Qué fuerte que es el océano, fortísimo como un gigante que se desparrama sobre la tierra y ocupa todo lo que le permite ese cuerpo inmenso de monstruo… ay mamita, que cagazo la profundidad, el fondo del mar que te atrapa y te come, te devora como un pulpo, una ballena, un tiburón asesino que te mastica las partes, y los tiburones dicen que no duermen nunca, con esa mirada jodida, como los ojos de yuta de Julio que me quería devorar anoche mismo, el guacho, fanfarrón y de prepo, como todos los canas… ¿la tendrá grande el Julio ese? ¿Le gustará a Miriam que se la meta? Porque seguro que lo hacen; ella es piola y a él se le nota lo calentón. Me odio cuando pienso estas cosas, cosas de puta, de lo que no voy a ser jamás, te juro mami, te juro que no. Pero pensarlo no le hace mal a nadie. ¿Qué se sentirá? Eso me intriga, y no lo digo como una perra alzada, lo pienso como mujer. ¿Cómo será esa sensación? ¿Yo lo habré mirado de algún modo… provocativo? ¿Lo habré desafiado, se me habrá escapado alguna mirada así? Ay, diosito mío, jurame que no. Jurame que no y yo te aseguro que la voy a guardar entre algodones para hacerlo sólo por amor, con alguien que quiera y me quiera. Qué difícil es ser mujer en un mundo hecho por los hombres. Y lo peor de todo es que una sueña, y sueña siempre esas cosas terribles para después despertarse húmeda, toda mojadita ahí abajo… ni que durante la noche el mar se hubiera colado en el local, de a poquito, gota a gota por debajo de la puerta, hasta llegar a la cama, pero caliente.

Ahora lo único que se mete, que se sigue filtrando con el viento, es esta arena. Bueno, Selvi: a barrer de nuevo. Hombres…

21

Lo despertó el contador, un tipo riguroso que parecía insensible, con esas delgadeces que remiten a alguna enfermedad maligna. Poli se vistió a desgano. El tipo fue a los papeles: le extendió una lista de nombres y domicilios, otra de precios, especificó sus comisiones por cada venta, le hizo firmar remitos con el material que le entregaba y con la misma cara de póquer se retiró aclarándole que debía rendirle cuentas a él. Poli se sintió perdido, sin saber para dónde arrancar. "Un café primero", se dijo. Cargó la camioneta con las cajas. Eran las nueve y ya estaba sudando. Cuando se disponía a salir, escuchó los golpes tímidos en la puerta de chapa.

–Pensé que por ahí quería tomar mate, no sé si...

El pelo le seguía ocultando la cara, pero una brisa leve y caliente le hamacaba el flequillo largo, descubriéndole unos ojos color miel que no sostenían la mirada. Traía un termo y un bolsito; la blusa holgada de mangas cortas le permitió a Poli ver unos brazos muy blancos y delgados que parecían nunca haber recibido el sol.

–Disculpame... no recuerdo tu nombre.

–Caty... Catherine, bah.

Se sintió torpe; no sabía si hacerla pasar o recibirle el termo y agradecer.

–¿Tomás conmigo? –se atrevió a preguntar.

Ella dudó y giró la cabeza nerviosa, como si verificara que no la hubiesen seguido. "Esto es parte de la maniobra de Cornejo –calculó Poli– es una puesta en escena. Me deben estar contando las costillas: los Chichos, el contador, la piba..."

Ella entró con una premura que a Poli le resultó llamativa, y cerró la puerta. Se sentó en el sillón del pastor con las manos debajo de la mesa, como protegida. Poli advirtió que llevaba un pantalón ancho, y trató de evitar mirarle la boca o los ojos, lo poco que quedaba al descubierto. Caty no tendría más de veinticinco años; pero su actitud la hacía parecer más chica.

Él tomó la iniciativa y preparó el mate. Caty no se movió.

–Ahora tenemos un curso para jóvenes –le aclaró con una voz apagada y recelosa, como una advertencia.

–Tomo un par de mates y me voy. Tengo mucho trabajo. Te agradezco la molestia, de todos modos... y agradecele a Cornejo –aclaró como marcando su lugar en la empresa evangélica.

–¿Qué le pasó en la frente?

–Nada; accidente doméstico –soltó Poli sin pensar.

Ella se aproximó de a poco y extendió los dedos como si fuera a rozarlo, pero se detuvo.

Cuando se llevó la bombilla a la boca, Poli fijó la mirada en ese

contacto, en los labios levemente respingados y los dientes blanquísimos, casi de leche. Caty le parecía una imagen de extremada pureza en ese ambiente contaminado de iglesia turbia. Permanecieron en silencio hasta que Poli habló:

–¿Sos de Danel?

–No. Soy de Alfaro. Cerca...

–¿Ahí lo conociste a...? –no supo si decir "tu marido", "el pastor" o "Cornejo".

–¿A Velmar? Sí, en una gira evangélica.

El término a Poli le sonó a revoloteo de ángeles en un fresco renacentista, o mejor a pintura naif. Se imaginó la gira como esos antiguos loteos de terrenos, cuando llevaban a la gente en bañaderas hasta un campo raso, con banderitas rojas; pero en vez de lotes, estos vendían un paraíso en la próxima vida.

–¿Hace mucho?

–Siete, ocho meses.

–Poco.

Ella no contestó. Él tuvo la impresión de que Caty era una especie de cautiva; que Cornejo la había alzado del campo, le había lavado el cerebro con cuatro frases y un Mercedes Benz, y ahora ella era rehén del pastor.

Hasta dudó de que estuvieran casados.

–¿Me ayuda a inflar la carpa? –dijo con miedo y sin animarse a tutearlo.

Poli encendió los ventiladores siguiendo las instrucciones de la chica, y el plástico azul de la carpa empezó a estirarse como un animal que despierta. No supo cómo despedirse; le salió el gesto incómodo de extenderle la mano poniendo distancia. Se sintió tonto, anacrónico, y se puso en marcha huyendo del cuartito.

–No se preocupe; después yo cierro –alcanzó a decirle Caty, que pareció quedarse cortada de pronto, como si quisiera decir algo más y no se atreviese.

Paró a tomar un café en el Excélsior. Sentado solo contra la vidriera encristalada, miró hacia la farmacia, semioculta por la vegetación de la plaza. Repasó la lista que le diera el contador, consultó algunas calles con el mozo, y se puso en marcha.

Las calles se hacían de tierra, el sol había convertido la cabina de la camioneta en un horno. Llegó muy rápido al barrio La Orilla. En la zona tenía varios candidatos: casas sin número, calles que pocos conocían.

Golpeó en el primer rancho, en el segundo: el nombre de la iglesia iba derrumbando puerta tras puerta, cortinas de tela gastada. Presintió

que muchos lo creían pastor, cura o algo por el estilo. A las tres horas, cuando el calor del mediodía ya rajaba la tierra, llevaba vendidos diez testamentos, quince tubos de dentífrico evangélico y una enciclopedia de las suyas. Sentía la garganta seca y el bulto de los billetes cochambrosos en el bolsillo. Pensó que ese calor instalado entre el cuerpo y la ropa, la tela caliente del bolsillo, podía mojar y derretir los billetes. Quizá, si Dios existía, fuese un castigo divino por engañar a los pobres en nombre de Velmar Cornejo, por quitarles con tanta facilidad el dinero. Como vendedor profesional sabía, y acababa de corroborar, que los pobres gastan lo que tienen, que es fácil entusiasmarlos.

Él había cumplido su parte del trato; no le correspondía meditar sobre el rol de engranaje capitalista que le tocaba. La plata es plata, venga de donde viniere, meditó. Y satisfecho, volvió para el centro del pueblo.

22

Waldo no aparece. Pidió la llamada por cobrar y se la rechazaron. Por ahí no está, por ahí me atendió una empleada que no me conoce. Si él mismo me dijo que lo llamara. Los “servis” ya pasaron todos: el de la vidriera, el electricista, todos. Hasta el plomero, que le emparchó un poco el calefón (“No da más esto, nena, pero un poquito de agua va a calentar, hasta que se muera para siempre”, le dijo el tipo como un médico). Está todo listo, pero la mercadería no aparece, ni los empleados. Faltan diez guitas p’ al mango, como dicen, pero del mango ni noticias (“¿O el poncho no aparece, dice el refrán?”). No lo entiendo a este tipo: tiene todo instalado y no arranca. ¿Habrá tenido algún problema?

¿Y si no me paga? Pero cuando fue al banco a averiguar, el sueldo estaba. No le iba a alcanzar para mucho, pero Waldo había cumplido. Le dio tranquilidad salir con los billetes en el bolsillo, como si le calmara esa cuestión de sentirse abandonada (uy, el tango: “Angustia, de sentirme abandonado y pensar que otro a su lado...”, pero qué cosa, siempre el que cuenta la historia en los tangos es un tipo; las mujeres no opinan... Machistas... una se ve obligada a decir “abandonado” o le cambia toda la rima; no va a decir después: “Y pensar que otra a su lada...”, bronca que me da). Siempre esa sensación de que se olvidan de ella, que la dejan varada en el culo del mundo. Bueno, Selvi, hay que conocer cosas nuevas, mente abierta, se alentó. Esta tarde me voy

a la playita, y si hace calor me zambullo en el mar de cabeza y todo. Pero qué desperdicio este local listo, preparadito y vacío; la plata que se está perdiendo de ganar este Waldo mientras los turistas van y vienen por la vereda con la plata en los bolsillos. Hasta alguno intenta abrir la puerta que está siempre cerrada, vienen solos. Los turistas son como chorlitos, unos ingenuotes que quieren gastar todo lo que traen. Y acá las cajas de alfajores Waldo's están todas vacías, y no hay café, pese a la máquina nueva que el técnico ya le enseñó a usar. "Claro, piba, sin café no te lo puedo mostrar bien. Cuando abran vuelvo y te muestro bien...". O sea que el tipo le dejó un conocimiento puramente teórico, Selva conoce la teoría del café exprés, del capuchino y la lágrima, pero le falta la práctica. Hay que joderse, Selvita. Cuando llueve sopa, tenés un tenedor en la mano.

La gente que se toma vacaciones acá es bien de suburbio, de conurbano, como dice el noticiero. Se les nota en la ropa, en lo que compran; son del Gran Buenos Aires, no de la ciudad. Y no son gente pobre, aunque lo que es seguro es que no son ricos: esos autos medio chapuceros, modelos viejos, con la nona y el perro. Carajo, si los dejan se traen al loro, estos. Y se gastan hasta la última chirola; se vuelven con las pelusas en los bolsillos. Cosa de negros, diría Lili, vos fijate los negros: cobran y se gastan todo; el día quince ya están pidiendo anticipo, viven a cuenta; el ahorro no hay caso, no les entra en la cabeza. Pero Lili, por más que ahorren, con lo que ganan no van a llegar muy lejos, ¿no? Igual, es un problema de educación, dice ella que se pone en maestra Ciruela de "el ahorro es la base de la fortuna", como el lema que le enseñaron cuando era chiquita. Mi viejo se rompió el lomo, por eso tenemos casa –cuando dice esto ya está brotada, colorada como papel de cohete– y si había que tomar sopa todas las noches como único plato, se tomaba y al sobre, qué joder... por eso este país nunca va a progresar; por los negros. Negra me pondría de café acá, si hubiera. Esas noches que refresca, con ese vientito del mar, me tomaría dos, ¡qué dos! ¡diez cafés me tomaría! Total Waldo ni se avivaría.

Ay, Waldo, ¿cuándo vas a mandar las cosas, Waldito?

23

La noche anterior había advertido la sorpresa en el gesto del contador ("Bien, muy bien", dijo el tipo impasible cuando vio el dinero). Y recibió su parte. La sorpresa prosiguió en La Tablita,

cuando colocó dos diccionarios y una enciclopedia casi sin proponérselo, entre porciones de vacío y entraña. Lo sorpresivo ahora, a la mañana siguiente, fue el regreso de Caty. La actitud era más relajada: cuando Poli abrió la puerta del cuartito apenas con el pantalón, ella no retrocedió. Entró decidida y se puso a preparar el mate, concentrada en la calabaza, incluso más locuaz.

–¿Usted es casado, Leopoldo?

Por primera vez lo llamaba por su nombre y se interesaba en su vida.

Dudó Poli hasta responder:

–Bueno, lo fui hasta hace poco... casi nada.

–¿Se separó? –interrogó de nuevo ella con un tono más franco, pero se arrepintió de inmediato–. Disculpe, no quería meterme...

–No hay problema, Caty... sí, de hecho estoy separado.

–¿Llevaba muchos años de casado?

–Muchos.

–El matrimonio es... –suspiró y se quedó en silencio, como si fuera a soltar algo inadecuado–. No sé, soy nueva en esto.

Poli advirtió que llevaba un pantalón ajustado, nada provocativo, pero extraño para su indumentaria habitual.

Los brazos seguían desnudos. Poli sorbía de la bombilla observando los nudos fibrosos de sus codos y de los hombros, la textura delgada y elástica de los músculos y la piel tan tersa. Mirándola así, en silencio, pensó queesa noche debía visitar a su amiga farmacéutica.

El día fue fructífero de nuevo: vendió más aún que el anterior y advirtió que le iban quedando pocas enciclopedias y diccionarios de los suyos. Los dentífricos evangélicos volaban y le dejaban más plata que los testamentos y cancioneros. A la nochecita tomó cerveza con el viejo Quaglia en una mesa puesta en la vereda del Excélsior; el calor era ominoso.

–Ya lo veo más afincado –dijo el viejo con gesto ladino.

–Y, cuando los negocios empiezan a funcionar uno se pone dulce, se relaja.

No le había contado nada al viejo, pero pronto se dio cuenta de que allí no hacía falta.

–Mire, usted es grande y debe saber cuidarse... –tomó un trago profundo–, pero cuídese del pastor ese. No huele bien.

A Poli le asombró la velocidad de las noticias, antes de interrogar al viejo:

–Quaglia... cuénteme qué sabe, dele...

–Poca cosa. El tipo no es del pueblo; montó todo ese circo,

mucho coche. Alquiló un caserón en las afueras.

Usted sabe que esa plata siempre es dudosa.

–Se la da la gente.

–Demasiada plata para venir de los pobres.

–Bueno, yo no hago nada deshonesto.

–Pero vio como son esas cosas. Cuando se pudre algo, muchos quedan pegados.

Siguieron conversando hasta que el viejo recogió la pierna tullida y se despidió. Poli se quedó pensando en su advertencia. La plata le había llegado demasiado fácil, pero tampoco era tanto. Si la cosa seguía así, en un par de semanas podía hacer una buena diferencia para volverse. ¿Pero volver a dónde? ¿A vivir con Cid? Empezó a calcular que, en cierto modo, había quemado las naves, que para atrás sólo quedaba Juan, lejos, muy lejos. Terminó la cerveza y cruzó la plaza.

La farmacia estaba cerrada; la luz del piso superior al local, también. Ahí no había nada que hacer esa noche.

Subió a la camioneta y, a marcha lenta, volvió al cuartito.

Todo siguió aproximadamente idéntico en los días sucesivos: las ventas en aumento tanto como el calor, el contador satisfecho y la plata sobada engordándole el bolsillo. El pastor aparecía solamente cuando había alguna ceremonia en el templo inflable; pero Poli, quizá influenciado por las palabras del viejo, trató de no cruzárselo.

Lo único que se había ido modificando diariamente, era la presencia de Caty. Ahora lo tuteaba, estaba más suelta; le traía factura caliente de la panadería, se reía y hasta había cambiado el peinado mostrando más la cara. Pero dos datos peculiares le resultaron a Poli inquietantes: Caty ahora se maquillaba, levemente, apenas, pero lo hacía. Y la mañana que apareció con una falda corta, mostrando las piernas, Poli pensó que esas conversaciones matutinas habían logrado hacerla entrar en confianza.

Esa mañana, en un pase del mate, Poli le tomó la mano. Fue casi accidental, como si no hubiera espacio disponible en la calabaza, pero Poli mantuvo un instante los dedos así, encimados sobre los de ella. Y Caty, en ese preciso instante, lo miró a los ojos como nunca antes lo había mirado, seria, pero sin bajar la vista ni retirar la mano. Y Poli se aproximó a la piel de esa cara tan tersa, fragante, y estuvo a punto de besarla, pero se quedó tieso como una caja de biblias, sin retroceder ni avanzar, hipnotizado por esos ojos de caramelo de miel, medio

aindiados, medio gringos, como la piel. Y decidió en ese mismo momento que no iba a hacer nada si ella no avanzaba. Y Caty, que ahora no temblaba, dudó en ese instante flamígero en que se puede quebrar un cristal o precipitar en el infierno con que siempre amenazaba Velmar Cornejo a su grey, el marido pastor. La escena quedó congelada durante un tiempo imposible de determinar para ellos, pero les pareció mucho, y luego, como poniendo en marcha una máquina monótona, como los motores que inflaban la carpa, siguió el curso habitua de las circunstancias, pero dejando una marca, un hito inolvidable que ambos –Poli, Caty– se llevaron consigo por el resto del día, hormigueante, férvido como el sol de Danel, pero desde adentro.

Nada de lo que ocurrió luego pudo desviar la mente de Poli de esa escena. No dejó de hacer lo suyo, ya mecanizado, pero empezó a pensar que la lista de clientescreyentes se le iba acabando e ignoraba qué iba a pasar después de enchufarle tanto testamento y tanto dentífrico a esa gente. Pensó en realidad que quería seguir viéndola a ella cada mañana, que compartir esa bombilla era tan sensual como penetrarla, y paradójicamente, era la única aproximación posible entre ellos, habitantes de galaxias apenas tangentes, de historias y épocas tan diversas. Pero, ¿cuánto tiempo podía prolongarse esa situación?

Debía calmarse, meditó echándole hielo al pensamiento. Esa historia podía mandar todo al diablo (al maléfico, hubiera dicho el pastor), y acabar con la breve estabilidad que había conseguido sudando tanto, desprendiéndose de todo. Ahora tenía un cuartito con aire acondicionado, un baño escueto donde la ducha apuntaba al inodoro (podía ducharse sentado), y un trabajo. Todo lo había conseguido en poco tiempo, aunque fuese precario, como si aquello le mostrara la posibilidad cierta de una salida.

Hacia la nochecita, advirtió que la farmacia permanecía abierta y la buscó a Elsie Vogelmann. Ahora iba por carne, pero quizá también por una caricia. Apenas entró, ella cerró la persiana. No habló mientras comenzaba a revisarlo con mayor detenimiento en la camilla de las inyecciones; se detuvo en cada detalle con su boca caliente de tabaco rubio. Se desnudaron casi al oscuro, lo que ayudó a Poli –que igual cerraba los ojos– a imaginar otro cuerpo, mucho más joven, una piel más tersa. Elsie condujo la acción con actitud de geisha, de mujer destinada a procurar placer más que a recibirlo, y a recoger en ese revoleo lo que consentían entregarle. Fue un ritual pausado, meticuloso. Y cuando Poli finalmente abrió los ojos, después del último espasmo, sólo observó las aspas en lo alto del antiguo ventilador de techo.

–Volviste –dijo Elsie. Y él se quedó callado.

24

¿Quién habrá sido el primer tipo que vino hasta acá y se le ocurrió levantar una casa? Traerse los ladrillos, las chapas, la madera, bueno, arena no, arena tiene tanta como la que se necesitaría para construir un puente hasta el África. Son medio pobrecitas las casas, todas cuadradas, pijoteras; demasiado cemento y las ventanitas muy chicas. Casas de albañil, sin un miserable diseño previo, un plano elemental, hechas a los ponchazos los fines de semana por el padre, el hijo, el tío y un amigo del tío, que seguro se vinieron a pescar, se mandaron un asado, se pusieron en pedo con vino berreta y después las paredes les quedaron todas chingadas, más feas que no sé qué. El alcohol es un castigo social para esa gente, una maldición que tira por la borda las mejores intenciones (¿se dirá "por la borda" cuando el mar está tan cerca?). Hasta les caga las casas. Si tuviera una mía yo le agrandaría las ventanas, mucha luz y naturaleza, que el mar y el aire puro se metan por todos lados. Y una estufa enorme para el invierno, porque esto debe ser el polo en invierno y de noche. Debe dar miedo el invierno acá, todo vacío; miedo de meterse en la cama y que mientras una duerme el mar crezca y se lo lleva todo, todo lo que una construyó con tanto sacrificio, aunque lo haya construido como el culo y en pedo. Todo ese trabajo de venirse en una chatita a veinte por la ruta, cargada hasta las tetas, como dice Lili –qué bruta, esta Lili, pero tiene gracia– romperse el lomo apilando ladrillos, quemarse las manos con cal que las deja hechas una lija... esa pobre gente después no puede ni acariciar la mejilla del hijo que le arranca un pedazo. Y ni hablar de las partes... una mano de esas te deja unas marcas que ni que te hubiera agarrado una bestia bruta. Ay... ¿cómo será que te agarre una bestia bruta? Debe doler; una de las chicas de la oficina decía siempre: donde empieza el dolor, se acaba el placer, pero las otras se le reían: ma' sí, vos mandame a la bestia que yo te la amanso. Porque hay tipos que deben ser blanditos en la cama, medio delicaditos. Que esto no, que aquello tampoco. Ni que fueran mujeres. Pero tampoco un animal que te lastime. Eso ni loca.

Pero bueno, si crece el mar mientras una duerme y se lleva todo, debe ser como un sueño que no da tiempo ni para gritar, ni para sufrir. Ya bastante se sufre despierta. Y una podría abrir los ojos de golpe y estar en el fondo del océano, rodeada de peces, de estrellas y caballitos de mar, y dando vueltas, revolteando, las cajas vacías de alfajores Waldo's.

a ropa que ella traía puesta, a la mañana siguiente, no contribuía para tomar distancia. Había sido un proceso paulatino desde la primera visita hasta esa blusita rosa de tela tan liviana, atada sobre los hombros, que dejaba el ombligo al aire, algo escotada, marcando unos pechos duros que, calculó Poli, excederían un poco el tamaño de sus manos ahuecadas. La pollerita de jean brevísima que mostraba esos muslos torneados, las sandalias que desnudaban los pies huesudos, todo nervio; carne magra de la que recomiendan todos los regímenes, proteína pura sin hidratos de carbono. Y el cabello cepillado que ahora despejaba la cara, esa trompita pronunciada, desafiante, el cutis límpido.

Y habían cambiado los gestos, el modo, las palabras, el trato, todo había acortado el itinerario que iba de las manos al mate, de la bombilla a la boca, los dedos en ese roce abrasador. Poli no podía creer que a los cincuenta años temblara frente a una chica que a lo sumo tendría la mitad, que podía ser largamente su hija.

Ella, a los tropezones, como soltando recuerdos, había empezado a contarle su historia. Se había criado en el campo, con sus abuelos, hija de un polaco camionero y una madre medio mocoví que, antes de irse a la ciudad, se la había confiado a sus padres y pocas veces había vuelto. De esa mezcla venía esa piel, el cabello y los ojos, como si recogiera lo mejor de la herencia. Caty había hecho la escuela primaria y algo del secundario en Alfaro y, por lo que infería Poli, se había casado virgen con Cornejo. De todos modos, no parecía ingenua ahora como la primera noche en que la había visto en la parrilla.

Velmar me tuvo paciencia –soltó en algún momento confesional–. Es muy bueno conmigo, me da todos los gustos –dijo como quien paga una deuda.

–¿Y de qué charlás con los jóvenes?

–Les cuento historias bíblicas.

A partir de ese momento, Caty empezó a referirle nombres y relatos de patriarcas y profetas, numerando versículos, de Job a Lot, de Josué a Saúl, como quien recita una lección meticulosamente aprendida. Poli la dejó hablar, pero cuando le devolvió el mate le tomó la mano con la suya. Ella quedó paralizada, mirándolo muy fijo a los ojos, como pidiendo piedad pero, a la vez, suplicando que no la soltara. En ese instante, Poli recordó que no iba a hacer nada, que no iba a tomar la iniciativa sino hasta que ella se lo pidiera. Que el límite que acababa

de establecer para que ocurriera algo, era ese: el pedido de ella, la decisión de Caty, no la suya, una frontera difícil de atravesar. Pero presintió que no

podía hacer menos que eso, que cederle la vanguardia, la ofensiva, era su límite. Aunque sólo lo supieran ellos dos. Si todo se precipitaba, si se iba al carajo ese flamante trabajo, alojamiento y contención, debía ser bajo esa premisa.

Le soltó los dedos y casi no pudo sostenerle la mirada. Se preparó para partir.

–Decime, ¿van a otros pueblos también? –preguntó cambiando de tema. Sabía que con ello se mostraba esquivo e interesado, como para tomar distancia y enfriar el clima tenso.

–Sí. Siempre hacemos giras por la zona.

Poli quiso borrar de su mente todas las fantasías y pensar sólo en dinero, en lo que necesitaba para hacer una diferencia y marcharse de una vez de Danel. Cuando salió de la oficina, la ola de calor lo golpeó como una maza, como si ese clima vil dejara a la gente adherida para siempre al pueblo. Y se acordó del papel matamoscas que se usaba cuando él era pibe, ese que dejaba los bichos pegados. Con esfuerzo, como luchando contra su naturaleza, se puso en marcha.

A las dos horas advirtió que había agotado los diccionarios, y que le quedaban pocas enciclopedias. Era probable que al finalizar la jornada ya se convirtiese en vendedor exclusivo de productos evangélicos. A mediodía, de vuelta en el centro del pueblo, se metió en un locutorio y empezó a llamar a Buenos Aires. Alguno de sus contactos le podía tirar una soga.

“Todo bien con vos, Leopoldo, no lo tomés a mal; pero tenés que mandar primero la guita. Sin guita no sale ni un almanaque al interior.” La respuesta, con palabras aproximadas a esas, se repitió un par de veces. “Nadie confía en nadie, Poli. Todos somos buenos, pero plata en mano, culo en tierra”, le recordó el amigo. Salió del locutorio pensando que para pagar cierta cantidad significativa de libros, todavía estaba lejos, lo que lo hacía depender de lleno de Cornejo, algo que pretendía evitar. “Los huevos, todos en distintas canastas”, era una de las máximas que recordaba del ABC del comercio.

Esa tarde se reunió con el pastor. Había acomodado las cosas en el cuartito de modo que Cornejo no sospechara una apropiación. El tipo entró con una sonrisa excesiva e impostada:

–¡Muy bien, Leopoldo, pero que muy bien! Así se hacen las cosas.

No se atrevió a agradecer. La satisfacción de Velmar Cornejo le

pareció de usurero, no de cura, y ponía a las claras las pautas del acuerdo, pese a que el tipo dijo:

–Esto va a derramar mucha bendición, mucha bienaventuranza sobre nosotros.

Si la plata era el anuncio de la buenaventura, la bendición misma –para el pastor– debía ser algo superior, la vida eterna, el paraíso. Este tipo de cosas pensaba Poli mientras procuraba atar el razonamiento teológico con la praxis comercial, eso que a Cornejo le salía tan fluidamente.

–Tenemos algo... espectacular –dijo Cornejo con tono sibilino, secreteándole–. Un proyecto muy importante. Mañana no vamos a reunir con la persona que se va a asociar con nosotros en esto. Y quiero que usted esté ahí desde el vamos. Necesito gente de confianza, con energía, con sed de gloria, como usted Leopoldo.

Lo invitó a comer a solas en la parrilla de costumbre. Cuando Poli puso la espalda en el asiento de cuero del Mercedes climatizado, y advirtió las imágenes del pueblo a través de los cristales polarizados, trató de explicarse cómo se veía Danel desde allí, no cagándose de calor en su camioneta, cargando cajas de libros y cremas dentales. Desde esa cabina acondicionada, Cornejo veía negocios posibles, modos de sacarle la plata a la gente; plata pobre, plata que quemaba e individualmente no solucionaba nada, plata que Cornejo se encargaba de juntar de a billete, pesito por pesito, un catalizador del ahorro popular, eso era el pastor, el que les juntaba las cabezas a las ovejas y las trasquilaba amablemente.

–Hay un muchacho del pueblo, Silva, que en otra época tuvo problemas acá. Se fue durante algún tiempo hasta que se calmó la cosa, y ahora tiene un proyecto que nos interesa. No lo puede hacer solo, nos necesita, por eso me asocié con él. Va a ser un emprendimiento importante para toda la provincia, para el país, una revolución. Y nos van a querer comprar el negocio de todas partes. Yo invierto mucha mosca en esto, Leopoldo, mucha –subrayó– y espero un retorno importante. Hay gente de afuera que me respalda.

Poli escuchaba intrigado. Lo de la “gente de afuera” hizo que se acordara del comentario de Quaglia. Este Cornejo bien podría estar lavando plata extranjera, de la droga, de armas, vaya a saberse de dónde. Si el proyecto era tan grande ya no se trataba de dentífricos.

–A ver, dígame, ¿qué es lo primero que se nota cuando se llega a Danel? Lo primero, dígame...

–No sé... un pueblo tranquilo.

–No, no digo del paisaje; sensaciones, dígame sensaciones.

Poli se rió:

–Un calor de órdago.

—¡Eso! Calor, un calor infernal, insoportable, esa es la sensación. ¿Vio lo que es el verano acá? Imagínese, si es así ahora, en verano la gente se cae achicharrada. Ni río hay. Está ese balneario municipal, una mugre, medio abandonado. A este pueblo le hace falta un mar.

Poli lo miró con curiosidad. O el tipo estaba loco o se creía capaz de hacer un milagro de proyección bíblica.

—...y como el mar no se lo podemos traer hasta acá, se lo vamos a fabricar —Cornejo le extendió unos folletos que llevaba en el maletín. Estaban en japonés, coreano o algo por el estilo, pero se veían fotos a color de una playa acotada, como entre paredes, gente en malla, orientales sonrientes en reposeras, bajo sombrillas, o flotando en el agua sobre un salvavidas.

—¿Qué es? ¿una pileta?

—Error... es un mar. ¿No ve que hay olas? En este pueblo, el noventa por ciento de la gente nunca vio el mar, ¿sabía? Acá —dijo señalando con un dedo gordo, con la uña larga laqueada— acá van unas turbinas que producen el oleaje. Es un estanque enorme de agua sa-

lada ¡pero con olas! ¿Se da cuenta? Un sistema coreano, único; solamente existen tres de estas funcionando en el mundo. Y alrededor de esto se instala toda una serie de negocios.

—Y este hombre, Silva, ¿qué aporta?

—El lugar. La fábrica de calderas. Como es amigo del intendente, consigue una cesión por veinte años... gratis.

Lógico, hay que adornar gente, pero en los papeles es gratis. Es el lugar ideal. Hace años que está cerrada, pero la estructura nos viene al pelo. ¿Usted se imagina que alguien de Danel, o de un pueblo vecino, pueda venir veranear aquí? Van a querer venir de todas partes, y nosotros nos vamos a llenar de guita. Encima, calcule lo que va a significar para el pueblo: ellos ponen la obra civil. Al intendente le van a hacer una estatua en la plaza, una estatua ecuestre...

—O en un salvavidas de patito —se le escapó a Poli con una carcajada extemporánea; pero Cornejo hizo como que no lo había escuchado.

—Oiga, Leopoldo, esto es muy grosso... yo me juego todo el resto ¿se da cuenta? —acentuó con cierto nerviosismo.

Poli se puso serio de golpe y asintió con la cabeza.

Llegaron a la parrilla. Sentado en una mesa sobre la vidriera, Poli observó al tipo de pelo largo. Cuando se aproximaron, advirtió la piel arrugada de la cara, como trajinada, que no coincidía con ese cabello. Tenía cara de tránsfuga pero gastado, como si viniera agotado de mucha andanza fallida. Se paró y sonrió con una sonrisa amarillenta,

piorreica, que a Poli le hizo recordar el dentífrico celestial y la cruzada de Cornejo por la salud dentaria.

26

Media mañana. Toma mate sola en el fondo del salón, cuando ve la cara de Nahuel en el vidrio. Simpático el pibe –y no está nada mal– piensa para adentro y se arrepiente de inmediato. A ver si este cree que una le da calce porque anda necesitada... Y para qué engañarse tampoco; necesitada como precisa una virgencita de Itatí, como yo, pero no para entregarle el regalito al primer pendejo alzado que asome en la vidriera. ¡Qué simpático, la carita de nene que pone! Es un pollito mojado, tan flaquito, pero puro nervio, esos bracitos, y el cuello marcado como si tuviera cables por dentro. Le mordería un poco el cuellito. Pero estos pibes son todos unos arrebatados: les das un cachito de calce y ya se están bajando los pantalones. ¡Qué cosa! Son todos iguales, cortados por la misma...

¿Qué? ¿Qué quiere decir con ese gesto? Pará que salgo. Selva da la vuelta por el pasillo y se arregla el pelo mientras avanza hacia la vereda. Que si querés ir a la playa a la siesta. Duda, Selva duda (nunca hay que decir que sí de entrada, porque te malinterpretan los guachitos estos). Duda pero quiere, y afloja:

–Sí, pero acá nomás, ¿eh? Nada de irnos muy lejos que tengo que hacer después.

–Si no hay nadie. Ni siquiera inauguraron. ¿Qué tenés que hacer?

Selva piensa, busca una excusa. Sabe que Nahuel tiene razón.

–Mantener las cosas, qué te pensás... Para eso me pagan; para que todo esté listo. Quien te dice mañana o pasado llega la mercadería, y todo tiene que estar preparado. No hay que demorar un minuto y empezar a atender.

–Vos perdoname, Selvi, pero la temporada ya empezó hace rato. No sé qué negocio va a ser abrir el boliche tan tarde. ¿Estás segura que este tipo va a abrir?

–¡¿Y cómo no?! ¿O te pensás que Waldo es idiota y va a montar todo esto para no hacer nada?

–No sé. Hay tipos que lavan guita, que tienen que justificar gastos y arman cosas así de mentirita.

Selva se quedó pensando. Nunca se le había ocurrido eso de “lavar

guita". ¿Cómo se lava la guita? ¿Con detergente? ¿Ella misma sería parte de una maniobra financiera del gordo Waldo? ¿Sería una lavadora de guita sin darse cuenta? ¿La vendría a buscar la policía, la De Ge I, la DEA? ¿No habrá algo de drogas atrás de todo esto? Recordó una peli de mafiosos que tenían unos negocios de fachada para ocultar un asunto pesado. Pero Waldo, con esa carita, no iba a ser un mafioso, un traficante internacional de estupefacientes. Le había parecido un tipo común, cualunque, honesto. Pensaba en eso cuando la interrumpió la pregunta de Nahuel:

–¿Vos lo conocés al dueño de esto? ¿Sabés bien a qué se dedica?

Selva dudó otra vez. Ya podía dudar de todo, porque cuando la sospecha se mete así, como la arena por debajo de la puerta, parece que el mundo se viene abajo. La desconfianza es de lo peor, se te mete como un virus que no deja nada en pie.

–Y, es comerciante. ¿Qué va a ser? En este país todos los tipos que tienen plata son comerciantes. Mirá, mejor vamos a la playa a la siesta y listo, ¿de acuerdo?

–Bueh, te paso a buscar a las dos –sonrió Nahuel entre pícaro y contento.

–Che... no pienses cosas raras, ¿eh? A la playa dije... como amigos.

–Claro, Selvi... ¿qué te creíste?

27

La charla transcurrió en cierto código y a Poli, por momentos, le parecía encriptada. Como si los socios ya hubieran desarrollado un argot misterioso para un negocio del mismo calibre. Pero sonaban entusiastas, más contenido Silva, quizá por ese rictus de batallas perdidas que no se le borraba. Empleaba un tono gutural para soltar las palabras mirando hacia abajo. Poli imaginó en ello un modo carcelario; se mantuvo al margen pero atento a los detalles. Hablaron de maquinarias, obras, personal, como dos grandes empresarios, paradójicamente instalados en una parrilla mistonga. Poli pensó que ese tipo –Silva– no tenía un peso; que si en ese mismo momento lo daban vuelta, no le caería ni pelusa de los bolsillos; que difícilmente pudiera pagar la comida. Se había cruzado muchas veces con tipos así: grandes proyectos, emprendimientos excesivos, y ni una moneda en el bolsillo. Si cada uno de esos hubiese tenido un financista –pensó– el mundo sería otro, quizá mucho peor, se consoló.

Cornejo habló elogiosamente de Poli, en exceso. Fue un palabrerío impostado, como mostrándole al otro las virtudes de la tropa propia. En tanto, Poli reflexionaba sobre su papel allí. Él nunca iba a ser de esos tipos, aventureros o temerarios, que diseñaban negocios. Ni siquiera como viajante libre, como ahora, rematando los libros que había rescatado. Se daba cuenta de que muchos de los que hacían plata de la nada en este país tenían esa particularidad, esa osadía que a él lo superaba. Ni siquiera estaba seguro de ser un buen vendedor. Recordó en ese instante uno de aquellos cursos de capacitación a los que lo había enviado la editorial. El tipo que hablaba –gordo, sesentón, de traje anticuado y visiblemente incómodo– parecía haberse pasado la vida en la calle, tocando timbres, haciendo antesala, sonriendo con impostura, con el culo plano de tantos autos y colectivos. Estaba de vuelta y ahora parecía volcar su experiencia instruyendo novatos. “La venta, muchachos –decía el tipo del cual Poli se había olvidado el nombre, pero no detalles de su aspecto– la venta es un acto emocional, afectivo. El que se vende es uno; nunca el producto. Si uno ofrece algo relativamente bueno y a buen precio, uno no vende... le compran. Vendedor es otra cosa, es el que coloca lo imposible, por que lo compran ‘a él’, no al producto. El cliente les está mirando la jeta, les relojea la ropa, el pelo; los huele, escucha el tono de voz, las palabras que se emplean. Eso es lo que se vende; lo otro es secundario. La venta es seducción, es levante... Por eso un vendedor de verdad, vende cualquier cosa: seguros o lanchas, lo que se proponga. Pero para eso tiene que serlo, que tener un discurso adecuado para cada cliente. El vendedor es un actor consumado; un mago que saca conejos de la galera para todos los gustos. Y un buen vendedor, obviamente, hace guita. Jamás le crean a un vendedor pobre; el vendedor de verdad vende siempre, en la peor empresa, en las peores condiciones, porque su producto no es lo que lleva en la valija.” Después de escuchar aquella teoría, Poli recordaba que les habían pasado una película titulada *Los siete pasos de la venta*, un video doblado con ejemplos para infradotados. Y recordó que la sala se había oscurecido para la proyección, mientras él seguía pensando en las palabras del experto, en el acto afectivo. Y dudaba seriamente de si servía para ese trabajo. Pero en el estrecho margen de posibilidades, era lo que tenía. Unas veces mejor, muchas peor. Sabía que no era “ese” vendedor profesional que encomiaba el hombre; que estaba a kilómetros y años de distancia de serlo. De alguna manera se las había arreglado para vivir así (y la memoria se le escapó hasta la chata con la verdura, la balanza trucha y su padre).

Esos recuerdos desfilaban detrás de la pupila de sus ojos mientras creía escuchar a Cornejo y a Silva, pero en realidad veía al tipo gordo disertando su credo, veía las naves del mercado heladas en invierno, y

olía la verdura podrida o fragante.

–¿Le parece, Leopoldo? –irrumpió de pronto la voz de Cornejo.

Poli hizo silencio un instante, un tiempo indecible que se prolongó como un vacío cortando la mesa en dos, alejándolo de golpe de esos dos hombres que aguardaban una respuesta; una grieta que partía el espacio que los separaba y se volvía río, océano, un mar de lava hirviente que ya hacía imposible distinguir las caras de sus interlocutores, que lo proyectaba a otro continente, a la antigua corte de Leopoldo I de Habsburgo, donde él, Poli Malachek, seguramente vendería verdura por las calles embarradas de Praga. ¿Cómo sería Praga entonces, ahora? ¿Cómo sería la vida en ese otro mundo?

Asintió con la cabeza. La charla prosiguió.

28

Toma lentamente, masticando cada tanto, una sopa instantánea que le salió grumosa, sentada en la pieza, mirando hacia el patio del fondo. Debe ser el agua de acá que no la disuelve, calcula sin dejar de sorber de la jarra, mirando el borde astillado –el opuesto– que enfrenta sus ojos como un riesgo desafiante, una cuchillada en la loza. Me corto la boca y me desangro, acá encerrada, sola. Y descubren mi cadáver a la semana por el olor a podrido. ¿Será agua de mar la que sale por la canilla? Cada vez que acerca la jarrita a la boca, el humo le enturbia los ojos. Y de golpe se acuerda de Lorna. No sabe por qué, pero el nombre Lorna le brota de la boca, como si burbujeara en la sopa caliente. Lorna, un nombre fino, moderno pero distinguido; la más linda de la clase. Todo el secundario estaba enamorado de ella. Y ella era toda fina; con ese caserón descomunal en donde vivían los ingleses, los Dodds. Casa de dos pisos con un jardín enorme rodeando todo el edificio antiguo, ventanas con celosía de hierro en verde inglés; el pastito inglés bien cuidado como una cancha de golf, los caminos de cemento para el auto último modelo, prolijitos, trazados como con regla y compás.

¡Qué cuidaditos en todo que son los ingleses! Y Lorna... una diosa, tan rubia, esos ojos verde inglés claro, verde esmeralda clara, transparentes. La ropa buena, cualquier cosa que se pone le queda bien a la guacha.

Eso es el buen gusto, ¿ves?, decía Selva madre casi conenvidia. Ahora ella está medio creidita, como que mira a todos desde arriba. No, mami, te parece a vos, es bastante sencilla, no te creas. Eso sí, la

tenés que ver en las fiestas, vestida de largo… es una actriz de cine: la princesa que quería vivir, esa que dan en la tele. En los cumpleaños de quince entra y es como si brillara; entra a cualquier lado y da la impresión de que aparecen focos para iluminarla. Y los pibes la ven y se hacen pis, se mean por ella.

Creidita, eso te lo digo yo, y sabés que tu madre no habla por hablar.

Pasaron los años; no la vio nunca más a Lorna. Hasta se había olvidado del apellido, no le salía. Y si se encontraba de casualidad con alguna de las chicas del cole, alguna ex compañera, la nombraban y en seguida se imaginaban que estaría casada con un príncipe ruso, o en Mónaco jugando a la ruleta, porque las chicas así, con esas virtudes de cuna, parecen llamadas a grandes cosas. Como mínimo a casarse con un empresario con muchísima guita. No, Waldo no. Waldo es un rasca para una chica como esa. Lorna está para un aristócrata, un estanciero, un jugador de polo… como mínimo.

Como las modelos.

Por eso el asombro. Mirá, Selvita: la vida da tantas vueltas que una ni se puede imaginar. Sí, mami, siempre decís lo mismo, pero a mí las cosas mucho no me cambian; dan vuelta, dan vuelta y me dejan siempre en el mismo sitio. Me cambia la oficina, el negocio, pero en el fondo siempre es lo mismo. No sé por qué, pero vos ves gente que pasa de la miseria a la riqueza de un día para el otro, se ganan la lotería, les cae una herencia y hasta vuelven a ser pobres de un plumazo. Pero a mí eso nunca me ocurre; billete más, billete menos, es siempre igual.

No; no seas injusta con vos misma. Vos has progresado en la vida, chiquita. Mirá ahora cómo aprendiste a moverte en los trabajos, entre gente de negocios.

Ma, yo no digo eso. Digo que rica ya no voy a ser nunca. Tendré una cosita más, una tele mejor para las dos; ropa de mejor calidad que esta, no sé. Pero rica, lo que se dice rica, ni a palos, ni que baje el espíritu santo.

Pero ahora se acuerda claramente de la historia que le contó Delia, la coloradita quilombera, tan graciosa Delia en el colegio, y tan cambiada cuando un par de meses atrás se encontraron en el subte, más seria, con los libros de la Facultad de Derecho. ¿Vos no estudiaste, Selva? Esa pregunta que la pone mal como una cuchillada en un ojo, que la obliga a evitar el tema porque no le va a explicar que en su casa la plata no sobra, y le revuelve las tripas no ser “universitaria”, pero bueno, no todas nacen para eso. Bueno, pero lo sorprendente que le cuenta Delia es que Lorna no se casó con ningún príncipe ruso, que la vida le guardaba una guachada, porque se casó

con un árabe o un turco con plata, mucha plata, que le hizo dos chicos preciosos y un día, sin decir agua va, agarró a los pibes y se los llevó a Estambul o a Marruecos, a uno de esos países raros, llenos de turcos asesinos. Y la pobre Lorna, abandonada y sin los chicos, se volvió loca, internada en un psiquiátrico. Selva no lo puede creer; abre los ojos grandes delante de la futura abogada y lo único que se atreve a decir, que se le escapa de la boca es: Ay, Delia, la vida te da y te quita... y de pronto, al decirlo, Selva descubre que lo está diciendo como lo diría su madre, que se está pareciendo a su madre y quizá con los años se vuelva igual a ella y hasta atienda la peluquería cuando Selva madre... no, ni pensar en eso que le da miedo y vergüenza al mismo tiempo, vergüenza de rechazar esa imagen de la madre y pensar que la madre, un día de estos, puede mo... no, ni mencionarlo, a ver si se vuelve realidad.

Se despiden sin saber si se van a volver a cruzar; Selva se mira en una vidriera como pensando. ¿Estaré mal vestida? ¿Qué va a decir Delia de mí cuando se encuentre con otra de las chicas? ¿Que estoy peor, que me vio hecha mierda? Limpia, eso sí, siempre limpita y aseada. Bueno, por lo menos no va tener una tragedia para contarles. Porque lo de Lorna es una tragedia peor que las de las telenovelas. Da ganas de llorar. Es injusta la vida, esta que nació para princesa. O no, no es injusta un carajo: se la llevó de arriba tantos años la Lornita esta. Era hora de que descubriera lo que es sufrir... ¡Selva, no!

No, no y no. Esos pensamientos no son dignos de una buena persona, son puro rencor; de resentida social, eso.

¿Y si soy una resentida social? Nadie te va a querer así... salvo otro más resentido que vos, y un resentido social no triunfa en la vida.

Eso.

29

En los días siguientes, Cornejo estuvo muy ocupado en trámites y reuniones. Suspendió ceremonias, bautismos y otros ritos subrayando la importancia que le estaba dando al operativo “Mar adentro”. Pero ella, como si nada, siguió yendo cada mañana a la oficinita, el aguantadero de Poli, su hogar precario. Caty estaba más suelta; libre de controles se reía con facilidad, y hasta sus movimientos le parecieron a Poli más espontáneos. La sorpresa fue esa mañana bochornosa, en que ya a las nueve harían unos 35 grados, y ella se asomó a la puerta con una minifalda de jean muy corta, y una

remerita ajustada que le dejaba la panza al aire. Poli se atragantó con el mate; tosió y se puso colorado. Ella se dio perfecta cuenta del modo en que la miraba, y cómo lo había sorprendido con esa aparición. Cuando Caty se sentó en el silloncito plástico, Poli no pudo menos que mirarle esas piernas tan tersas, levemente sonrosadas por el sol; elásticas como todo el cuerpito de ella que ahora, liberado, mostraba un matiz diferente donde jugaban la ingenuidad y el reto. Poli trató de disimular, pero bastó que ella se agachara para recoger algo del piso, y el escote de la remerita le permitiera advertir esos pechos firmes y prominentes, juntitos como duraznos tersos y a punto, que Poli imaginó con olor a azahar, a cítrico, a flor de ciruelo, como los mejores olores y tersuras que había aprendido a reconocer en el Abasto, entonces, en ese preciso instante, la mirada de ella que retornaba del piso, se incrustó en la de él, que no pudo resistir ni apartarse. Y ya no sonrieron, sino que se quedaron tiesos, mudos, observándose. Y Poli, empujado vaya a saberse por qué instinto primitivo, en vez de recostarse en la silla, se aproximó hasta la carita de Caty, detenida en el gesto ansioso de los labios entreabiertos, húmedos. No fue un beso lo que siguió: Poli apenas depositó su boca sobre la de ella, se niveló con ella como estableciendo un patrón orgánico. Fue la boca de Caty la que comenzó a hurgarlo, a acometerlo cada vez más grave y punzante. Y siguieron las manos ardiendo trémulas por algo más intenso que el clima, y comenzaron exploraciones por momentos torpes por la ansiedad, luego desesperadas, apropiándose del otro cuerpo, recorriéndose como si hubiera que agotar un circuito inmenso en un tiempo brevísimo, como si aquello no fuese a volver a ocurrir nunca más, fuera de esa mañana en que se acababa el mundo.

No hablaron, no se dijeron nada. Poli la desnudó; la luz de la banderola en lo alto la iluminó a pleno: un angelito rural con la rusticidad y la delicadeza de un fruto exótico. La miraba como quien acaba de descubrir un continente, una joya escondida, con una mezcla de incredulidad y euforia calladas. La miraba y pensaba que la vida lo estaba recompensando de un modo insólito, sorprendente. Le parecía Anahí, una princesa guaranítica salida de la selva; y a la vez la cautiva de los malones que él rescataba de la pampa bárbara, del misionero bárbaro que la tenía de rehén. Un metro sesenta escaso donde se concentraba todo lo que esperaba del mundo; un modelo de belleza quizá obsoleto pero rotundo, con esa cosa medanosa de los pechos, y la espesura del pubis, angosturas de cañadón, turbulencias aluvionales de la calentura, de la riada amenazante; un metro sesenta geográfico que reproducía fielmente el mapa del deseo de Poli.

Ella lo abrazó, y no pasó un momento muy prolongado hasta que los cuerpos se pegaron, entrelazados sobre el escritorio de Cornejo,

como si violaran una frontera, un límite con la indiada salvaje del que iba a ser muy difícil retornar. Poli se dejó llevar por la humedad de esa surgente que ardía entre las piernas de ella, y la penetró sin esfuerzo, como si se deslizara por un sendero natural, como quien entra a algo que le sugiere la palabra "hogar" pero no precisamente sosiego. Y permaneció en lo profundo de ella habitando esa isla para náufragos, oliéndole el pelo, la fragancia brutal de esa piel medio aborigen, medio gringa; y pensó que jamás había sentido algo semejante, que había tenido que llegar tan lejos y a su edad –vida puta– para encontrar esa sensación de beatitud y salvajismo. La oficina del templo celebraba ahora un rito pagano en el que ambos creían y se ofrecían a la inmolación, aunque después se viniera abajo el mundo. Desbocados, dejando fluir una estampida que recorrió cada centímetro de piel electrocutada, cada susurro contenido pero feroz en la animalidad de lo que callaba, hasta caer desmayados, uno en otra, sobre las planillas de feligreses, listados de ventas, blísters de dentífricos y otras miserias.

–Yo –dijo Caty cuando pudo soltar la voz– quiero seguir viéndote.

Poli sonrió como si un coro evangélico a sus espaldas le dedicara un *Aleluya* seráfico, un *Canto a la alegría*; sonrió como si no pudiera creer que eso le estuviera pasando a él, como si una dentadura no fuese suficiente para tanta sonrisa.

–Y quiero que sepas que aunque él me tenga... yo soy tuya –remató con un tono que Poli sospecho copiado a una telenovela.

Entonces Poli empezó a imaginar la trama perversa que se tejía alrededor de ese matrimonio, una negociación agrícola, a la intemperie, con gaucho viejo, vacas flacas, plata roñosa y rehén. Caty le contó largamente la historia de cómo Velmar la había alzado del campo, y la primera noche con Cornejo (asco, pero ajco, con jota, dijo ella, y él le creyó de sólo imaginar los zapatos charolados blancos de él chapoteando bosta). Y le dijo lo que Poli quería escuchar, que era lo que él mismo apreciaba: que nunca como esa mañana había sentido nada así, desde la primera mirada, que para ella el mundo y la vida acababan –palabra nunca tan precisa, pensó pero no dijo Poli– de empezar en ese instante, nuevitos flamantes. Y Poli, que de pronto creía inaugurar algo del mundo tan usado que le había tocado hasta ahora; estrenar algo en la vida como el olor de un auto nuevo, cero kilómetro aunque apenas rodado, la escuchó temblando, sin poder explicarse esa misma emoción que lo había sorprendido a traición hasta en su cursilería, sin anunciarse, en patas, como generalmente llegan las desgracias, pero esta vez no, esta puta vez no, ahora eran las

gracias, las muchas gracias que la vida derramaba sobre él como un instante antes se derramaran ambos chanchamente, diría su padre. Y Poli allí, la cara al sol de la mañana danelesca, caminó sin saber cómo iba a proseguir la maraña compleja que ahora enhebraba su nueva vida cotidiana, su misma supervivencia y un amor enloquecido.

Cuando salió a la calle y llegó hasta la camioneta, todavía le duraban la sonrisa y cierto temblor en las piernas. Iba a trabajar el resto del día en Nuevo Danel, el poblado escindido, y hasta sentía ganas de ponerle ímpetu a la venta de dentífricos, a falta de enciclopedias; algo tan absurdo que de pronto se tornaba una misión trascendente, una justificación de su vida, si en esa vida estaba Caty, claro. Había ocurrido y casi no lo podía creer, como si fuese un sueño muy vívido. Pensó que ahora tenía que hacer lo imposible por no alejarse de allí. Hasta podía imaginar cada mañana próxima con ella llegando a la piecita evangélica para llevarlo desde un cielo pleno de querubines y coros celestiales, hasta los ángeles caídos, íncubos que se regodeaban en un deseo desmadrado e incontenible, fresco renacentista que se pintaba ante sus ojos, y sólo para ellos, en la piecita daneliana, como un delirio místico.

"¿Me habré vuelto loco?", se dijo en voz alta en la cabina vacía de la camioneta justo en el momento en que giraba en el desvío de tierra que entraba al pueblo. Pero ya no le importó, y repitió entre dientes el nombre "Catherine" como lo podría haber hecho un adolescente. Nunca había conocido a ninguna Catherine. ¿Cómo mierda alguien se podía llamar Catherine en medio del campo? Pero tampoco le importó eso y siguió manejando con el obstinado norte de ganar moneda.

30

Suena la bocinita de la moto de Nahuel. Selva está lista. Le hace una seña a través de la vidriera, y después demora a propósito en la cocina. Que este no se piense que lo estaba esperando ansiosa, se dice. Los pibes siempre están pensando cualquier cosa de una, que una chica espera siempre eso, como si anduviera loca todo el tiempo por la falta... qué idiotas son los varones. Pero este es chiquito, lo voy a tener corto, qué se cree.

Se mira en el espejo diminuto del baño; se para arriba del inodoro para verse: el pantalón rojo de jogging ajustado, la remerita a rayas y,

debajo, la malla. Se acomoda el pelo (¿le gustaré así?). Levanta el termo, el equipo de mate, la esterilla, el bolsito de lona y sale por el costado con naturalidad, como si no hubiera hecho más que levantarse de la silla, negligente. Y pone cara de ingenua, de despistada. Nahuel está sentado en la motito junto al cordón de la vereda: bermudas bastante gastadas, ojotas, musculosa de algodón (qué flaquito; así hasta parece desnutrido: ni un rollo, la piel de los brazos como pegada a los huesos). La mira Nahuel y le sonríe; ella le devuelve una sonrisa, pero discreta. Sube a la moto y no tiene más remedio que agarrarse de la cintura de él. Siente el cuerpo caliente debajo de la ropa y casi le da electricidad, una patada, quiere soltarse pero no puede. Transpira Nahuel debajo de la remera; hace calor. ¿Será limpio este pibe? ¿Se bañará todos los días? Sobre todo ahí abajo, que los hombres deben sudar mucho ahí, qué asco, todo para afuera, como las tripas al aire...

A las dos cuadras ya están en la costanera. La motito ruidosa avanza lento paralelamente al mar. Con el quilombo que hace esta moto vamos a salir hasta en los diarios ¡Qué dejado! ¡No le puede poner un caño de escape como la gente? Pero Selva deja ese pensamiento mezquino y respira, respira profundo ese aire fuerte del mar, y está contenta de estar allí, de sentir ese olor, el viento pegándole en la cara. Se alejan un poco del centro hasta detenerse en una entrada a la playa donde el médano se abre en un camino que han pisado antes millones de pies o patas. Quema la arena, pero el mar está ahí nomás, verdoso, espumando la orilla. Nahuel apaga el infierno del motor y arrastra la motito con dificultad por las huellas, Selva extiende la lona y se sientan mirando hacia la costa. El mar es... es... una cosa que no se puede creer.

31

Pasó frente a la fábrica el día que los camiones municipales empezaban a descargar materiales de construcción y los obradores desbordaban de tipos con casco amarillo y mameluco, y comenzaba a aparecer el hormigón que iba a extender la antigua nave principal de la construcción, reforzar pilotes profundos sobre los muros antiguos. Las excavadoras clavaban sus uñas afiladas en lo que iba a ser el futuro mar, en el pozo profundo donde se instalarían unas turbinas poderosas y los filtros gigantescos, una casamata en lo más hondo donde finalmente, como coronación de la obra, se depositaría con pompa y protocolo la tecnología mágica, máquinas para hacer olas,

sólo eso, algo tan sencillo que la naturaleza construía apenas con una brisa, mar adentro, y a veces podía llegar a la costa como tremendo *tsunami*. Pero aquí, en el sencillo Danel mediterráneo, la mano controladora del hombre prometía un milagro módico y trascendental: una maquinaria evangélicamente bendita, llegada del Oriente misterioso por la intercesión de ese pastor iluminado, dueño de las llaves de la felicidad masiva.

La antigua fábrica de calderas, de la que habían vivido un par de generaciones, renacía del abandono para un proyecto de resurrección moderadamente faraónico. Y todo el pueblo se trastornaba con la producción de ese mar ficticio que aparecía en los carteles, pintado como quimera bíblica colorinche, surgido de la nada: olas espumosas que brotaban del fondo de un paredón maquillado de horizonte oceánico, arenas límpidas en la orilla y gente sonriente bajo un tinglado de cinc que remedaba un Caribe de días eternos y beatíficos. Una impostura, un ensueño tecnológico.

¿Era posible algo así?, se preguntaba Poli. Había visto los videos de Japón, pero aún así se resistía a concebir la idea. Pero los obreros estaban ahí; el Intendente pasaba por la construcción todos los días, imaginando un porvenir de prócer local, quizá con estatua y todo, factótum de la recuperación del espíritu de los pioneros; y el pastor Velmar Cornejo aparecía en el cartel, debajo de los isotipos hermanados de la iglesia y el municipio, como si aquello ratificara la seriedad y la certeza del emprendimiento.

Poli estaba al tanto de las objeciones que habían planteado los católicos, los protestantes y la oposición política en el Concejo Deliberante, pero la idea parecía haber enloquecido al pueblo como un verdadero acto de fe en el destino que los iba a rescatar de ese aplastamiento permanente, de ese calor asesino, que hasta podía hacerlos ricos, una ciudad turística, una Miami pampa, la Meca de un futuro religioso y rentable. Una vez más, esa dirigencia incontinente se distanciaba del deseo popular convertido en fervor, y se quedaba con el estigma reaccionario del atraso.

No se hablaba de otra cosa en los bares, en la plaza o en los comercios que especulaban a marcha forzada con el negocio futuro. Seguramente Elsie Vogelmann reforzaría su stock bronceadores y sapolanes, y filtros solares y cremas humectantes, como cada boliche precavido ante –¿por qué no?– aquella ordalía balnearia. Allí donde los únicos prósperos habían sido los tamberos brutos y una decena de herederos de terratenientes residentes en Buenos Aires, ahora se abría una esperanza más popular y democrática. Y hasta se podía aguardar –pensó Poli– que la simple llegada de gente, turistas de mediopelo en autos económicos a GNC, o en micros de excursión adocenados hasta aquel lugar otrora chato e inclemente, iba a traer una cierta alegría

existencial, como esos pueblos que descubren su misión trascendente ante la jeta impávida del resto de la humanidad por cosechar más nabos que ninguno, fabricar embutidos inolvidables, poseer las putas más consecuentes u otras delicias. Danel peleaba por un nuevo perfil, por una renovada identidad.

Poli se acercó a la mesa solitaria del Excélsior que ocupaba Quaglia. El viejo le sonrió de modo socarrón:

–¿Y Leopoldo? ¿Usted va a ser bañero?

Poli se rió y pidió cerveza. La botella estaba helada, y transpiraba como ellos.

–No sé, Quaglia. Esto es todo un quilombo...

–Se va a ir todo a la mierda... ya va a ver. Acuérdese lo que le digo hoy. De esto se va a hablar en esta misma mesa dentro de veinte años –auguró sin dramatizar– ...y se van a cagar de risa de tanta ingenuidad.

–¿Le parece? Mire que está todo muy avanzado.

–Sí, se avanza rápido... y rápido se va a ir el entusiasmo al carajo. La gente se ha vuelto loca; se creen que nos mudamos a la Costa Azul.

–Yo no sé. Veo todo muy encaminado.

–La guita es muy turbia, Leopoldo. Nadie sabe bien de dónde trae el cura los equipos, ni de dónde son los inversores.

–De la casa central de la iglesia, dicen.

–¿Y a usted le parece que los yonis van a venir a invertir justo acá, a este pueblo que ni saben dónde queda?

–Eso dice Cornejo.

–Mire, en un par de meses a Cornejo van a tener que ir a buscarlo a Tanzania, o al culo del mundo. Del malandra ese van a quedar sólo las estampitas.

Pensó que era lógico que el viejo se pusiera escéptico. Que a sus años ya no creyese más en ninguna promesa. Pero al mismo tiempo presentía que debía rendirse ante los hechos: Silva había conseguido todas las autorizaciones, Cornejo iba a traer las turbinas y los filtros de vaya a saberse dónde, y las máquinas municipales trabajaban catorce horas diarias. Algunos baldíos cercanos a la fábrica antigua ya se aprontaban como estacionamientos.

Las ventanas de las casas que daban a la calle apuntaban para kioscos. Llegaban camiones con heladeras comerciales, acondicionadores de aire, muebles; se habían abierto dos pizzerías y hasta la tradicional parrilla La Tablita había comprado mesas y sillas para extenderse sobre la vereda. La municipalidad, mientras tanto,

recaudaba por cada negocio nuevo, por cada bombita de color que asomaba en guirnalda sobre una fachada de comercio. Y todos pagaban contentos y avariciosos esperando la plata grande y dulce que con seguridad iba a venir.

Hasta periodistas de Rosario habían venido, y Cornejo posaba con un casco amarillo que le quedaba chico, abrazado a Silva y al Intendente, delante de la obra. El diario local, cooptado por Cornejo, titulaba: “Un pastor de futuro”. Faltaba menos de un mes para la inauguración y todos se movían como hormigas laboriosas. Todos, salvo quizá el viejo Quaglia, con su pierna tullida y su casándrica premonición.

Poli agotaba stocks de dentífricos ya excediendo la feligresía. Pocos le pedían libros evangélicos; hasta el mismo contador le había sugerido dedicarse por completo a lo más redituable.

–Esta semana llegan cepillos, hilo dental y enjuagues.

Sabía que ese anuncio lo conduciría inevitablemente a la farmacia Vogelmann.

32

Liliana dice que una es feliz en la vida si los padres tuvieron buena cama el día que la concibieron, “buena cama”, dice Lili, qué palabras, ni que fueran carpinteros; si cogieron bien, bah, como Dios manda. Lili: si Dios nunca manda esas cosas. Dios te manda a sufrir a este valle de lágrimas, eso me lo acuerdo del catecismo. No, no me hice practicante, pero eso lo sabe cualquiera. Pero quizá sea cierto lo que decís, que si disfrutaron y la pasaron bien, el fruto, es decir el hijito que nace, es feliz en el futuro. Porque fue concebido con felicidad, una felicidad que los curas no conocen. Ni Dios la conoce. Mis viejos no sé... no sé si lo fueron. Por ahí tuvieron una felicidad chiquita, esa que dura un segundo y desaparece. No sé si esa felicidad alcanza, o quizá sólo haya sido una calentura pasajera, sin amor. Ves... por eso yo sólo lo voy a hacer por amor. Dale Lili, ya sé que no se hace “eso” sólo para tener hijos, no me alimenté con leche de higo, nena. Pero el amor es como una brisa pura, me imagino; un brisa que limpia todo lo sucio, toda la mierda del mundo. Un soplo... no sé.

La brisa es fresca pese a que el sol está fuerte y se siente en la piel. Nahuel está tirado en la esterilla con la gorra sobre la cara. Y ella lo mira de reojo; lo revisa con mirada de médico. Tiene lindo cuerpo, flaquito pero proporcionado. Los brazos largos como las piernas; ni

una gota de grasa en la panza rígida como una tabla de lavar. Nunca va a ser gordo como Waldo. Tampoco va a tener nunca la guita de Waldo, eso seguro.

–Sabías que una vez, por diciembre creo, antes de las fiestas, acá empezaron a aparecer en la playa pedazos de cuerpos... brazos, piernas.

–¿Cómo?

–Sí; se habló mucho, pero no salió en ningún diario.

La gente más grande se acuerda. A mí me lo contaron...

–¡Qué asco, Nahuel! ¿Y de dónde venía todo eso? ¿De un barco hundido?

–No, tonta. Qué barco... Los tiraban al mar desde los aviones.

–¿Qué? Andá... no jodas.

–Vos vivís en un frasco, ¿no? No sabés nada, nena.

Llegaban las olas y traían pedazos, todavía con cachos de ropa, mordidos por los peces. Y entraron a caer camionetas, milicos...

–¿Y la gente se bañaba igual?

–Era antes de las fiestas, no había mucha gente, pero los que había se pegaron un cagazo. Imaginate.

–Eso trato, ¿cómo pueden llegar cuerpos a la playa? ¿de dónde?

–De los aviones, ¿no te digo? –Nahuel mira la arena, como si no quisiera levantar la vista, ni explicarle nada, pero sigue hablando sin mirarla–. Los levantaron a los piques y se los llevaron al cementerio de General Lavalle. Y después siempre andaba la cana dando vuelta.

Selva no entiende nada, pero le da asco pensar en eso: el agua, los cuerpos en pedazos, los peces comiendo. No se va a meter nunca en el mar, nunca.

–El mar limpia todo –dice Nahuel con un tono melancólico– pero devuelve lo que no le pertenece.

A Selva le dura la impresión por los despojos que imagina revueltos en una sopa marina, allí donde un turista cualquiera imagina el placer, el descanso, también puede haber algo horroroso. Eso que Nahuel le cuenta en medias palabras, poniéndose grave. Magra la carnecita de Nahuel, no como Matías, que era más corpulento, piensa mientras lo observa mirar el horizonte del mar, abstraído o serio por lo que acaba de decir, que ella no sabe si creer o tomar como un cuento pintoresco de pajueranos. Debe ser tan aburrido vivir acá todo el año que se inventan historias para pasar el tiempo, y las echan a rodar como los cuentos de aparecidos y de luces malas en el campo. Porque cuerpos, cadáveres de verdad... no sé.

Como no le responde, ella le pone suavemente la mano en el hombro y Nahuel se sobresalta. Alcanza a sentir la piel caliente y un poco áspera por la sal, un cuerito curtido y tibio, y retira la mano como si le quemara.

–Che, ¿te dormiste?

–No, perdoname… me quedé pensando.

–Acá tienen muchísimo tiempo para pensar, ¿no?

Le extiende el mate. Siguen conversando en voz más baja, como si algo se hubiera interpuesto, una nube de silencio, una bruma que opaca el sonido, que se aproxima y los calla.

33

Esa mañana Caty había llegado demasiado provocativa. Ya no disimulaba esa actitud de hembra caliente que podía dejar absorto a cualquier aldeano de Danel, y helado al que la conociera de antes. “Amor, a mí me encanta que vengas así, pero ¿no te parece muy evidente para el que te ve por la calle? Te juro que me recalienta esa ropita, y que vengas sin corpiño con esas tetas preciosas que tenés, pero…”

Caty se rió de un modo desmañado, llamativo para Poli, diferente, como nunca antes la había visto reírse. Por un momento trató de recordar la imagen de ella del principio, toda cubierta, con esa ropa ancha y rústica, el pelo llovido y desparejo tapándole las facciones. Esta Caty de ahora llegaba con minifaldas ajustadas que no ocultaban los portaligas de encaje negro. Algo más que la ropa había cambiado en Caty, una actitud, la postura corporal, ese modo de llevar el cuerpo por la vida y la vereda, de mirar, de hablar. Poli se preocupó, pero en cuanto ella le depositó esa boca en la suya, cuando la lengua tibia de ella lo horadó como un trépano, y le dijo: “soy tu puta”, ya no pudo detenerse, como si su cuerpo trepara a una montaña rusa al rozar apenas esa piel enfebrecida. Le desató los nudos de la blusa, esos que resultaban graciosos sobre los hombros gringos salpicados por pecas de sol, la deslizó sobre el escritorio, y cuando ella apoyó la espalda, se quedó un instante admirando esas tetas firmes que palpitaban como niños atesorando granadas de mano, tetas que permanecieron enhiestas en lugar de desparramarse como flanes, colinas desafiantes como el gesto de su dueña, riscos coronados por unas cimas de pimpollos, apenas más oscuros que el resto de la piel. Poli trepidó, rieló al observar la curva de las piernas ceñidas en esas medias negras,

abrochadas en el portaligas, dignas de una foto que se estaba grabando en su memoria. Pero la cereza del postre, el remate de la escena, se develó al deslizar la pollerita hacia arriba y descubrir que Caty, la señora del pastor, no llevaba bombacha. Y ya no pudo decir más nada porque esa criatura operaba en él como un alud que lo arrastraba lejos de cualquier reflexión –que ahora hubiese resultado una pelotudez soberana–, precaución o cautela. Poli no podía hacer otra cosa que penetrarla y gozar como un perro caliente, un pordiosero en un banquete para él solo. Penetrarla para habitarla: volver a construir cada vez allí dentro el departamentito, un monoambiente que lo cobijara por el resto de su vida útil o inútil. Y ella disfrutaba esa incontinencia del devenido vendedor de dentífricos evangélicos, como si el resto de las cosas, las formalidades del caso, le importaran tres reverendísimos carajos.

Eran encuentros breves y puntuales que siempre derrapaban hacia el frenesí, un furor que sólo aminoraba el estremecimiento de los espasmos, los cuerpos transpirados latiendo taquicardias simultáneas, alientos que se mezclaban con aromas sensuales a cuerpo derramado. Entonces Caty lo besaba intensamente hasta compartir el oxígeno, le tapiaba la boca con el sabor dulce y próximo de la chocolatada del desayuno.

En alguna de esas mañanas, Poli intentó con timidez usar un preservativo, pero la cara de horror de Caty lo obligó a desecharlo: “Te quiero sentir entero”, le recriminó como si invocara una determinada pureza mística del acto para la cual el condón era un ultraje. Lo serenó luego cuando le dijo: “Tranquilo, amorcito... que yo me cuido”. Y a Poli le bastaron esas palabras como una certeza de amor, un lubricante espiritual para el émbolo angurriento que vaciaba sus tanques sin egoísmo ni reserva.

La observaba vestirse, acomodar su ropa, peinarse, como si Caty fuese una actriz retornando al simulacro escrupuloso del mundo exterior. Le encantaba eso: verla actuar, proseguir la parodia en la calle, esa escena que sólo debía quebrarse al cerrar la puerta del cuartito.

Tomó unos mates, se vistió con parsimonia, respirando profundo y pausado el aire artificial del acondicionador. Cuando salió a la calle, todavía la bruma salvaje del campo no se había terminado de evaporar. El sol ya picaba en la cara. Se aproximó a la camioneta. El vidrio estaba mojado; puso en marcha el motor mientras limpiaba el parabrisas hasta que una voz se interpuso sobre ese sonido monocorde.

–Ta buena la criatura, ¿no? Son afortunados algunos... Reconoció la voz de Silva, que lo miraba desde la vereda. Las manos

en los bolsillos del pantalón pinzado que no disimulaba la panza en un cuerpo delgado. La chomba clara, los mocasines de gamuza, el pelo largo que no coincidía con la textura de los rasgos trajinados.

Silva sostenía una mirada socarrona.

–¿Decía? –se hizo el otario Poli.

–Que lo tiene bien cuidado el coche.

–Ahá.

–Pero hay que ser cuidadoso, mi viejo. Mire que esto es muy chico. Parece una ciudad, pero es un pueblito –Silva hizo una pausa y se aproximó a un costado de Poli. Cambió de pronto el tono de voz poniéndose confesional.

–Mire, Leopoldo. A mí me importa un carajo en dónde la ponga, pero lo que tenemos entre manos es muy grosso, ¿se da cuenta? Y si usted se manda una cagada, se puede venir en banda todo, ¿entiende? El pastor es mi socio: no quiero que me lo deprima, ni que nada afecte esto que estamos armando. Porque entonces me voy a poner medio intolerante. Yo me juego mucho; no voy a permitir que esto se caiga por nada. ¿Estamos?

Primero fue la sorpresa; después trató de disimular, pero notó que el trapo le temblaba en las manos. No por miedo. Le llevaba una cabeza a Silva, y le podría haber puesto una mano para sentarlo de culo en la vereda. Sus modos de matoncito pueblerino eran coherentes con su imagen. Y no lo quería de cómplice, pero tampoco tenía alternativa. Intentó algo:

–Me parece que usted está meando afuera del tarro. Yo acá trabajo y punto, ¿entendió? Vendo y cobro. Y en cuanto al negocio de ustedes, no tengo mucho que ver por ahora. Ojalá funcione como esperan. Lo que no quisiera es que se maneje con puteríos de comadres, y que vaya a interpretar lo que no es... ¿comprende?

Silva lo miró sin dejar de sonreír.

–Está bien, Leopoldo. No se ponga nervioso. Acuérdese de lo que le dije; nada más. Oiga... debemos tener la misma edad, nos podríamos tutear, ¿no? Un día de estos te invito a cenar.

Poli sonrió sin responder. Silva se alejó un paso:

–Vos seguro que no sos muy creyente –dijo señalando la carpa que comenzaba a inflarse a unos metros–.

Yo tampoco. No nos queda más que creer uno en el otro, como una sociedad de hecho, ¿te das cuenta? Una mano lava la otra, y las dos...

Le guiñó un ojo desde la vereda y siguió caminando como si fuese un turista recién llegado. Poli detuvo el trapo sobre el cristal. Otra vez le latía el corazón con fuerza, pero por otros motivos.

Las paredes amanecieron empapeladas con afiches a todo color: nuevas imágenes del galpón convertido en pileta gigante con olas espumosas, la playa artificial, las sombrillas de colores y la gente en malla tomando tragos exóticos se cortaba en el primer plano que ocupaban el intendente y Velmar Cornejo estrechándose la mano. Todo sigue en marcha, pensó Poli.

Pero se dio cuenta de que había caído en una trampa.

Hubo euforia cuando los semirremolques trajeron los cajones enormes, de esa madera clara y veteada de los embalajes que contenían los filtros, turbinas y motores. La banda municipal acompañó el periplo desde la vereda de la plaza, interpretando la marcha *Ituzaingó* ante el paso triunfal del convoy. La tecnología que aportaba Cornejo ya era un hecho fáctico irrefutable. Como si bajaran ángeles de yeso para el templo, las grúas depositaron su carga –igualmente deífica para Danel– con extremada delicadeza, conducidas por un intendente radiante y con casco demagógico, en el tinglado municipal de las afueras del pueblo, sellada y precintada hasta el acto final de la instalación, como si albergara la clave secreta del venturoso porvenir daneliano.

Poli abrió los ojos y en un gesto automático miró el Tissot de cuadrante claro que llevaba desde los dieciocho años, regalo de su padre, que nunca había dejado de funcionar. Muchas veces había pensado en cambiarlo por otro más moderno, pero seguía casi encarnado en su muñeca. Lo que lo sobresaltó fue comprobar que eran las seis y media, y que el brillo del cielo ya amenazaba con desvanecerse en la banderola alta de la oficinita. ¿Cómo podía haber dormido una siesta tan larga? ¿Cómo podía ser posible que nadie hubiera llegado hasta la iglesia a esa hora? Tuvo la sensación de haber perdido la tarde inútilmente, como si las horas hubieran empezado a jugar en su contra. Se puso de pie de mal humor, apurado, chocando con los objetos que se amontonaban en el espacio exiguo. Iba a vestirse y pasar por el bar del hotel para tomar un café decente mientras trataba de reconstruir un sueño escabroso donde aparecían Juan y Euge, y su madre como un fantasma. Abrió la puerta que daba al vestíbulo de entrada y recién entonces reparó, primero con dudas, luego afirmándose en pequeñas señales, en que no había sido la siesta, sino el sueño nocturno lo que había transcurrido. Terminó de comprobarlo cuando advirtió el sitio de donde provenía el sol, que aquello era el amanecer y no el ocaso. Y se alegró profundamente de que así fuera, de no haber perdido el tiempo, de que el día aún ofreciera todas sus horas. Y que fuera temprano, para aprovechar el breve lapso de clima benigno antes de que todo comenzara a arder.

Decidió caminar hasta la plaza y desayunar en el bar del Excélsior. Caty iba a ir al médico esa mañana, así que las cosas cambiaban de pronto de perspectiva. Comprobó que aún la mayoría de los negocios no había abierto, que las veredas solitarias de Danel lucían limpias y húmedas todavía por el rocío nocturno. Algunos obreros en bicicleta, la brisa en las ramas de los paraísos, los pájaros en bandadas cruzando el cielo ofrecían una imagen desacostumbrada para Poli. Cuando desembocó en la plaza, por la avenida de los Colonizadores, observó el cartel nocturno de la farmacia Vogelmann encendido sobre una cruz verde de neón. Cruzó la plaza en diagonal, siguiendo el capricho de los senderos de grava, a veces circulares, otras diagonales, envolviendo la pérgola y el jardincito techado para la banda municipal. El bar era lo único abierto. Le llamó la atención que el hombre que nunca dormía, Quaglia, el de la pata tiesa, no anduviese por ahí. Pero más le sorprendió el Mercedes que estacionó casi frente a su mesa. Velmar Cornejo ya sudaba profusamente pese a la hora y a que el sol todavía no adquiría su intensidad más cruel. La guayabera beige desbordando el abdomen prominente, el pantalón a tono y unas sandalias de cuero: uniforme veraniego de pastor fuera de servicio. Esperó lo peor, que se pudriera todo, pero no: la cabeza de Cornejo parecía ahora una calculadora financiera. Se sentó a su lado con la mirada perdida más allá de la plaza, como atisbando el siguiente movimiento, adelantándose al tiempo.

–Leopoldo, tenemos que mudar el templo. Nos van a asignar un terreno muy grande vecino a la obra, pero hay que esperar que terminen con los pilotes. Pero no se preocupe... no me olvidé de usted: se muda acá, al hotel. Va a estar más cómodo; ya arreglé con la gente. Lo que le pido es que se mude ya, cuanto antes, porque en el terreno nuestro se instala un supermercado, y me comprometí a desalojarlo.

Quizá el hotel fuese más cómodo, pero Poli no dejó de pensar en la dificultad que significaba ahora recibir la visita de Caty. ¿No sería una maniobra de Cornejo, ya advertido de las cosas? ¿Le habría calentado la oreja Silva? ¿Intuiría algo el pastor? Por su actitud no le pareció, pero no dejaba de llamarle la atención la urgencia. Aunque en esa ciudad enloquecida por lo que se venía, ya nada sonaba a sorpresa. Aceptó con un gesto de cabeza gacha, sin decir nada, pensando que lo mejor era cambiar de tema.

–¿Cómo marcha todo? Cornejo se mostraba nervioso:

–Y... es una cosa complicada. A cada paso surge alguna dificultad, pero no se para... esto no se para más.

Poli no pudo evitar quedarse con la frase final y atribuir al lapsus cornejil su ventura amorosa.

–Ojalá siga así –dijo esforzándose por eludir la ironía. Y era en

realidad lo que pensaba: que a este tipo despreciable no se le pare nunca más, que no la roce siquiera a mi nena; que siga ocupado en sus negocios mientras yo me encargo de ella.

–Mire, ahora entramos en la etapa decisiva. Hay mucho detalle fino que atender. Yo ya no puedo atender las obligaciones del templo, pero bueno, armé una estrategia para que no dejemos de crecer: tenemos que desarrollar los pueblos vecinos mientras acá todos siguen calentitos con el mar. El contador le va a pasar los detalles.

Terminó el café apurado, tiró un billete sobre la mesa, y unos minutos más tarde se cruzó en la puerta con la figura enfermiza del contador: camisa blanca sin corbata, pantalón gris, zapatones negros, maletín plástico negro. Poli supuso que si soplaba un viento fuerte, el tipo se volaba, salvo que en el maletín llevara plomo. Estaba más demacrado que la última vez; la piel amarillenta al sol le daba un aspecto draculesco. Saludó a Cornejo; intercambiaron un par de palabras, y se acercó a Poli mientras el gordo hacía silbar los neumáticos en el asfalto. Le llamó la atención esa cita espontánea: se sentía controlado, como si no pudiera dar un paso en Danel sin ser advertido, lo que avivó sus sospechas sobre las visitas de Caty. ¿Sabían y se hacían los osos, o lo descartaban de plano?

El contador lo saludó con su parquedad habitual, le extendió unos listados de evangélicos de pueblos vecinos. Poli aceptó todo en silencio. El tipo le dio plata para la nafta y le pidió que lo acompañara a cargar los libros de cánticos –dijo así: "libros de cánticos"; Poli se acordó del *Cantaclaro*– que tenía en el baúl del auto.

No le extrañó la 4x4 nueva del contador, sino la dificultad del tipo para hacer un esfuerzo físico relativamente leve, como si fuera a quebrarse por cargar esas cajas prolijas, que tenían estampado el sello "Material de difusión religiosa – *Made in Puerto Rico*". Llenaron la camioneta de Poli y el tipo se fue con la misma parquedad y urgencia de la llegada.

–Mañana llega el material bucal –resopló el contador, totalmente transpirado, y a Poli le sonó obscena la frase, y gracioso el modo profesional de catalogarlo como "material bucal", pero no dijo nada. Era consciente de su sitio en esa cadena productiva: él vendía y punto. Si le llevaban preservativos evangélicos o pantuflas benditas, le hubiera dado lo mismo.

Sentado al volante, Poli repasó la lista y el mapa. Pero su cabeza navegaba por un mar muy diferente al de la pileta con olas artificiales: no dejaba de pensar en Caty.

¿Cómo harían ahora?

34

Selva lava la malla en la pileta de la cocina. Al final no se metió en el mar, pero siente la tela áspera, impregnada del salitre que flota en el aire. Se hizo de noche pronto. Se pone una remera larga como un vestido sobre la piel desnuda y sale al patio a colgar la malla en la soga. La ata, porque no tiene broches, cuando escucha un chistido. Se da vuelta de golpe y no ve a nadie. Debe ser al lado, piensa. Pero lo vuelve a escuchar; nada de nuevo. Alguien la está jodiendo. Va a ser mejor que se meta adentro y cierre con llave. Mira para todos lados y no ve a nadie. Pero cuando va a cerrar la puerta de chapa que da al patio, algo se interpone, un pie, un zapato oscuro. Se sobresalta y empuja con todas sus fuerzas.

–Tranquila, tranquila que soy yo –dice una voz biliosa que no tarda en reconocer.

–¡Qué susto me diste! ¿Qué hacés acá?

–Pasaba cerca… quería saber si estaba todo bien.

Bien incomoda está; no termina de abrir la puerta ni de cerrarla. La mantiene entreabierta asomando apenas la cara, ocultando el cuerpo.

–¿No me vas a invitar a tomar un mate, che? Selva duda; no le gusta ese tono. Tampoco quiere demostrarle temor. Alcanza a oler el aroma a cigarrillo de dedos manchados de amarillo, aferrados al marco. Calcula que si empuja la puerta de golpe podría partirle los nudillos. Pero no quiere que él crea…

–Dale; no seas retobada ¿Te creés que te voy a comer?

–No es eso. Mirá, ahora tengo que hacer. Mejor en otro momento, ¿sí? Otro día.

Él se ríe y no saca la mano del marco, ni el pie. Selva ve la figura recortada contra el fondo oscuro, la camisa abierta, un brillo de sudor en la cara que se prolonga hasta el pecho, las uñas oscuras como el zapato, la sonrisa. Ella afloja un poco su brazo, un leve movimiento y endereza el cuerpo incómodo, sin soltar el picaporte que casi le lastima los dedos. En esa fracción de segundo ve cómo él le mira el vestido, como desliza los ojos oscuros sobre la telita de algodón que se le pega al cuerpo desnudo. Le da pánico esa mirada y empieza a cerrar la puerta. Él embiste con el hombro por sorpresa, la

chapa hace un estruendo como si fuera a venirse abajo, se abre del todo y Selva cae contra la mesada.

Ella grita. Pero él ya está adentro.

–Tranquila; tranquila, chiquita –dice apretándole la mano contra la boca, esa mano pegajosa que huele a tabaco y le provoca arcadas a Selva que abre desmesuradamente los ojos mientras trata de arañarlo, de golpearle la cara, tirando manotazos que él ataja con el brazo libre.

–Quietita, que no te quiero lastimar, nena –se impacienta–. No te voy a hacer doler; vos quedate tranquila y no te va a pasar nada. ¿No ves que vengo para cuidarte, tontita?

Selva se resiste con los brazos, las piernas, pero él es más fuerte, hasta que viene el golpe, un puñetazo seco en el pómulo que impulsa la cabeza hacia atrás como si fuera un muñeco descoyuntado, y otro más como para dejarla seca contra la camita. No pierde el conocimiento, pero tampoco puede reaccionar cuando él le levanta el vestidito frágil con brutalidad. Y la mano, la mano que le dio asco en la boca, ahora la toca, la aferra con fiereza, como si quisiera arrancarle la piel de las tetas, los pezones, y abajo, se mete para abajo, le rompe la bombacha de un tirón, y se mete como el hocico de un perro rabioso entre las piernas. Ella trata de mover los brazos, pero se ha quedado sin fuerza, de trapo, inerte. Él le separa las piernas, la sigue hurgando y se baja el pantalón de un saque, "No", alcanza a susurrar ella llorando, "No, por lo que más quieras te ruego", pero cree haberlo dicho tan bajo que él parece no haberla escuchado. "No, por favor", llora, y siente las lágrimas empapándole la cara. Pero él ya arremete contra su cuerpo, ya empieza a hacer presión como un enloquecido. Selva siente que está seca ahí abajo, que le arde esa presión que intenta perforarla, romperla al medio; sí, eso siente, que la quiere partir en dos. Pero el cuerpo de ella no ofrece resistencia, nota que se le está hinchando la piel de la cara, que tiene un ojo semicerrado mientras una vara, un caño, la canilla de la cocina la penetra; porque a él –tumbado sobre su hombro, aplastándola– no lo ve, ve el pico niquelado de la canilla sobre la mesada, brillando en la oscuridad y piensa en eso, en una canilla caliente separando la piel, como un instrumento quirúrgico. Lili le dijo alguna vez que quería estudiar para instrumentadora quirúrgica, que se ganaba bien y que, por ahí, hasta se levantaba un médico, un muchacho bueno, perseverante, de esos que hacen diez guardias por semana con tal de juntar platita para casarse, tener hijitos, la casita y el auto, ah, y las vacaciones en una playa. Pero ella, ahora mismo, ya está en la playa, sin médico ni familia ni nada, con esa canilla martillándole las tripas, más y más adentro. Le duele; siente un ardor tan fuerte ahí abajo como el fuego que le quema la cara. Y ruega que todo termine pronto, cierra los ojos y le pide al cielo que se acabe de una vez el dolor; piensa que apenas pueda sacarse de encima ese cuerpo sudoroso se va a meter en la ducha y se va a bañar aunque salga un hilito de agua, y se va a fregar bien fuerte ahí abajo para sacarse el olor. Y dentro de

todo, piensa, es una suerte que él no intente besarla, que no haya hecho el menor intento por buscarle la boca, pese a que ella, así quieta, puede olerle la nuca, la oreja, esa mezcla de perfume barato y chivo, un olor que le da arcadas. Siente que se le viene algo del estómago a la boca, y lo contiene justo cuando él se mueve con más violencia, agitado, como si él también estuviese apurado por terminar e irse. Y cuando él empieza a agitarse como si le diera un ataque cardíaco, cuando le grita: “Puta de mierda, tomá, tomá”, como si le estuviera dando algo, en ese preciso

instante, ella no puede contener más la arcada y vomita acostada, vomita sobre él un líquido espeso que le baña el hombro y la espalda a él, que se aleja de pronto y la putea, la reputea como si hubiese visto al diablo. Y se acomoda el pantalón, agitado, casi sin aliento, y la sigue puteando, y se ríe. “¿Tanto te gustó, putita de mierda?”, dice parado contra la puerta, “¿Tanto?”. Él de golpe se pone serio, se sacude la camisa vomitada con la mano y se aproxima hasta pegar la cara contra los ojos de ella.

–Ahora te vas a quedar calladita, ¿sabés? Porque esto lo sabemos sólo vos y yo. Y ojo con abrir la boca. Ojo con comentarlo con nadie. Te ponés un poco de hielo en la jeta y te quedás acá quieta hasta que se te pase. Y ni una palabra, o no sabés lo que te espera. Puedo venir una noche con unos amigos, y te hacemos mierda,

¿entendés? Vas a aparecer flotando en el océano y te van a comer los pescados que ni tu familia te va a reconocer. Así que callada, si querés seguir viva. Y si alguien te pregunta, te caíste; te resbalaste y te fuiste de trompa al piso. Eso.

Agitado se lo dice, yéndose, desde la puerta. Y antes de salir se pone un dedo debajo de un ojo con ese gesto amenazante. “Ojito”, vuelve a decir. Y desaparece por el lado del patio.

Selva no se puede mover. Ni siquiera puede cerrar las piernas que han quedado abiertas como él las dejó. La puerta está abierta, pero ella no puede hacer nada; ni siquiera bañarse como quisiera. Tiene el pecho agitado, sucio de vómito, pero ya no huele nada. Cuando él se fue se llevó con él ese olor que la ahogaba. No puede ni siquiera acomodarse. Siente que lentamente va recuperando la respiración normal y empieza a sentir frío, que su cuerpo humedecido le parece ajeno, como algo que lleva a cuestas, y tirita. Apenas consigue mover una mano para tomar la manta arrugada del costado y cubrirse. Siente que se va a morir de frío esa misma noche, con la puerta abierta. Que cuando se duerma va a subir el mar y va a cubrir todo, el local, la piecita, a ella misma la va a tapar. Y se va a morir en un sueño, dormida en el agua, sin siquiera moverse. Y va a ser lo mejor.

35

La semana siguiente fue de soledad y silencio: la voz de la radio del auto divagando trivialidades sobre una escena rural quieta. Alambrados, vacas, zanjas, ranchos pobres, banquinas, estaciones de servicio con sus bares de 24 horas, rutinas del camino. Salía muy temprano y regresaba a la noche al Excélsior, una habitación de techos altos, calurosa, con ventana a la plaza y un ventilador de techo lento e inútil. Imaginó que Caty estaba al tanto de los cambios, pero eso no mitigaba el extrañamiento de la ausencia, una especie de amputación violenta.

El viernes, cuando terminó el periplo por los pueblos, entraba agotado al hall del hotel cuando lo atajó el viejo que hacía de conserje y mucamo. Robles, el encargado de edad indescifrable, quizá octogenario, siempre llevaba un cigarro de hoja apagado en la comisura de la boca, apagado como sus gestos, imperturbable. “Le dejaron algo”, dijo con una voz que provenía de las tripas; y le extendió un papel. Cornejo lo esperaba esa noche en su casa. Nunca había ido a ese lugar, en las afueras. Sabía que alquilaba una especie de quinta con pileta en el barrio nuevo y próspero, edificado donde terminaba la avenida de los Colonizadores. Le intrigó la cita; estaba rendido por el calor y el trajín de la ruta, así que se bañó, tomó una cerveza en el bar y partió de nuevo.

Miró con desagrado la dirección del papel mientras avanzaba a paso de hombre. Estaría mejor en la cama del hotel; ni hambre tenía. Las casas de ese sector eran notablemente distintas a las del resto del pueblo, parecían romper la armonía general con improntas pretenciosas, como si algún arquitecto de dudoso gusto hubiese decidido copiar mal algo que había visto en una revista extranjera: voladizos de tejas esmaltadas, parquizaciones con cascadas, balcones con desayunadores que seguramente nadie utilizaba, desmadres de hormigón, exageraciones de cemento, todo un muestrario de despilfarro vulgar. “Un lugar adecuado para Velmar”, pensó cuando estacionaba observando el frente de falsas gárgolas con angelitos de mofletes hinchados, cerámicos chillones y bronces excesivos. Más llamativo resultó que le abriera la puerta el contador, con un delantal blanco sobre su ropa siempre holgada que parecía bailarle sobre el cuerpo magro. Poli dedujo que el personal del pastor no tenía nunca una única función. No le hubiera extrañado que los Chichos, a más de evangelizadores barriales, fuesen los jardineros.

Pero no entraron por el frente: el contador lo condujo por el

camino que rodeaba la construcción hasta un quincho posterior, vecino a la pileta, donde se olía a carne asada. Bajo una lámpara amarilla espantabichos, Velmar Cornejo, con una de sus guayaberas abierta hasta el ombligo, ojotas y un short multicolor, revisaba unos papeles sobre una mesa larga de tablones montada sobre caballetes.

–Pase, pase, Leopoldo... bienvenido. Póngase cómodo, che –dijo de modo impostado, casi sin desviar la vista de la papelería.

El contador se dirigió a la parrilla y se puso a acomodar las brasas. Poli revoleaba ocasionales miradas tratando de descubrir a Caty. Una semana sin verla había sido demasiado. Cornejo le sirvió cerveza y lo miró de golpe a los ojos.

–¿Cómo anduvo por los pueblos?

Poli suspiró antes de responder. El olor del asado le había abierto de pronto el apetito casi con salvajismo.

–Bien; bastante bien. Los datos del listado eran buenos –metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes importante por el tamaño, plata manoseada, mucho cambio chico.

–No, ahora no –dijo Cornejo como si esa plata ensuciara o portara el virus de la pobreza–. Después le rinde al contador...

Comieron los dos mientras el contador permaneció sobre la parrilla. Poli lo vio mordisquear algo de parado. El vino era excelente, las mollejas crujían; Poli deglutió con voracidad todo lo que le sirvieron como una escofina nueva y afilada, evitando mirar la boca de Cornejo que no se cerraba del todo al masticar. Cuando no pudo más y empinó el vaso plástico berreta que contenía un maravilloso Fabre Montmayou Grand Vin, escuchó el estallido en el agua, un chapuzón inesperado que lo sobresaltó en más de un sentido. Al principio no quiso mirar; advirtió la sonrisa complaciente del pastor. Luego le pareció que despertaría sospechas esa actitud de no girar la cabeza hacia la piscina, iluminada por unos reflectores potentes de haces blancos. Alcanzó a ver el cabello mojado cuando emergía la cabeza y se acomodaba la melena con las manos, pero volvió la vista hacia el vaso semivacío y bebió hasta la última gota.

Cornejo se puso de pie de golpe y salió del quincho. Ayudó a Caty a salir del agua con gestos paternales:

–No, mamita. Vos ahora te tenés que cuidar mucho. No nos hagas esto... nada de agitarse.

Poli miró a Caty empapada, en su malla blanca enteriza. Parecía la hija de ese tipo cursi y meticuloso; un padre que la reconvenía como si ella estuviera enferma. Recordó la visita al médico, y se quedó intrigado por los modos de Cornejo, envolviéndola en un toallón y

acompañándola hacia el interior de la casa, como ocultándola. Ni siquiera alcanzaron a cruzar un saludo; apenas entrevió una mirada triste de ella, dirigida hacia el interior del quincho. Otra vez resucitó su idea de la cautiva: antes en el campo, ahora en Danel, prisionera del cura nefasto en esa cárcel suntuosamente berreta de vasos de plástico y zapatos blancos de charol. Y ella, encima, enferma. No podía hacer nada, salvo raptarla y llevársela lejos del pueblo. Pero pensó que eso quizá fuera para ella un cambio de amo, y un cambio lleno de incertidumbres peores.

Irse con un tipo al que sólo le quedaba en el mundo una camioneta llena de dentífrico.

Apuró un trago para no pensar huevadas. Velmar Cornejo regresó a la mesa con un gesto serio.

–Mire, Leopoldo. Voy a necesitar que lleve mercadería a otros templos. Tómelos como clientes: la comisión es la misma. Pero va a tener que recorrer una zona más grande, hasta Córdoba. Le pagamos los gastos, claro.

Poli malició que el pastor lo quería alejar deliberadamente de la escena daneliana. Hubiera sido más sencillo enviar el material evangélico por un transporte, pero Cornejo insistió en la necesidad de afianzar vínculos sociales y la urgencia financiera de hacerse de efectivo rápido: “Tenemos que pasar un cuello de botella con el proyecto, y hace falta mucho cash”, se justificó poniendo tono de economista.

Poli no estaba en condiciones de rechazar nada. Apenas se atrevió a pedir que le pagaran un cambio de aceite, además de los gastos diarios. Acordaron todo con rapidez, y Poli se puso de pie.

–¿No se queda a comer el postre?

Poli pensó que el único postre que lo satisfaría estaba adentro de la casa, envuelto en una toalla, con el pelo mojado, así que se excusó con el cansancio cierto que, sumado al vino, ya lo adormecía. Cuando pisó la vereda, se detuvo a escuchar el profundo silencio de grillos que poblaba la calle; limpió con la mano el parabrisas húmedo de rocío. Ese frío sobre la piel se la erizó como si fuese eléctrico.

Estacionó frente al Excélsior. Cuando cerraba la puerta de la camioneta, miró la ventana encendida en el piso superior a la farmacia. Chasqueó la lengua, giró hacia el hall del hotel, y casi por inercia decidió cruzar la plaza en sentido opuesto. Tocó dos timbrazos breves; aguardó. La puerta se fue entreabriendo de a poco. El gesto de Elsie Vogelmann, pese a sus palabras, no fue de sorpresa:

–Vaya milagro –dijo con ironía.

Poli estaba apoyado en el marco de la puerta.

–¿Hacen curaciones fuera de hora?

–Hoy casualmente estamos de turno –respondió instalando un gesto perverso en su boca.

Lo tomó de un brazo y lo metió con un impulso hacia adentro.

Poli focalizó la mirada en el déshabillé ligero de Elsie, en el brillo rosado que recortaba el cuerpo por sobre las opacidades de la escalera y las paredes color mate. No distinguía sus rasgos en esa penumbra que apenas cortaba la luz sesgada que venía de lo alto, como si aquella escena estuviese preparada adrede para completarse con la imaginación, plagada de puntos ciegos como líneas de fuga hacia fantasías mentales acicateadas por el calor, el silencio del entorno, la estrechez del espacio. En ese espacio, pensó, Elsie podía ser cualquier mujer, otra, una mujer innominada y en celo que olía bien. Y él mismo bien podía ser cualquier otro que supiera que Elsie estaba allí aguardando, un accidente nocturno.

Ella no habló; permaneció detenida un instante al pie de la escalera, apoyada contra la pared. El reflejo trazaba una línea drástica en el ruedo del déshabillé, por sobre sus rodillas. Y la proximidad de esa piel lívida, de los muslos magros, no le hubieran resultado atractivos a Poli si ella no flexionara de un modo tan insinuante las piernas, apoyando la planta del pie –el más lejano a Poli– y la espalda sobre la pared. Ese breve movimiento donde el cuerpo de ella se tensó aguardando de él una actitud equivalente, fue suficiente para que Poli se aproximara. La tomó por la cintura y sintió la mano tibia y exasperada que se le metía entre la ropa, que buscaba, descorría, desabrochaba con ansiedad, jadeando por la boca que ya bajaba, se reclinaba ante el tótem erecto de su pija, apropiado por una mano rígida que lo empuñaba como un bastón de mando, dispuesta quizá, luego, a deglutirlo. Poli se fue reclinando sobre la escalera hasta quedar sentado, un par de escalones arriba; Elsie sumergió la cabeza en ese otro balneario, más concreto y trivial, que se abría entre las piernas de él, y comenzó a devorarlo, a tragarlo, a engullirlo desde la ingle. Él alcanzó a pensar en la independencia de criterio del pene, en esa reacción animal que respondía, sin que mediara su voluntad, al despotismo del estímulo apropiado y sólo a eso. Esa otra cabeza autárquica e irreflexiva. Porque aunque la mente de él acopiase a velocidad memorias sexuales antiguas o recientes, arrojando imágenes, voces o actitudes al foco de la conciencia inmediata, la otra, la testa demente se cagaba en todo eso, aferrada no sólo por la mano y la boca de Elsie, sino por un presente absoluto e irreductible.

Y a medida que acababa en la boca movediza de Elsie, y que ella succionaba todo, sorbía como evitando desperdiciar o mancharse el déshabillé rosado, vaya a saberse, que asimilaba esa lava agria, Poli se

iba aflojando sobre los peldaños como un cuerpo informe de muñeco desarticulado. Un instante depués, la vio pasarse la lengua por los labios, sonriendo.

–Chancho –le dijo– sos un cerdo.

Pero su mano siguió actuando sobre el miembro muerto, amasando hasta provocar una reacción. Poli estaba entregado, desplomado y todavía tremolaba por los latigazos del espasmo reciente –sumado al vino y al colesterol del asado– como pequeños infartos cardíacos, pero fue notando cómo la manualidad, la artesanía farmacéutica

comenzaba a operar el milagro, amorcillando, despertando al niño, cuando Elsie le susurró.

–Los tipos, después de coger, se vuelven criaturas...

bebés. En el único momento en que son hombres, es cuando se les para... y dura poquito, tan poquito.

Pero su mano de orfebre experimentada insistió en volverlo hombre. Y lo logró con esa sapiencia ancestral de mujer sufrida, cogida y abandonada mil veces, pero siempre con un resto como para recomponerse y volver a la carga. Poli se paró tomándose del pasamanos de la escalera, la dio vuelta y le palpó los muslos desde atrás. Ella, arrodillada sobre los escalones, tensó el cuerpo flexionando la espalda hacia él, y Poli no pudo evitar el ramalazo que la memoria táctil de las

yemas de sus dedos le trajo de la piel suave de Caty, una piel novísima con muchas miles de depilaciones menos que Elsie. Pera estaba allí y ahora: hizo a un costado la bombacha como si descorriera la cortinita de la ventana de un micro de larga distancia; sintió el temblor húmedo, el bicho que rugientemente mudo latía en la espesura, empapado, ardiente. Y se enterró como por un pasillo hasta el fondo oscuro que parecía llegar hasta las amígdalas de la boticaria. Ella gritó, lo insultó y se empezó a mover como una loca espástica, como si él le mandara corriente alterna por un pene ya invisible, inmolado en ese géiser vaginal. Serrucharon como perros sin detenerse un instante, azuzados por la voz de arreo de ella, que no dejaba de provocarlo, de incitarlo a que la partiera en dos como un queso con una cimitarra, con un facón campero o un sable corvo sanmartiniano, para no desdeñar los símbolos patrios. Poli la tomaba –gauchesco– del pelo como rienda, la tironeaba una y otra vez produciendo el relincho maula de la potranca, y hasta hubiera querido tener un rebenque para enjaretarle unos buenos cuerazos, antes de que lo inevitable

–un orgasmo prolongado de ella, acompañado de gritos cuasi de parto– las punzadas finales, los tumbaran como arrojados al piso desde el cielorraso. Poli no supo si estaba acabando de nuevo o se estaba meando, pero cualquiera fuese el líquido, sintió el

inconmensurable placer de desalojarlo.

–Bestia –le dijo ella con rencor, después, cuando recuperaba el aliento–. Sos un bruto –y sonrió.

Él no pudo hablar, pero entendió, con un residuo de lucidez preservada al margen de la escena, que la expresión de Elsie no se refería a él, que ni siquiera era real. La "bestia" que seguramente idealizaba Elsie, no era Poli. Quizá fuese una sucesión exasperada de polvos que su mente, en un compendio onanista, podía condensar en la memoria instantánea. Una bestia idealizada en el tiempo, en todas las noches que seguramente la boticaria pasó a solas, con su lámpara de Aladino encendida, frotada y refrotada, sin que acudiera bestia o cachorro alguno. Pero si él estaba allí y ahora para encarnar la fervorosa febrilidad, danelesca, noctívaga de Elsie, se prestaría gratuita, voluntariosamente a completar ese vacío viril de la fantasía farmacéutica. Quizá pudiera atribuirse la enjundia al vecino olor de las drogas, caviló Poli, a una prolongada incompletud u otras ausencias, pero no le costaba un carajo ser un cachito esa fiera que pretendía la Vogelmann, y hasta lo convertía en buena persona ante su conciencia y, de existir algo así, ante un dios omnipresente. Todas esas huevadas pensó Poli que estaba pensando, en tanto se recuperaba de la taquicardia. "¿Querés bestiabruta? ¿Eso querés? Te doy bestiabruta; y después te dormís con una sonrisita enamorada como la que seguramente pusiste alguna noche, hace muchísimos años, cuando creías en el amor."

36

Se despierta entumecida, en la misma posición en que se quedó dormida. Siente el cuerpo pegoteado debajo de la manta. Ruega que haya sido un sueño, una pesadilla, pero ve la puerta abierta, la pieza revuelta, las cosas de la mesada en el piso, el sol iluminando el desorden. Le duele todo, pero hace un esfuerzo y se para, apoyándose sobre las manos para sostenerse. Lo primero que hace es ir al baño, al espejo. La asusta lo que ve: la cara tumefacta, un ojo negro; no es tanto lo que le duele como lo que la impresiona. Busca hielo en el congelador, lo envuelve en las hilachas del vestidito que lleva colgando, y se lo pone en la cara. Está obedeciendo las instrucciones. ¿Qué va a hacer ahora? Piensa que va a hacer la denuncia y él la está esperando en la comisaría, quizá hasta vestido de cana; que los amigos de él, canas gordos y sucios, se le van a reír cuando quiera hacer la

denuncia. Que ni Miriam le va a creer. Miriam que ni debe saber quién es Julio, y por ahí hasta piensa que ella, Selva, lo anduvo provocando. Piensa que no puede salir con esa cara a la calle. ¿Qué le va a decir a Nahuel si se lo cruza? No quiere ver a nadie. La piecita huele a vómito.

Abre la ducha. Sale un chorrito miserable. Se arranca lo que queda del vestido. El agua está helada; no encendió el calefón, pero se queda así, con la cara bajo el hilo frío que le va recorriendo el cuerpo con parsimonia. Y empieza a fregarse con el jabón, frenética se restrega el cuerpo y bien ahí abajo, ahí donde anduvo el hijo de puta. Que no quede ni una huella, ni una gota asquerosa del mal parido. Casi se lastima de tanto apretar las uñas enjabonadas contra la piel. Si pudiera me arrancaría toda la piel y me quedaría encerrada hasta que me salga una nueva, se dice. Recuerda la piel de las serpientes en una documental, que se la sacan y la abandonan como si fuera ropa vieja. Eso quiere.

37

Cruza la calle. Todavía le tiemblan las piernas. Danel duerme el sueño vacuo de la noche calurosa, con un olor a espirales que se filtra por los postigos de las casas. Los grillos parecen haber tomado la plaza. Empieza a cruzar lentamente por el camino de grava ruidosa hacia el hotel y piensa en Caty. ¿Qué le pasa? ¿Está enferma? Recuerda la obscenidad en los cuidados del pastor. La mudanza al Excélsior ha cavado una trinchera entre ellos. Y pese a que acaba de coger con Elsie, de agotar el cuerpo (siente el sudor entre la ropa) y quizá la mente, ahora mismo quisiera llegar a su cuarto y meterse en la cama con Caty; encontrarla ahí aguardándolo con el aroma fragante de esa piel para pegarse a ella y olerla como un sabueso. Cuando piensa en eso siente una llamativa excitación, por encima del cansancio, algo impensado, como si el otro cerebrito no tomara en cuenta sus años y su capacidad circulatoria, cardíaca. Quizá, piensa, es un simple reflejo residual de la escena anterior, pero calcula con voracidad que podría penetrar el cuerpo de Caty sólo para descansar en ella, desmayarse ahí, abandonarse para hacerle los hijos que Cornejo no ha hecho, pibes acrisolados de gringo y aborigen, de eslavo y mocoví, un liberto que nazca de esclava y viajante. Una locura, dice para sí, y sonríe.

Cuando llega a la vereda que enfrenta al hotel, sentado en un

banco de la plaza, lo ve a Quaglia.

–¿Nunca duerme, maestro?

–Ojalá pudiera... Oiga, qué cara de palma...

–Sí, día pesado... ¿Se sabe algo? ¿alguna novedad?

–Todo dentro de lo previsto, Leopoldo. Ninguna sorpresa. Ah... cuídese de Silva. Acá lo conocemos bien. Es un malandrín, un busca; no le confíe.

–¿Me lo dice por algo en particular?

–No, bueno, hoy se metió en su cuarto y le anduvo revisando las cosas. No se llevó nada, tranquilo. Pero cuando anda revoloteando, cuando aparece por el pueblo, seguro que es para cagar a alguien.

Poli pensó que no tenía nada de valor en la habitación. Pero se le revolvió el estómago.

–Seguramente quiere saber en qué anda el personal.

Tendría que ponerlo en caja a ese.

–No. Tranquilo; hágase el gil, no levante la perdiz.

Pero esté atento con esa runfla... mala fariña.

–Pero la obra avanza, ¿no?

–Así parece. La semana que viene instalan las máquinas.

–No sé si voy a estar... me voy a Córdoba.

–¿Por el trabajo?

–Sí.

–Mmm.

–¿Sospecha algo?

–Lo están sacando de la escena.

Poli había pensado eso, pero sólo vinculado a Caty, y no quiere comentar nada con Quaglia, aunque intuye que el viejo sabe todo y se calla delante de él.

–Tengo una gira grande; no sé si voy a estar aquí para ese momento.

–Trate.

–¿Le parece?

El viejo afirma con la cabeza.

–Si hay algún quilombo, lo van a dejar pegado. No se va a poder defender. Y usté no hizo nada, ¿no?

–No; vendí huevadas. Nada más –contesta Poli, pero duda sobre alguna complicidad que pudiese inferirse de

la proximidad con Cornejo.

–Usté le hace la caja chica, Leopoldo.

–Sí, claro. Vivo de eso.

–Mire, se lo dice un boludo viejo: vaya pensando en algo, porque esto no le va a durar mucho.

Se saludan. Poli sube a su habitación con esas palabras de Quaglia en la cabeza: “No va a durar mucho”. Otra vez la incertidumbre; otra vez en el aire. Tiene un pequeño ahorro pero se lo va a comer en un mes, a lo sumo. Quizá con lo que junte en la gira... Ahí hay una posibilidad, calcula: si al regreso hubiera algún problema puede tener una buena recaudación en el bolsillo, plata del pastor, del templo o de quien fuere. Tarda en dormirse.

A la mañana lo despierta el teléfono, negro, antiguo, sin disco ni botones. La voz del viejo Robles le anuncia con desgana que lo esperan abajo. Cuando pregunta “quién”, el amargo ya cortó. “Puta”, dice y se mete en la ducha corriendo. Ya el día empieza mal. Se baña rápido y baja al hall medio mojado todavía.

La ve al costado del mostrador. Es temprano; llegó antes que el contador. A Poli le late el corazón. Lleva un vestido blanco, el pelo suelto llovido sobre la espalda. Conoce esos hombros aterciopelados:

–Por fin –dice ella con la ansiedad que le cruza la cara, desencajada.

–Estás... preciosa –responde él.

Ella sonríe sin alcanzar a quitarse la preocupación del gesto.

–Escuchame Poli –acentúa observando con el rabo del ojo que Robles esté lo suficientemente lejos–. Estoy embarazada... de vos. Él no lo sabe; vayámonos juntos...

Se sobresaltó cuando notó la puerta de la camioneta abierta. ¿La había dejado así? Bueno; en Danel no robaban autos tal vez por la insularidad del pueblo: nadie podía ir muy lejos sin ser descubierto. Ni bicicletas robaban. Pero dudó porque él realizaba siempre el movimiento mecánico de hacer girar la llave apenas cerraba la puerta. Después se dio cuenta de cómo fue, porque los cristales tapados de garúa y la sombra de los árboles, no le permitieron ver a Silva sentado en la butaca del acompañante.

–¡Vamos, viejo! Hay que laburar. Se sobresaltó.

–¿Qué...?

–Que tenés un trabajo largo por delante, eso.

No supo si putearlo o sonreír. El tipo tenía esos tics de rufián que suscitan desde odio hasta simpatía.

–¿Cómo abriste?

Silva levantó la mano mostrando un alambre finito en forma de

gancho en el extremo:

–Si todo fuera así de fácil, Poli...

–Leopoldo –corrigió Poli.

–Leo.

–¿Pasa algo?

–Pasa que te vengo advirtiendo: ojo con la pendeja, no te vayás al carajo; y vos nada.

–Yo no me voy a ningún lado. Me parece que vos no entendés y te estás tomando atribuciones.

–Mirá, Leo. A mí lo único que me preocupa es que el negocio cierre redondito. Si después te garchás a la farmacéutica o al viejo Quaglia, me da lo mismo. Pero la pendeja es otra cosa, porque da la casualidad que es la mujer de mi socio, ¿está?

Poli hizo un esfuerzo por no agarrarlo del cuello; contó hasta diez.

–Decime, Silva, ¿hasta cuándo me vas a hinchar las pelotas? Yo acá trabajo, y ahora mismo tengo que salir a la ruta. No vuelvo hasta la semana que viene. Así que te pido que te levantes y te dejes de decir pelotudeces.

El tipo sonrió:

–Mirá, Leo...

–...no me llamés así. No soy amigo tuyo.

–...la semana que viene vamos a abrochar todo. Te recomiendo, si querés como socio de tu jefe, que no te mandés ninguna cagada. A mí la del enamorado no me la vendés, viejo. Andá; traé toda la guita que puedas juntar y, antes de pisar Danel, desde cualquier pueblo vecino, estación de servicio o donde fuere, me llamás por teléfono y te doy instrucciones. ¿De acuerdo?

–Eso me lo tiene que ordenar Cornejo; no vos.

Silva, sacó del bolsillo un celular, tocó un botón de la memoria, habló medio en clave y se lo pasó a Poli:

–Leopoldo: le pido por favor que siga las instrucciones de Silva. Yo voy a andar muy ocupado. Él ya sabe cómo manejar las cosas.

Poli se quedó cortado. Apenas alcanzó a decir “De acuerdo” y le devolvió el teléfono a Silva, que sonreía condescendiente. Le extendió una tarjeta con un número. Abrió la puerta y se paró envarado, alisándose el pantalón:

–Ya sabés. Me llamás antes de llegar... y suerte, che.

No respondió; sentía que se esforzaba por no mandarlo a la mierda. Puso el motor en marcha.

Sentado en la cabina de la camioneta, observando la ruta límpida, escucha todo el tiempo las palabras de ella, repetidas una y otra vez. Irse juntos, escapar de Danel, de Cornejo, del mar artificial, de Silva. Pero ¿escapar para irse adónde? Tirados, abandonados en el mundo sobre una camioneta con libros religiosos y dentífricos; una camioneta que fatalmente se va a quedar sin nafta, que va a decir basta, como los ahorros de Poli. Ella no tiene nada; ni ropa para llevarse sin llamar la atención. "Cuando vuelvas, llevame con vos. A cualquier lado; no me importa...". Repican las palabras, la voz agónica de Caty. Él sabe que puede dejarla, que puede olvidarse de todo aunque le duela. Que el hijo que espera puede llevar el apellido del pastor, una alegría para Cornejo.

¿Un hijo suyo, de Poli, cedido graciosamente a ese tipo para que, el día de mañana, predique como él, use sus zapatos blancos de charol, sus guayaberas? ¿Eso quiere? El pibe, al menos, no va a pasar hambre: Caty lo va cuidar, lo va a mandar a la escuela, y va a saber siempre el origen del chico, se lo va a callar. "Yo podría –le dijo–, quedarme muda para siempre. Pero antes quiero saber si vos...". Ahora Poli, que se acaba de desprender de Silva, siente que le tiemblan las manos en el volante. Tiene una semana para decidir qué hacer.

Recorre pueblos idénticos: La Francia, El Tío, esa parte llana de Córdoba que podría ser cualquier lugar, siempre la horizontalidad de la llanura. El sol arriba aplastando todo a mediodía. Templetes en casas prefabricadas, iglesias mínimas inventadas sobre cualquier construcción precaria. Y de todos lados sale gente como los Chichos: pobres con camisa y corbata raídas, gestos obnubilados; ex delincuentes con el cerebro liso, lavado de historia; marginales que predican un cielo futuro, algo del más allá; más allá de ese horizonte plano. Pagan, todos pagan religiosamente (nunca mejor aplicado el término, piensa Poli que cobra). Pagan evangelios, dentífricos y enjuagues bucales benditos. Sueltan la plata como si estuvieran comprando la inmortalidad. Son fáciles, creen en lo imposible.

La camioneta se detiene apenas a mediodía en pequeñas parrillas de la ruta, en estaciones de servicio con bares idénticos que ofrecen, invariablemente, los mismos sándwiches de miga envasados. Poli duerme en la camioneta. A la mañana se lava en baños con olor a nafta. Carga el termo con agua caliente, toma dos mates y sale a la ruta. Avanza hacia la ciudad que no va a tocar salvo en los suburbios. El paisaje va mutando: la escenografía de fondo muestra sierras azules como un dibujo. El sol siempre está arriba, clavado. Poli extraña una ducha, un baño limpio. La voz de Caty parece instalada en el silencio de la cabina, llevame con vos, repite una y otra vez. Poli piensa en

Juan y siente un dolor agudo en la boca del estómago, como una puñalada. Va sembrando hijos y biblias en el camino, abandonándolos a su suerte.

Una semana más tarde, estacionado en una arboleda solitaria, cuenta el dinero. Hay un cheque grande; no está a nombre de nadie, ese espacio está vacío, apenas lo han cruzado con dos líneas breves. Vaya a saberse quién es el firmante. Podría ponerle su nombre y depositarlo en un banco. Es mucha plata, una deuda con Cornejo que él, su representante en la tierra de los caminos, acaba de cobrar. Poli ha firmado un recibo de la iglesia por ese cheque; está dentro de sus atribuciones, como si

vendiera semillas de soja, gasoil o forros. Deja el cheque aparte; acomoda la plata chica, plancha con los dedos los billetes arrugados de sirvientas, jornaleros, peones; billetes de ancianas desahuciadas, de cancerosos, de desesperados; plata que proviene de historias idiotas y tremendas, de fábulas absurdas, de terrores, plata sucia siempre. Siempre, piensa.

El cheque sigue ahí, a un costado. En el primer pueblo del regreso –casualmente Montecristo, con toda su bíblica carga– ve el cartel del correo. Compra un sobre; escribe de memoria el nombre de Eugenia en el renglón libre del cheque, lo envuelve en una hoja blanca, lo mete en un sobre que cierra con la lengua y asegura con los dedos. Relame el sabor agrio del pegamento en la lengua y se lo quita en la mano. Escribe de memoria el nombre y el domicilio del destinatario; sin remitente. “Certificada”, le dice al empleado. Ya está; para Juan, piensa. Aunque Juan no lo necesite y aquel gesto no sea más que su culpa hecha carta. Cuando el empleado pone el sobre en una bolsa y ya no hay modo de rescatarlo, sabe que está jugado. Va a tener que pagar seguramente algún precio por aquel desvío, pero ya no le importa. En alguna medida se está cobrando algún tipo de plusvalía por el simple hecho de quedar pegado al pastor, al turro de Silva. Le viene a la cabeza la imagen de los Chichos, caminando barrios miserables con sus corbatitas y sus portafolios berretas. Piensa en qué oscura culpa deben estar pagando esos dos, en el miedo elemental y recóndito que los somete a esa persistencia.

Nunca le distraerían un mango a Cornejo esos tipos, porque el precio sería el infierno directo, sin purgatorio ni un carajo de alternativa intermedia.

Faltan trescientos kilómetros para llegar a Danel; si todo marcha bien, puede llegar a la caída del sol; un día antes de lo previsto. Antes de lo que preveen Silva, Velmar Cornejo, el contador flaco, esa runfla que ahora se va a tener que cuidar muy bien en evitar.

38

Dos días sin pisar la calle. Por suerte no vino nadie. De noche, tarde, cuando la calle ya está calma y los turistas parecen haberse ido a dormir, pasa al local a oscuras y barre la arena, iluminada por los reflejos tenues que vienen de afuera. Ha dejado de hacer la limpieza; apenas acomodó el cuarto e hizo un bollo con las sábanas y la manta mugrientas que quedaron tiradas en un rincón del piso. El colchón se orea en el patio trasero. Desde ese día, duerme sobre el elástico tapada con ropa.

Cuando termina de recoger la arena, se sienta en una de las mesitas del fondo, mirando hacia la calle. Hay silencio; si aguza el oído cree que puede escuchar las olas rompiendo en la costa; apenas pasa algún auto a esa hora en que la calle ya dejó de ser peatonal. El brillo amarillento del alumbrado público tiñe todo lo que se ve a través de la vidriera, un televisor con una imagen congelada.

¿Y si estoy embarazada? ¿Y si ya tengo metido un bicho como él, un bicho asqueroso que va a oler como él y ya está creciéndome adentro? Sale al patio; tira las sábanas y la manta contra la pared del fondo, toma los fósforos y las enciende. Se van prendiendo fuego de a poco, tímidamente. A medida que las llamas crecen, Selva se aleja. El brillo de la fogata ilumina todo el patio emparedado de bloques con un rojo intenso. De pie, hipnotizada, se queda observando cada detalle, cómo se va convirtiendo todo en cenizas. Cuando se apaga el último resplandor comienza a subir por la pared un humo blanco. Ya no quedan rastros, es todo polvo. La hinchazón en la cara ha cedido, apenas le queda el moretón oscuro debajo del ojo.

Mañana va a llamar a Waldo. Siente que la playa y el mar, ese lugar que le parecía tan grande y limpio, ahora ha desaparecido; que está enjaulada en un sitio roñoso del que no puede huir.

Es una noche tibia; Selva no siente ni frío ni calor; come arroz hervido desde hace dos días. No se preocupa por cerrar la puerta: deja abierto mientras come sobre la mesada, mirando el paredón gris del fondo del patio.

Durmió mal; tuvo frío durante la noche. Se mira en el espejo a la mañana: la marca sigue ahí, violácea bajo el ojo, aunque bajó la inflamación. Quiere ir a la playa, a ver si el paisaje le ventila la cabeza de ideas raras, ideas que le dan miedo. Nahuel no puede verla así,

tendría que darle explicaciones; tiene que ir sola.

Golpean el vidrio del negocio. Escucha desde el cuarto. Entreabriendo apenas la puerta, por el espacio mínimo que controla, descubre la carita infantil de Nahuel, la piel quemada, los bracitos flacos. Él no la ve; se queda quieta esperando que se canse y se vaya. Los segundos pasan con extremada lentitud. Selva quiere que la mañana se oscurezca de pronto, que la gente se quede en sus casas, en sus hoteles, que le dejen la calle libre para ella sola, que nadie la mire, porque cree que todas las miradas la van a acusar.

Pasa una hora. Toma mate en silencio, tratando de no hacer ningún ruido que la delate. Ya está lista: sale al patio trasero, cierra la puerta con llave y avanza por el pasillo. Al llegar a la vereda asoma la cabeza como una espía. Nada. Avanza hacia el sur, alejándose del centro. No se puso malla; lleva un jean liviano y una remerita. Camina varias cuadras hasta donde termina el asfalto y la calle se hace de arena. Y sigue en esa dirección hasta que un médano enorme desvía la calle. Allí dobla a la izquierda, hacia el mar. Se quita las sandalias y trepa el médano con esfuerzo, enterrando los pies en la arena blanda y caliente que quema los pies, si bien adentro está más fresca, como húmeda. La playa ahí es más ancha. El paisaje, visto desde lo alto de las dunas, parece otro, distinto al de la playa del centro; como si todo fuese más salvaje, más natural. Pero se tropieza con un envase plástico de gaseosa: la gente es inmunda, ¿cómo van a tirar esta basura acá? Baja del médano hacia la playa y se sienta a descansar. Cuando extiende las manos a los costados del cuerpo, sobre la arena, toca algo rígido: una palita, de esas que los padres les compran a los chicos, plástica pero rígida. Algún chico la estará buscando. Comienza a jugar con la arena; cava casi sin darse cuenta, sin el menor esfuerzo. ¿Adónde irá un pozo que empiece aquí y siga kilómetros para abajo? ¿Habrá agua abajo, habrá más mar debajo de toda la playa?

Mira el horizonte y va acercando la mirada hasta la rompiente, donde las olas adquieren espuma. En el borbollón de la estampida, de la quebradura del agua, parece descubrir caras en la espuma, ahogados, y se acuerda de lo que dijo Nahuel de los cadáveres. Nadie podría descubrir algo oculto en semejante cantidad de agua, pero el mar trabaja, está vivo, y manda las cosas, los cuerpos, todo para afuera, como si vomitara lo que no le corresponde sobre la playa. Quizá esa misma palita plástica estuvo antes en el fondo del mar, hace meses, o años, y el océano la echó hasta allí. Quizá hasta ese chico que fue el dueño de un jueguito de playa de plástico rojo, que seguramente venía con baldecito, ya creció, ya tiene novia, ya toquetea a la novia el asquerosito, y se la quiere violar, si ella no acepta por las buenas. Suelta la palita como si estuviera infectada con algún virus; la mira. Te estás poniendo idiota, Selvi, se dice, muy tonta, y se recuesta en la

arena mirando al cielo. Cierra los ojos. El sol la abriga; se duerme.

Cuando despierta ha perdido la noción del tiempo. El sol cae en el horizonte. ¿Cuánto tiempo pasó? En esa playa la gente permanece muy alejada, como si nadie quisiera tener vecinos ni verle la cara a nadie. Toma la

palita que sigue a su lado, se para, se sacude la arena, y empieza a caminar de vuelta hasta el local, con el juguete aprisionado en su mano.

39

Cuando llega al acceso, desvía a la derecha, en vez de a la izquierda. Enfila decidido hacia Nuevo Danel, el pueblo escindido al que enviaran a los negados, a los infelices del otro Danel originario, ya desde los tiempos de la colonización; donde está el cementerio, la fábrica de ataúdes, un par de floristas y un hotel alojamiento, todo lo que Danel no quiere mostrar como si fuese vergonzante, otro Danel réprobo.

De pronto ese mundo que hasta ahora lo contenía con levedad, como a un objeto ubicuo del paisaje, vuelve a ser un espacio ancho y ajeno. Poli se distancia como si un rayo gélido fuera posible bajo ese sol turro.

¿Qué le queda allí? Un bolso con ropa usada, pavadas. Lo único, lo último, es Caty, Anahí prisionera de una leyenda aborigen, atada al árbol del ceibo. Dice Caty, Catherine, y reaparece ese gesto implorante, llevame con vos, vayámonos juntos.

La pequeña estación de servicio tiene un mínimo locutorio moderno; dos cabinas de aluminio vidriadas que miran hacia el campo posterior, donde se pierde la mirada, línea de fuga a campotraviesa, medita Poli, y se acuerda de Juan Moreira juyendo y de los maulas mordiéndole la sombra. Y la impresión que percibe no es de ese campo preciso, de ese paisaje ausente, porque la pampa le resultaría casi la negación de un paisaje si no fuera por esos pájaros, una bandada que mancha el cielo. Y se acuerda de las golondrinas que vuelan desde el hemisferio norte, cada año, encarceladas golondrinas en el mandato de volver, de tornar siempre, ellas y sus hijos y sus nietos golondrina. Pero, ¿cuántas veces en su vida puede volver una misma golondrina? ¿Serán estas algunas del año pasado?

–Cómo joden los loros –escucha que dice el tipo de la estación–. Todo el tiempo rompiendo los huevos... bichos de mierda.

Es un hombre de edad indescifrable: puede tener treinta o cincuenta. Flaco, con el pelo sobre la cara que no alcanza a disimular una nariz roja, llena de pozos, enorme, esas narices brutales de los alcohólicos, signo que a Poli se le ocurre como el estigma que lo ha deportado a Nuevo Danel. Y el punto putea a los loros; él mismo es un loro de pico colorado: la voz le sale nasal, filtrada por esa protuberancia. Loros, piensa Poli revoleando la mirada; ¿a quién se le ocurrió un pájaro verde? La poética golondrinesca se acaba de ir al mismísimo carajo. El loro no es una golondrina; es una parodia de pájaro. Aun así piensa en golondrinas cuando, en la cabina, marca el número.

–¿De parte...? –dice la voz de un hombre que podría ser un Chicho cualquiera.

Duda, pero suelta un vago "el primo" que no convence mucho al supuesto Chicho. Pasa un tiempo que Poli mide en la desaparición de los loros del cielo, esfumados.

–¿Sí?

–Soy yo, Caty. Escuchame bien...

Ella tiembla; él lo percibe en el silencio y la respiración entrecortada, pero susurra tratando de ocultar la voz: "Esperame ahí, no te muevas, mi amor... voy para allá".

Ahora empieza el tiempo imposible, el inmensurable.

Espera, espera Poli encerrado en el gabinete de vidrio.

Ya ha colgado el tubo y tiene las manos apoyadas sobre los cristales opuestos de esa pecera. Nota el temblor sobre la lisura fría, en los dedos. Trata de ordenarse: primero, llenar el tanque, preparar la huida. Compra unos sándwiches, una botella grande de agua; no hay que parar hasta estar a salvo, bien lejos. Carga el termo con agua caliente. Mira de reojo la ruta. Advierte el gesto desconfiado del empleado y le paga para calmarlo; hasta le deja propina.

–¿Va lejos?

–Sí.

–Ta lindo el día pa' la ruta... limpito –dice mientras pasa la franela por el parabrisas, tratando de quitar los restos de bichos estampados.

A los quince minutos ve primero la polvareda y aparece luego un auto, un remís de Danel, amarillo. La ve en la ventanilla, el pelo al viento, la mirada llorosa. El coche no se termina de detener cuando ella ya ha abierto la puerta y casi se arroja en marcha. Corre hasta Poli, que da unos pasos dubitativos, y lo abraza. Él siente cómo le late

el corazón en ese cuerpito caliente y transpirado que huele a jabón, a través de un vestido corto y liviano que la vuelve, quinceañera.

–Vamos, vámonos lejos –le dice al oído.

Poli la rodea con los brazos firmes. “Sí, tranquila; ya nos vamos”. Ella le toma la mano y la deposita sobre su estómago plano: “Acá está tu hijo; nos vamos los tres”, dice sonriendo.

Pero esta escena no ocurre, es la fantasía de Poli que ha visto mucho cine. Y por un momento Poli cavila que en realidad no quiere que ocurra, que no es “su” final previsible del triunfo del amor. Porque el auto que levantaba la polvareda no es un remís, ni un taxi, ni trae a Caty. Esa fantasía se desvanece con el calor del sol, queda en la cabeza afiebrada de Poli que ahora ve claramente una cupé negra y brillante, de líneas modernas, que avanza hacia él. Vidrios polarizados impenetrables; se estaciona exactamente frente a Poli, parado entre los dos surtidores, tomando una Coca fría. Ni a esa distancia escasa se ve hacia adentro del auto. Se abre la puerta y Poli siente primero el fresco del aire acondicionado, antes de ver a las chicas. La que maneja lleva un short y una remera corta blancos, la panza bronceada descubierta, seguramente sin ningún hijo suyo, de Poli, el pelo castaño claro muy largo y anteojos de sol. Las mujeres con anteojos de sol parecen todas lindas, piensa, como si las gafas les fabricaran una cara estandar y atractiva. La otra en cambio, la que baja del auto, lleva los anteojos como vincha sobre el pelo rubio, con mechas más claras, casi blancas; un pantalón tan ajustado que parece encarnado en esa sinuosidad turbulenta. Suena una música fuerte, pegadiza: *I touch myself*, escucha Poli en la voz cascada de la cantante, y escucha también las risas cómplices de las chicas, risas turras. La que bajó lo mira sin dejar de sonreír, gira hacia el auto, le muestra el culo ostentoso. Cruzan pocas palabras: el tiempo, la ruta, distancia. Parecen rosarinas, o porteñas. El de la nariz tremenda llena el tanque observando de reojo la escena del diálogo entre los surtidores como fotografiando imágenes para su próxima paja. La rubia toma la botella de Coca de Poli por sobre los dedos de él que la suelta: ella se lleva la botellita a la boca pintada de oscuro, granate fuerte. Rodea con los labios todo el pico y sonríe con los ojos, sin dejar de mirar a Poli.

–¿Te acercamos a algún lado?

Poli piensa en el aire acondicionado del auto mientras relojea las piernas desnudas, tersas de la que conduce. La música sigue fuerte: *I don’t want anybody else*. El calor es insoportable, pero nota el cuerpo fresco de la rubia que le devuelve la botella manchada de rouge, y suelta una carcajada.

–Terminala vos –dice– ¿a ver cómo te queda la boquita?

Poli sonríe, termina la botella de un trago y se pasa lento el dorso

de la mano por los labios. Mira la pintura en la mano:

–¿Te gustó? –lo mira desafiante–... dale, llevanos a conocer el pueblo.

Poli mira hacia la ruta, mira el reloj. Se siente en el ojo del huracán. Lo que decida en ese instante puede cambiar el mundo, el suyo.

–Esperame –dice y se acerca al de la nariz. Le dice algo referido a la camioneta; le da las llaves. Regresa al auto negro–. Vamos.

Sube atrás; la rubia adelante. El fresco del acondicionador lo introduce de golpe en otro mundo. La música truena en los parlantes: *I search myself / I want you to find me / I forget myself...*

Se van.

Se tocan. Las risas se van intercalando con jadeos. La nave parece recorrer un lugar inexistente, porque allí adentro todo es distinto. La rubia se pasa atrás, le abre la bragueta y lo empuña como a un cetro. La otra mira por el espejo; Poli la ve conducir con una mano y meterse la otra debajo del short desabrochado. La rubia se la empieza a chupar. Poli se recuesta como si recibiera una descarga eléctrica. No sabe quiénes son esas dos chicas, pero está entregado. Y cierra los ojos y piensa en la boca de Caty ahí mismo, pero esta otra boca es, ¿cómo es? Profesional; avezada, técnica. ¿Son dos putas de viaje?

¿Por qué a él, justamente? ¿No se las habrá mandado el cura para alejarlo de Caty? No se puede pensar en ese estado, con una boca trabajando sobre el cobayo de laboratorio, el hámster indolente, apátrida, traidor, cipayo de amores, el esclavito feliz. Y quizá, en ese mismo instante, mientras avanzan hacia el pueblo, Caty esté llegando con una valijita mínima, un embarazo incipiente, alegre de rajar del pueblo, de Velmar, de la iglesia; quizá Caty se esté jugando por amor, por su amor, y él, Poli, el miserable, se esté piantando con las primeras dos putas que le chupan la pija en marcha (una se la chupa, la otra se masturba mientras conduce).

Ve el pueblo con el rabillo del ojo, pero se da cuenta de que, con el polarizado oscuro, nadie advierte lo que pasa adentro del coche. Y cuando llegan a la plaza, quieta como siempre, quemada por tanto sol, Poli acaba en la boca de la chica, que se ríe y sigue sorbiendo, mientras suelta unos “mmm” como regocijándose de su cometido, de la tarea cumplida. El auto gira lento alrededor de la plaza. La rubia levanta la cabeza, se pone los anteojos de vincha y lo mira sonriendo. Se relame: no ha derramado una gota:

–¿Te gustó?

–Sí, claro... fue bárbaro.

–Ahora tenés que pagarme.

Poli sonríe; ella se pone seria.

–Y ¿cuánto tendría que pagarte? –relativiza Poli, sintiéndose un proletario violado.

–Poné vos el precio. ¿A dónde ibas cuando te encontramos?

–Esperaba a alguien –melancoliza ahora revoleando los ojos a través del polarizado aséptico.

–Pero vos elegiste esto, ¿no? Entre quedarte y subir, elegiste subir.

(Bien concreta, la mina, pies en la tierra, piensa Poli.)

–Si pienso en lo que elegí, me tendrías que pagar vos... una indemnización. Por ahí me perdí lo mejor que me esperaba en la vida.

–¿Estás seguro? Huele a tango, eso.

Poli hace silencio.

–¿Ves? Me debés plata –dice la rubia.

–Sí, pero no tengo mucho.

–Y ¿adónde ibas sin plata? No mientas.

Se queda callado un momento.

–Tengo la camioneta... unos pesos.

–Bajate –le suelta como una puteada.

Poli intenta que lo lleven de nuevo a la estación. No le responden; ahora las dos están serias. Mira el reloj; quizá esté a tiempo. El auto se detiene en la vereda del Excélsior; lo ve a Quaglia en el bar. La rubia le abre la puerta:

–A tu edad, jovato, ya deberías saber que todo tiene precio, tontón –remata con sarcasmo.

Se queda un instante en la vereda mirándolas, tan lindas; el calor le azota la cara. Las dos lo observan: *I don't want anybody else*, dice la canción interminable. Sueltan la risa en la cara desconcertada de Poli, cierran la puerta y el auto sale arando, haciendo chillar las ruedas sobre el asfalto caliente. Él se queda un instante viéndolas irse del mismo modo fantasmal en que aparecieron, y piensa que en algún lugar, en algún tiempo, ha leído algo parecido a esto en un libro, que acaba de perder todo, o lo poco que había imaginado tener. Ha vuelto al punto cero después de desbarrancar las fantasías de Caty, la gauchita. La acaba de cagar fiero como devolviendo el golpe por deudas atrasadas. Y se siente vacío, un hijo de puta y encima vacío. Pero recapacita: no está a salvo; en Danel tiene cuentas pendientes. No puede exponerse, aquí corre peligro. Entra rápido al bar y se sienta con Quaglia, como si su compañía pudiera protegerlo. El salón está

vacío.

El viejo mantiene el gesto distante, pero lo relojea con cierta sorpresa:

–¿Todavía por acá? Ya lo hacía como mínimo en el Paraguay.

–¿Qué pasó?

–Qué no pasó –dice el viejo mientras empina un vaso de cerveza.

–¿Escuchó algo?

–Y... debe haber más de uno que lo quiere cagar a palos o meter preso.

El viejo inicia un relato suscinto:

–Ayer era la instalación de las turbinas, estaba todo el pueblo en la obra. Llevaron las turbinas en dos camiones, las bajaron con una grúa a la vereda, y cuando las iba a bendecir el cura, a alguno se le antojó que abrieran los conteiners. El pastor y su tropa trataron de impedirlo, pero cuando ya no se podía evitar, se fueron corriendo a un costado del acto. Vinieron los obreros con barretas, y empezaron a sacar los tablones. La cara del intendente... Cornejo y los suyos ya había rajado... eran puros armatostes, chatarra, fierro viejo, minga de turbinas, todo descarte que ni una fundición lo aceptaría. Y bueh, ahí la gente se puso loca, empezaron a buscarlos a los evangélicos. Al intendente lo salvó la policía, pero ligó lindo, está preso por protección. Lo dejaron mormoso. Y Cornejo no aparece, ni el contador, ni Silva. Había que ver la cara de los tipos, desencajados, como bestias... empezaron a rastrear todo el pueblo, le dieron vuelta la casa al pastor, pero ya no quedaba nada: habían levantado campamento. Debe andar refugiado en algún campo cercano. Por eso le digo, Leopoldo, usted acá mismo está corriendo un riesgo muy grande, le van a querer cobrar las de los otros...

–¿Y el mar, el turismo, los negocios...?

–Todo ido a la mierda. Yo le dije, se lo advertí. Y no por presumir, oiga: a esos tipos se les notaba la hilacha de lejos... no la veía el que no quería ver. A Silva acá lo conocen todos, tiene su historia.

Terminó la cerveza, recogió las cosas que le quedaban en el hotel y regresó al bar. Quaglia seguía ahí, mirando hacia la calle.

–Quaglia, escúcheme: hace un rato hablé con Caty, estaba en su casa, me atendió un tipo. ¿A ella no le hicieron nada?

–La salvó el embarazo; se quedó quietita mientras daban vuelta toda la casa. Pero Cornejo y su gente ya habían rajado.

–O sea que ella sigue ahí.

–No creo que por mucho tiempo... hay gente vigilando.

–Necesito verla, hablar con ella.

–Leopoldo, si no se escapa ahora, se le viene la noche.

Yo le puedo conseguir un auto, un remisero amigo.

Piensa, piensa a toda máquina, le sale humo de la cabeza por el calor, por la cerveza que siente cómo se le está evaporando a través del cráneo. Por un momento cree tener una segunda oportunidad, ahora supone que no, que ya eligió antes, cuando subió al auto de las pibas, que si se atreve a pasar a buscarla a Caty se acaba todo de verdad.

–La gente está loca –dice Quaglia sin alzar la vista de la calle–. Debe ser el calor.

–Ajá.

–Oiga, Leopoldo: el viejo Robles se hace el boludo en el mostrador, pero ya le debe haber avisado por teléfono a varios. Váyase, hágame el bien.

40

La puerta está abierta pese a que ya es de noche. Lava los pocos trastos de la cocina y canta una canción de la que se olvida la letra todo el tiempo. Enjuaga el cuchillito Tramontina, lo seca. Es una mierdita pero filoso; esos cuchillos no cortan, arrancan, dice siempre el tío Enio. "Arrancan" suena peor que cortan, piensa Selva, y guarda el tramontina arrancador dentro de la cama, apretado entre el colchón y el elástico de madera. Por las dudas, piensa. Y termina con la cocina. Comió un huevo duro y galletitas con paté; no tiene hambre. El sabor del paté tapa todo, como si le inundara la boca, un asco, dice, y se hace gárgaras con agua de la heladera para quitárselo. Se pega al paladar; con qué harán esta porquería. Pone la radio porque el silencio se ha hecho muy denso. Es una emisora local, unos pibes que se ríen y se enciman al hablar. La música es estridente como las voces; Selva entorna la puerta que da al local y mira esa oscuridad extendida que se corta de modo abrupto en la vereda, iluminada de naranja por los focos de la peatonal. Mira con melancolía, pensando que afuera la gente se divierte, sale, pasea, va a bailar, se enamora. ¿Cuándo le va a tocar a ella eso? ¿Qué soy?

¿Una sarnosa, la hija de la pavota, soy? Cierra, apaga la luz de la cocina pero deja abierta la puerta que da al patio. Por allí se filtra una claridad extraña, el reflejo de la luna. El interior, en tanto, le parece

un sótano oscuro, una cloaca. Se acuesta vestida; la radio prosigue con los favoritos cien, una sección donde se mezcla todo. Pero ella ya casi no escucha; va entornando los ojos hasta quedarse dormida.

La sed la ahoga, siente como arena en la garganta, una arena pegajosa, esa de la orilla en la playa, arena con paté. Se para; siente frío, pero la sed es peor; toma agua, mucha, toda la jarra. Empieza a quitarse la ropa para ponerse el camisón, cuando escucha el ruido. Un cascote del pasillo. Alguien se metió. A veces entran los pibes a mear, chanchos de mierda, ya los escuchó un par de veces. Con tanta cerveza que chupan se la pasan meando. Pero el ruido vuelve, ahora más cerca, avanza por el pasillo, zapatos que van arrastrando las suelas, tanteando por el caminito escabroso, con restos de construcción. Selva, para su sorpresa, no está nerviosa. Tiene a favor la negrura del entorno y conocer la disposición de los objetos, el factor sorpresa.

–Nena –dice el susurro– soy yo... –la inquietud ahora parece haberse cambiado de lado. Ella ya sabe, ya sabía de antes. No responde; lo deja venir.

–Selva –repite ahora con un dejo que, si ella no supiera, casi parecería amoroso.

Apoyada contra la pared del fondo de la pieza, ve la figura dibujada en el vano de la puerta. No se distinguen los rasgos, pero ella podría describirlo en detalle.

–¿Qué querés acá? –pregunta sin temor, con un tono profundo.

Él suelta una risita alterada y gira la cabeza a uno y otro lado del cuarto sin hallarla.

–Nada, que pensaba en vos... y quería saber si estabas bien, si el otro día...

–Y a vos ¿desde cuándo te importa cómo estoy?

–No seas malita. Me preocupo, porque por ahí vos no entendiste bien...

–Entendí perfectamente.

–Vos me interesás, Selvita.

–¿Ah sí?

Selva se hace fuerte y da un paso adelante, desafiándolo.

–¿Y para qué te intereso?

Él ya la toma por los brazos, esta vez con delicadeza, y empieza a acariciarla. Huele a vino malo, a asado.

Selva se da cuenta de que le cuesta mantenerse en pie, ha tomado mucho y eso lo afloja, lo hace vulnerable.

La va acercando a la cama y ella se deja conducir; le repugna el olor agrio que parece salirle de los poros, pero aguanta y se va acostando. Lo ve a él apurar el trámite, aflojarse el cinturón y deslizar el cierre de la bragueta.

–Venga, venga para acá que su macho le trajo algo...

Le levanta el camisón y Selva siente el frío de los dedos helados hurgándole con torpeza entre las piernas.

Resiste, lo deja hacer. La mano bruta no puede resolver el problema sencillo de la bombacha, se vuelve necia y en un arrebato se la arranca con violencia.

–Ahora vas a ver lo que te traje... seguro que soñaste con esto, ¿no?

Selva presiente que está seca, que el miedo disimulado y la repulsión que le provoca ese tipo encima, le van a impedir humedecerse; que le va a doler que la penetre de ese modo. Él intenta ayudándose con la mano, pero ahora Selva se siente impenetrable, como ese bosque del Chaco o de Formosa, no sabe bien, selva impenetrable. Él putea entre dientes, con la boca a la altura de la oreja de ella:

–¿Qué mierda te pasa, che? –le grita.

Pero no alcanza a seguir reclamando nada cuando el puño cerrado de Selva, aferrado al Tramontina, se clava por primera vez en su espalda y vuelve con mayor energía en la siguiente embestida. Y en la tercera.

Él se contorsiona como un títere, desarticulado, pero no alcanza a escapar, porque la mano de ella vuelve con furia, cuatro, cinco veces. Una lanza que perfora y arranca al salir, como dice el tío Enio. El líquido invisible y caliente ahora si los humedece a los dos. Él se va quedando quieto sobre ella. Alcanza a soltar una puteada, pero no puede alejarse a tiempo. Cada puñalada lo ha ido tumbando sin que ella pueda ver los gestos de dolor. El aullido a cada golpe se ha vuelto un silbido ululante, como el tono de un teléfono que se empiezaa entrecortar, como en una tormenta, que se extingue en estertores eléctricos del cuerpo que convulsiona, se estira y cae al piso. Selva se pone de pie y termina la tarea. Seis, siete cuchilladas ahora en el pecho, chocando con las costillas pero hurgando hacia lo profundo. Él ya no reacciona: ocho, nueve, ya son golpes de gracia, de desgracia. Julio está tieso como los muebles pobres del cuarto.

No enciende la luz; siente en los pies descalzos la sangre sobre el piso. Son las tres y media en el cuadrante fosforescente del reloj. Sale al patio; apenas se escuchan los grillos. El cuadrado de arena del fondo sigue iluminado por la luna. Toma la palita de la playa y camina decidida hasta la pared del fondo. Se arrodilla y empieza a

cavar con lentitud, de a poco. Calcula el largo del cuerpo y cava. No se apura pero no se detiene; ayudándose con las manos va despejando la arena seca de la superficie, como si fuera a plantar hortensias, calas, eso que crece en cualquier parte. Llega a la arena húmeda; son casi las cuatro. La palita hace un siseo cada vez que se clava allí, parecido al Tramontina pero más limpio, más liso el corte. A las cuatro y media lleva unos veinte centímetros de profundidad. Sigue; más, más, se exige. Transpira y cava con gravedad; las cosas hay que hacerlas bien, cada trabajo bien hecho, responsablemente, así se progresa en la vida. A las cinco de la madrugada el pozo es lo suficientemente profundo. Se seca la frente, entra en el cuarto y enciende una luz. La escena quieta ya no le provoca ninguna impresión particular. Primero le revisa los bolsillos: llaves, un par de papeles doblados, algo de plata, nada más. Deja a un lado los billetes, mete el resto de nuevo en los bolsillos. Envuelve con esfuerzo el cuerpo pesado en las sábanas y las anuda. Ahora parece una bolsa grande de basura; la arrastra hacia el patio. El cuerpo muerto es dócil aunque parezca de plomo; lo va remolcando con las sábanas como riendas hasta acomodarlo en el foso, queda hundido a más de medio metro del nivel del patio. Suficiente, piensa. Le mira las manos, una lástima, lindas manos, lindas pero olorosas, jedientas como todo él. Miriam seguro se fijó bien en esas manos. Bueno, ahora no van a tocar más a nadie, ni a mí, ni a ella. Se va a llevar su olor podrido de milico al fondo de la arena. Y si sube el mar algún día, se lo va a llevar el agua, bien podrido, con lo que quede de sus manitos lindas. Chau, hijo de puta.

Y ahora a limpiar; usa la funda de la almohada, el trapo de piso húmedo que enjuaga en un balde. Friega todo con lavandina, quita cada mancha con un rigor obsesivo. Sólo queda la mancha en la funda del colchón y el camisón que todavía lleva puesto. Con el tramontina multiuso corta la funda y la arranca; se saca el camisón. Todos los trapos van a la fosa.

A las seis menos cuarto la tumba está totalmente cubierta; Selva, empapada en sudor, toma mate en bombacha sentada en la cocina. Mira hacia el rectángulo del fondo, carpido como una huerta: el sol que asoma al otro lado de la pared todavía no ilumina ese sector del patio. Tendría que regar, piensa, plantar algunas flores, lechuga. No, lechuga no, que seguramente va a salir amarga y envenenada. Malvones... eso, malvones; unas plantitas feas que crezcan del cuerpo podrido de Julio. Un almácigo de malvones; al menos que el turro sirva para dar flores de mierda, aunque sea.

Pasa una semana sin noticias de Waldo. Ya no le atiende el teléfono; la derivan a secretarias con malos modos, unas yeguas,

piensa Selva. Sale de noche a caminar por la playa. El mar al oscuro parece un animal monstruoso, pero no le da miedo. De día ha escuchado golpear varias veces en el vidrio del local, o las manos en el pasillo. Escuchó la motito de Nahuel, pero no atiende ningún llamado. ¿Cómo la van a ver así, tan sucia? Porque se baña, pero sabe que está sucia. Ya no le queda nada para comer, ni arroz, ni fideos. En el súper Miriam la llama aparte y le avisa: Nena, mirá que me dieron orden de cortarte la libreta. Si necesitás algo urgente, yo te lo saco por las mías, pero de fiado para el negocio, nada. Estás muy flaquita y demacrada, che, tenés que comer sano. Le acaricia la mejilla. Selva siente esos dedos tibios, suaves, que seguramente han acariciado antes a Julio. Y aleja la cara.

La mira a los ojos, a las avellanas o castañas. Tiene el jogging ajustadito limpio. ¿Estás bien?, le pregunta.

–Maso... Julio anda borrado. No llama... nada.

–Estás linda –le dice y Miriam sonríe con toda la cara, como diciendo "Sos mi amiga". Sale del negocio como llegó. Va pensando que Miriam nunca se va a enterar, pero ella le hizo un favor, un favor muy grande. A Miriam no le va a costar a encontrar un chico bueno, se consuela.

Junta toda la plata que le queda; cierra el bolso. Ya son las siete de la tarde. El sol se va hundiendo en el fondo del pueblo. Le echa llave a la puerta de chapa que da al patio. Camina hasta el fondo del terreno: la arena removida se va emparejando con la otra, no se nota nada particular. No hay malvones, apenas un olor asqueroso que sólo ella huele, sobre todo a la noche, con el primer rocío, cuando le viene la náusea. Ya no va olerlo más. Levanta el bolso y atraviesa el pasillo oscuro, siempre húmedo. Mira por última vez la vidriera del local; la arena forma un zócalo curvo contra el marco de aluminio. Sabe que aunque barra todos los días nunca va a terminar la tarea; que la arena, si se descuidan, un día va a tapar el pueblo, va a tapar todo.

Las luces de la calle ya se han encendido pese a que la claridad no ha desaparecido del todo. Es una hora rara esa, ni noche ni día, una hora confusa.

Lleva la misma ropa que trajo, se va como llegó. No, piensa. Camina con pasos cortos, decidida. Ve coches recién llegados, gente que empieza sus vacaciones, que no sabe nada todavía. Ella sí sabe. Ahora sabe. Le pesa el bolso pero avanza decidida. Donde terminan las casas y el trazado de las calles ya es difuso, la avenida se transforma en ruta. Va por la banquina arenosa. Los autos pasan rápido, silban como despedidos, se alejan del mar con una urgencia extraña. Ella no está apurada, pero tampoco se detiene. Se acuerda de un azulejo pintado que Selva madre tiene colgado en la pared de la peluquería.

Dice: “Sin prisa pero sin pausa. Como las estrellas”. Recién ahora lo entiende. Sigue caminando.

Ahora sí; ya es de noche.

41

El remís lo deja en la estación de servicio. Cuando lo ve llegar, el de la nariz sarmentosa deja de barrer la playa y sonríe condescendiente.

–¿Y las pibas? –suelta con una mirada obscena.

–Se fueron, creo... todo bien –dice Poli para sacárselo de encima, pero el tipo lo mira con ojos extasiados de fantasía, como pidiendo detalles.

–Uno ve cada cosa acá.

Poli le da una propina para cerrarle la boca. Sube a la camioneta que, pese a estar a la sombra y con los vidrios bajos, echa fuego por las chapas. La pone en marcha; mira el indicador de combustible con la aguja en el tope superior. Embrague, primera, acelerador. Chau, le dice al flaco; sale a la ruta. El sol parece dispuesto a derretir la camioneta sobre el asfalto; el viento que entra por las ventanillas es una llamarada. Y todavía no empezó el verano, medita Poli. Lindo lugar para un mar, aunque fuese de mentira, una lástima, piensa. Puede entender toda la rabia desatada de la gente que compró esa quimera. Enciende la radio; mueve el dial hasta sintonizar la voz engolada de un locutor de estilo centroamericano:

Los machos más jóvenes, relegados de la manada por el macho dominante, no pudiendo vivir de la colecta (en griego, logos), vagando, comiendo entre los restos de los animales muertos, se convirtieron en los primeros cazadores. De aquí, la primera gran metáfora, el primer transporte: el animal se convirtió en el modelo a seguir; los primeros protocazadores imitaron (por mímesis) al animal. El animal era el dios, el alimento, el abrigo, el hogar, el mundo. La predación destruyó al logos (la colecta). Y el lenguaje, como decíamos, es fundamentalmente prelación, la predación fundamental.

Ajá, piensa Poli y mira al cielo. Golondrinas, o benteveos volando en línea, vaya a saberse si van o vuelven, si son los mismos o no del año pasado. Pero él, Poli, vuelve, regresa sin saber adónde. No quiere ir de nuevo a joderlo a Cid, a esa escena penosa que imagina como si

la viera desde arriba: dos tipos grandes, heterosexuales, compartiendo un departamentito. Podría seguir derecho hasta Rosario, o hasta Buenos Aires, y de golpe imagina ese otro escenario posible: una ciudad enorme y él derivando, buscando una punta, un contacto para sobrevivir cuando se le termine la plata que le acaba de birlar a Cornejo el prófugo. Ya casi ni es delito, calcula: el tipo no está más en los lugares que solía frecuentar, se rajó. Bueno, él también se raja, escapa de un Danel levantisco que seguramente prepara hogueras para los predadores. La predación destruyó al logos (la colecta), repite con el tono del locutor ¿puertorriqueño? Eso pasa cuando un pueblo quiere ser otra cosa distinta de la que es: tamberos, agricultores, eso es Danel; no playa veraniega. Cagar más alto que el culo, se dice, eso quisieron, y no les dio el pinet. Confiar en ese malandra de Velmar, si se le nota en la cara. ¿A quién se le ocurre semejante cosa? Pajueranos, gauchitos ingenuos; ahora se joden.

Podría llegar a Buenos Aires y buscar a alguno de sus viejos compañeros de la editorial, vendedores experimentados que le puedan tirar un hueso. Se imagina caminando por Florida, mirando las vidrieras y, de golpe, una mano que lo retiene: ¿Poli? ¿Sos vos, Poli? Hola Tano –un abrazo–, el Tano Mécoli, viajante de provincia de Buenos Aires y La Pampa, ¿qué hacés, tano querido? No sabés lo que te busqué, Polaco. Tengo algo para vos. Claro, sigo en la política; mirá (y el Tano pela una tarjeta que dice "Cancillería"). La mierda, Tano, picaste alto. Sí, Poli, decime, ¿vos hablás checo? Sí, bueno, hablar hablo. Pero no escribo una mierda ¿eh? Eso no importa, que escriban las secretarias. Tengo un tema para vos, ¿te interesa laburar en la embajada en Praga? ¿Cómo? Sí, boludo, la embajada, con el agregado cultural que es gomía. ¿Yo? Claro, vos; si hablás está todo en orden. Te piantás un par de años, no hacés una mierda, paseás y te venís con un paquetito en dos o tres años. ¿Vos estás seguro, Tano? No sabés lo que te busqué; yo me acordaba que Malachek era checo, y ahí necesito alguien del palo, ¿qué te parece? Extraordinario, me parece, Tano. Me salvás la vida. Tranquilo, Polaco, después el favor me lo devolvés, tranqui. Y ¿qué tendría que hacer? Nada, Poli, contarme cosas de allá, vos sos mi tipo de confianza. Ahí hay un par de cagadores que tenemos que vigilar. Vos te hacés el gil y me pasás los datos. Si habremos vendido enciclopedias de mierda, ¿te acordás?

Todo bien, todo bárbaro, Poli se va a Praga, se instala en un departamentito precioso en el barrio de Malá Strana, camina, mira la ciudad que le nombraba su abuelo, toda la historia en las paredes de los palacios y los puentes sobre el Moldava, y es un príncipe checo, un Habsburgo, un heredero de Leopoldo I que casi se olvida de su viejo verdulero. El mundo es de pronto maravilloso para Poli. Carajo, me la tendría que haber traído a Caty acá; empezar una nueva vida lejos de

todo, criar ese hijo gestado en la calentura de una carpa evangélica allá, muy lejos, en un pueblo de mier- da, insoportablemente caluroso, llamado Danel. Caty esperándolo después del trabajo; Caty la que partió un día desde el campo y ahora pisa Praga como quien pisa Marte. Qué linda la vida en Praga. ¿Cómo estará de grande Juan? Cuando pueda me lo traigo para que co- nozca esto. Caty, y Juan y el bebé que viene. La vida no era tan chota, después de todo; la felicidad es sencilla, elemental, como decían los pósters berretas, aunque por ahí haya que ir a buscarla al culo del mundo.

–Cédula verde, registro y última patente –dice el cana. Poli se queda un segundo obnubilado.

–Señor... la documentación del vehículo.

Tarda en reaccionar, como si sus neuronas se resistieran a hacer sinapsis. Con un gesto mecánico se estira hasta la gaveta, y saca los papeles.

–Me falta la patente. ¿La tiene paga?

–No.

–Ah, caramba.

Poli mira la ruta, el campo, el puente de hormigón debajo del que está detenido, la cara del policía chinazo, cara de coimero, la barba mal afeitada. No es Praga, es una ruta en la llanura. Ni sabe dónde está. La que no está es Caty. Ni Juan. Ni el Tano Mécoli, que vaya a saber dónde lo perdió hace diez o quince años.

–Señor; vamos a tener que secuestrar el vehículo.

–No me joda, viejo.

–¿Cómo dice?

–No me jodás.

Saca un billete del bolsillo, lo mira, le agrega otro:

–Cobrate de acá.

El cana mira para todos lados, estira la mano, toma los billetes y los envuelve con habilidad en la palma de la mano. Sonríe, le hace la venia y da un paso hacia atrás:

–Que tenga buen día, señor.

Así de simple es este país. Soñar no cuesta nada. Poli enciende la radio y pone música. Acelera; ya está de nuevo en la ruta.

Se detiene en una estación de servicio moderna. Son las cuatro de la tarde; lleva horas conduciendo sin pensar. No hay nadie en el salón acondicionado que da al playón, una profusión de acrílicos y estanterías. Le pide un cortado a la chica de birrete. Calladita acata. Debe vivir por allí, cerca; quizá también viene del campo, como Caty, y esta estación de servicio para ella es como Nueva York, o París, aunque sea un galpón maquillado de modernidades. Se sienta en una

de esas mesas abulonadas al piso, con sillones también fijos, como un tren. El sonido de una radio de FM es aséptico. Poli mira el estacionamiento y detrás el campo; termina el café y advierte las cabinas telefónicas; se mete en la más alejada del mostrador.

–¿Estás bien? ¿Recibiste el cheque?

–Sí... no hacía falta.

–Bueno, para Juan, los gastos, no sé.

–Poli... no entendiste: yo no quiero tu plata. No es eso...

Surge un silencio prolongado, tenso.

–Estoy sola... ¿Querés venir?

–...

–...tendríamos que hablar, ¿no te parece?

Poli corta el teléfono sin responder; se queda temblando. Habla solo, despacio, entre dientes: Eugenia y la puta madre que te parió. Siente de pronto que los dos son como nada, tan pequeños, tan desvalidos. Euge, él mismo, muñequitos sometidos a algo que los excede, para lo que no están preparados; siente pena por los dos, por la pobre gente que son. Que no hay traiciones ni huidas, que están encerrados en un lugar sin puertas ni ventanas, ahogados pegando manotazos, tratando de escaparle a una pena sorda para ellos mismos.

Paga la llamada, llena el termo con agua caliente y sale. El primer cartel indica Buenos Aires y una distancia que olvida de inmediato. Pero en ese momento, a través del parabrisas, ve en el cielo la bandada –golondrinas, benteveos ¿qué son?–, formando una curva perfecta. ¿Vuelven? ¿Se van? Cruzan la ruta desde lo alto volando al Oeste, hacia el preciso lugar por donde sale un camino alternativo a la derecha. Dobla de un volantazo y sale de la autopista por la bifurcación, un asfalto estrecho que brilla como aceitado por el sol. Ve todavía los pájaros en lo alto del cielo. Los sigue.

No sabe hacia dónde va. También ha perdido la noción del tiempo transcurrido desde la partida. Lleva muchas horas manejando; siente el cuerpo transpirado pegado al asiento cuando divisa la arboleda a un costado, un descanso. Se detiene; es un espacio breve pero sombreado por los eucaliptos profusos, muy altos; hay fogones rotos donde hace mucho que nadie enciende fuego; mesas rústicas de madera clavadas en la tierra. Toma mate solo mirando hacia el campo; ha perdido a los pájaros del cielo. La tierra arada, detrás del alambrado, al otro lado, la ruta vacía. Podría quedarse allí durante días. Hasta que advierte la figura recortada que camina sin prisa por la banquina. Siempre había observado con intriga a esos cirujas de caminos, los que alguna vez abandonaron una ciudad, algún poblado, quizá echados de antiguas

familias, estigmatizados por alguna misteriosa razón, vagando sin más destino que la intemperie, de las lluvias, de los solazos asesinos. Intuye un acto de entrega personal, una inmolación a las fuerzas de la naturaleza en ese abandono, y hasta se pregunta por las cosas que esa gente escoge para cargar en un bolso, lo poco que deciden conservar en un gesto absoluto de desprendimiento. Pequeños estilitas casi a punto de abandonar la forma humana, muy distintos de los mendigos de ciudad, de los pobres de asilo o de psiquiátrico. Piensa vagamente en ese despojo como un posible retorno a ciertas esencias, o en un regreso a la animalidad primitiva; esos tipos rodando banquinas de cualquier parte, habitando universos extraños que pisan una historia seguramente fracturada, ya sin cronología ni destino.

La mirada de Poli repara de pronto en la camioneta, un animal que arde cansado, con la parrilla tachonada de bichos muertos. Es lo último que le queda; debe patentes, multas, no tiene seguro, podría malvenderla en el primer pueblo y largarse él también a caminar por las rutas argentinas. Pero vuelve a mirar al vagabundo y se da cuenta, a medida de que se acerca, que curiosamente es mujer, una chica, joven. Duda al principio, y sin ninguna certeza le hace señas con el brazo en alto. Ella duda; se para. Luego comienza a aproximarse con lentitud. Está muy sucia y delgada, como si llevara meses vagando sin comer. La piel se le ha ido cubriendo de una especie de costra untosa, mezcla de tierra, rocío y sudor; la cara orlada por una pátina que parece una marca, un tatuaje; polvo adherido a unos rasgos desdibujados, a un gesto absorto pero tan lejano del asombro como del miedo, como cuando alguien ya no puede temer nada peor de lo que le ha pasado. Tiene en la mirada ese extravío llamativo, como si en realidad no pudiera ver con exactitud lo que enfocan esos ojos turbios. Es como un animalito, un cuzco escapado que parece haber recibido palo, mucho azote, calcula Poli; reacciona ante los gestos con ese resto de memoria instintiva. Le ofrece mate; ella vacila. Poli nota como le tiemblan las manos. La invita a sentarse; no suelta el bolsito sobado, salpicado de barro, que carga en la espalda y que ya parece formar parte de su cuerpo. Cuando se apoya en el banco parece al borde del desmayo. Respira profundo intentando recuperarse. Ninguno de los dos dice nada. Toman mate en silencio. El sol pone anaranjada la escena; se empieza a ocultar en el horizonte plano.

Poli recuerda ramalazos de imágenes confusas: Marlon Brando joven, rubio, en *The fugitive kind*. Y ese Brando –casi un dios blanco nómade llamado Val Xavier– le dice a la Magnani, herido, más trágico que ella, que existen unos pájaros azules, sin patas, que vuelan muy alto, más alto que las águilas, para después lanzarse y planear, descansar en el aire, que es el único descanso posible al que están condenados; y cuando finalmente caen a tierra, es sólo para morir,

porque su vida es siempre y sólo volar. Así lo recuerda, en el discurso fragmentado y melodramático de Tennessee Williams, distorsionado por los años. Y él, Poli, no es Brando, ni es un muchacho, ni tiene alas, pero le gusta ese recuerdo plañidero que casi se vuelve cursi. Bueno, ella seguro no es Anna Magnani: ni siquiera podría ser la hija desnaturalizada.

Mira a la chica indescifrable: más de veinte, menos de treinta, una edad extraña para andar cirujeando por los caminos. Si estuviera limpia, con un vestidito prolijo y planchado como el que usaban las chicas en los primeros bailes que recuerda, tableados, con moños en el pelo, pero acá, ahora, en este bosque, podría imaginarse un pic-nic de primavera, con cestas de comida, Cocacolas, y baile vespertino de pueblo, William Holden y Kim Novak. Pero la piba torva parece haber elegido ese despojo. No hay nadie alrededor: podría ayudarla de algún modo, llevarla hasta un pueblo, bañarla, comprarle ropa, ser, de algún modo, su salvador. O podría matarla ahí mismo con sus manos, como se hace con los caballos de carrera que se mancan y ya no sirven para nada; y abandonar el cadáver entre los árboles, sin siquiera enterrarla, ¿quién iba a reclamar por ella si ya ni existe? No debe figurar en ninguna parte, en ningún papel. Se podría empezar a pudrir al sereno, cubierta de bichos, para volverse abono, yuyo, flor silvestre, ortiga. Ni crimen habría; en los ciclos naturales de los animales y las plantas no existe el crimen. Ella ya está afuera de la escala humana. O podría penetrarla, tumbarla en el pasto sin esfuerzo, el cuerpo manso, rendido, y separarle las piernas como cuando se yerra a las vacas. Pero aun en ese abandono, con la piel costrosa de roña, la ve joven, como quien procura rescatar algo de entre las ruinas. No siente deseo pero juega con las posibilidades: se imagina sobre ella inmutable, un maniquí helado. Un hombre, visto así, sobre una mujer de espaldas al piso, se siente amo, medita Poli, cuando en realidad ofrece su mayor debilidad, la de ser abrazado, contenido, absorbido por una vagina imantada que podría tragarlo entero, volverlo a las cavidades oscuras de unas entrañas que lejanamente intuye haber habitado, un abismo. *El ojo que mira el magma*, recuerda haber leído; así le decían a la vagina los aborígenes metafísicos de Castaneda. Un tipo encima de una mujer abierta se vuelve frágil como un bebé, inerme como un feto. Se da cuenta de que en cierta manera le teme a la piba, como quizá le haya temido en silencio a todas las mujeres que ha conocido, tocado. Y nota, a un tiempo, que esos ojos vacíos, oscuros, suburbanos de la piba –que alguna vez habrán expresado alguna sensación común a cualquiera, esos que ahora ya no muestran nada– le producen una asquerosa piedad de la que de inmediato Poli busca desprenderse.

“Hijo, con esa mirada no vas a tener suerte con las mujeres”, se repite adentro de su cabeza. ¿Suerte? ¿Suerte, mamá? ¿Qué mierda es la suerte? O acaso vos, papá, o esta piba abandonada, medio loca, tan muerta como ustedes, sí, ustedes… ¿tuvieron suerte? ¿A qué puta cosa, a qué mierda le llamabas “suerte”, mamá? ¿De qué magia misteriosa hablabas?

La observa sin disimular. No hay en ella el menor atisbo de sensualidad, ningún atractivo; es tan común, tan olvidable, que si se la cruzara en una ciudad, salvo por la discreta ferocidad que contienen esos rasgos burdos, la olvidaría al instante. Pero esos ojos… Él mismo ¿no se está reflejando en ella y ve repetirse, en la piba, toda su historia, la de él, como una amenaza, como aquellos brillos en la oscuridad de los objetos, el día más cercano de lucidez que recuerda, entrando a aquella que creía su casa, haces mínimos de luz saltando de una a otra superficie, pequeñas imágenes, una película retrospectiva de la memoria donde aparecen como flashes las caras pronunciando palabras inaudibles, los gestos, una *remake* obscena de todo lo que querría olvidar, borrar de cuajo para que no quede nada, ni la menor huella del pasado? ¿No será eso lo que ve ahora? Si tuviera una oportunidad, una sola, empezaría todo de nuevo. Pero es tarde; en un rato no va a haber ni reflejos de sol.

La piba sigue allí delante como –supone Poli– el resto de las cosas que interrogan: ella y él son ahora otros, ajenos, revolcados, pateados, arrojados ahí. No siente remordimientos ni culpa por esos pensamientos que lo rondan; apenas intenta construir un relato íntimo.

Pero ¿en qué se parecen para haber llegado a ese punto del mapa apareados? Presiente que los habita algún algún bicho interno, un cáncer; el gesto sereno hacia fuera, tortuoso para adentro. Ellos se han movido, se han desplazado de algún vago centro de sus propias escenas; diferentes periplos que, curiosamente, están muy cerca de dejar de ser lo que han sido. Poli piensa en un reparto de cine, en la palabra *Cast* del final, los nombres evanescentes que desfilan uno a uno. Paupérrimo elenco: la piba esa, Euge, Juan, él mismo. Un mundo tan extraño, al costado de un camino que se va volviendo sueño, como si no perteneciera al mundo. Eso; un sueño. Poli apuesta a que todo ha sido una pesadilla, un recurso gastado por el cine hasta la obviedad. Pero ella está ahí para impugnar, sola en la ruta, más sola que la mierda. Como él. Si pudiera, si le saliera, lloraría; se quebraría en un llanto profundo y prolongado como Zampanò; lloraría por él y por todos, se inmolaría en un mar de lágrimas. Pero no puede, tiene los ojos cauterizados, y no tiene ganas de llorar. Esta película es otra, piensa; no da para melodrama, porque ese dolor no tiene espectadores. Por eso los actores dicen que “se deben a su público”,

mentirosos de mierda, cavila Poli cada vez más perdido, con esa cosa, como una mano acogotándolo.

–¿Conoce el mar?

La voz irrumpe como desde el fondo de un vidrio quebrado por un cascotazo, una trompada imprevista que sacude el silencio rural. Poli trata de simular el sobresalto que ha puesto en silencio su propia voz interna; toma el mate mirándola, tratando de encontrar algún sentido oculto en el fondo del iris de esa mirada que no observa, no puede focalizar. Regresa a las palabras: el mar, la mar que estaba serena, el mar de Danel, un mar de mentira que nunca existió más que en la imaginación o el deseo de violar un paisaje, de rasgar esa frontera insoportable de la planicie.

–...es hermoso el mar... hermoso.. –dice la chica sin ver, y se calla.

En lo alto, cuando la luz desleída del cielo ya se extingue, de nuevo están los pájaros.

1 Del checo, literalmente se pronuncia:“Sinku prri takovim projledem nebudess mit sstiesti s yeny”, (las dobles consonantes se dicen entre dientes, la h es j, y la že es ye).